LAS BRUJAS DE SALEM

DRAMA EN CUATRO ACTOS

por

ARTHUR MILLER

Segunda edición



JACOBO MUCHNIK EDITOR

Buenos Aires 1955

Título de la obra en inglés:
"THE CRUCIBLE"
Traducción de
JACOBO Y MARIO MUCHNIK

Primera edición: abril 1955
Segunda edición: ***septiembre 1955***

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723



A Mary

ACERCA DE LA FIDELIDAD HISTÓRICA DE ESTE DRAMA

Esta obra no es historia en el sentido en que el vocablo es usado por el historiador académico. Fines de orden dramático han requerido a veces que varios personajes se fundieran en uno; el número de muchachas complicadas en la "delación" ha sido reducido; la edad de Abigail ha sido aumentada; aunque hubo varios jueces de casi igual autoridad, los he simbolizado a todos en las personas de Hathorne y Danforth. No obstante, creo que el lector descubrirá aquí la naturaleza esencial de uno de los más extraños y terribles capítulos de la historia humana. La suerte de cada personaje es exactamente la de su modelo histórico, y no hay nadie en el drama que no haya desempeñado un papel similar, y a veces exactamente igual, en el hecho real.

En cuanto al carácter de los personajes, poco se sabe de la mayoría de ellos, exceptuando lo que se puede conjeturar de algunas cartas, las actas del proceso, ciertos volantes escritos en la época y referencias a su conducta provenientes de fuentes más o menos fidedignas. Por lo tanto, pueden tomarse como creaciones mías, logradas en la medida de mi capacidad y de conformidad con su comportamiento conocido, excepto lo que se indica en el comentario que he escrito para el presente texto.

A. M.

LAS BRUJAS DE SALEM

Drama por ARTHUR MILLER

PERSONAJES
por orden de aparición:

El Reverendo Parris Betty Parris

Títuba

Abigail Williams Susanna Walcott

Ann Putnam

Thomas Putnam

Mercy Lewis

Mary Warren

John Proctor

Rebecca Nurse

Giles Corey

El Reverendo John Hale

Elizabeth Proctor

Francis Nurse

Ezekiel Cheever

El Alguacil Herrick

El Juez Hathorne

El Comisionado del gobernador, Danforth

Sarah Good

Hopkins

ACTO PRIMERO

(Obertura)

Un pequeño dormitorio en el piso alto de la casa del reverendo Samuel Parris, en Salem, Massachusetts, en la primavera del año 1692.

A la izquierda, una angosta ventana; a través de sus paneles cuadriculados fluye el sol matutino. Aún arde una vela cerca de la cama, a la derecha. Un arcón, una silla y una pequeña mesa completan el mobiliario. En el foro, una puerta conduce al descanso de la escalera que lleva a la planta baja. En la aseada habitación reina una atmósfera austera. Las vigas del techo están a la vista y los colores de la madera son naturales y sin lustre. Al levantarse el telón, el reverendo Parris está arrodillado junto al lecho, en el que yace, inmóvil, su hija Betty, de diez años.

En la época de estos sucesos, Parris tendría unos cuarenta y cinco años. Dejó una huella repugnante en la historia y es muy poco lo bueno que se puede, decir de él. Dondequiera que fuese, creía ser perseguido a pesar de sus esfuerzos por ganarse la voluntad de Dios y la gente. En reunión se sentía ofendido si alguien se levantaba para cerrar la puerta sin antes pedirle permiso. Era viudo, sin interés en los niños ni talento para tratarlos. Los consideraba como adultos jóvenes y, hasta producirse esta extraña crisis, él como el resto de Salem, jamás concibió que los niños debieran sino agradecer que se les permitiese caminar erguidos,con la mirada baja, los brazos a

los costados y la boca cerrada hasta que se les mandase hablar.

Su casa estaba en el "pueblo" —aunque hoy apenas lo llamaríamos aldea—. La capilla estaba cerca y desde este punto —hacia la bahía o hacia tierra adentro— había unas pocas casas, oscuras, de pequeñas ventanas, apretujándose contra el crudo invierno de Massachusetts. Salem había sido fundada apenas cuarenta años antes. Para el mundo europeo toda la provincia era una frontera bárbara, habitada por una secta de fanáticos que, a pesar de todo, exportaban productos en cantidad creciente y de valor en paulatino aumento.

Nadie puede saber realmente cómo eran sus vidas. No tenían novelistas, y aunque hubiese habido uno a mano, no hubieran permitido a nadie leer una novela. Su credo les vedaba toda cosa que se pareciese a un teatro o "placer vano". No festejaban la Navidad, y un día de descanso sólo significaba que debían concentrarse aún más en la oración.

Lo cual no quiere decir que nada rompiese esta rígida y sombría manera de vivir. Cuando se construía una nueva granja los amigos se reunían para "levantar el techo", se preparaban comidas especiales y probablemente se hacía circular alguna poderosa sidra. Había en Salem una buena provisión de inútiles que se entretenían jugando al tejo en la taberna de Bridget Bishop. Probablemente el trabajo duro, más que el credo, impidió que, se deteriorase la moral del lugar. La gente se veía obligada a luchar con la tierra, heroicamente, por cada grano de cereal y nadie disponía de mucho tiempo para holgazanear.

Que había algunos bromistas está indicado, sin embargo, por la costumbre de designar una patrulla de dos hombres cuya obligación era "marchar durante las horas del culto de Dios para tomar nota ya sea de quienes permanecieren cerca de la capilla sin concurrir al rito y la oración, o de aquellos que permanecieren en sus casas o en el campo sin justificarlo

debidamente, y tomar los nombres de dichas personas y presentarlos a los magistrados a fin de que éstos puedan obrar en consecuencia". Esta predilección por meterse en asuntos ajenos fue tradicional entre la gente de Salem e indudablemente creó muchas de las sospechas que alimentarían la locura que estaba próxima. Fue también, a mi juicio, una de las cosas contra las que se rebelaría un John Proctor, pues la época del campo armado casi había pasado y, desde que el país estaba razonablemente —aunque no totalmente— seguro, las antiguas disciplinas comenzaban a resentirse. Pero, como en todos estos asuntos, la cuestión no estaba resuelta pues el peligro continuaba siendo una posibilidad y era en la unidad, todavía, donde se hallaba la mejor promesa de seguridad.

El extremo del desierto estaba cerca. El continente americano se extendía interminablemente hacia el oeste y estaba, para ellos, lleno de misterio. Oscuro y amenazador, se alzaba sobre sus cabezas noche y día, pues de allí, de tiempo en tiempo, venían a merodear tribus de indios y el reverendo Parris inclusive tenía algunos feligreses que habían perdido familiares a manos de esos paganos.

La parroquial petulancia de esta gente fue responsable, en parte, de su fracaso en convertir a los indios. También es probable que prefirieran arrebatarle tierra a paganos y no a correligionarios. .. De cualquier modo, muy pocos indios fueron convertidos y la gente de Salem creía que la selva virgen era la morada del Diablo, su último refugio, la ciudadela para su defensa final. Para ellos, la selva americana era el último refugio de la tierra en el que no se rendía tributo a Dios.

Por estas razones, entre otras, ostentaban un aire de innata resistencia, hasta de persecución. Sus padres habían sido, por supuesto, perseguidos en Inglaterra. De modo que ahora, ellos y su iglesia, encontraban necesario negarle su libertad a cualquier otra secta, para que su nueva Jerusalén no fuese profa-

nada y corrompida por comportamientos equivocados *e ideas engañosas.*

Creían, en resumen, que ellos sostenían en sus firmes manos la bujía que iluminaría al mundo. Nosotros hemos heredado esa creencia y ella nos ha ayudado y dañado. A ellos, con la disciplina que les dio, les ayudó. Fueron, en general, gentes aplicadas; y tuvieron que serlo para afrontar la vida que habían elegido —o a *la que habían nacido— en este país.*

La prueba del valor que para ellos tuvo su creencia puede hallarse en el carácter opuesto de la primera colonia de Jamestown, más al sud, en Virginia. Los ingleses que desembarcaron allí eran impulsados principalmente por un afán de ganancias. Habían pensado alzarse con los bienes del nuevo país y regresar, ricos, a Inglaterra. Eran una banda de individualistas y un grupo mucho más simpático que los hombres de Massachusetts. Pero Virginia los destruyó. También Massachusetts trató de matar a los Puritanos, pero ellos se aliaron; establecieron una sociedad comunal que, en el comienzo, fue poco más que un campo armado bajo una dirección autocrática y muy devota. fue, empero, una autocracia por consentimiento, pues estaban unidos de arriba abajo por una ideología común cuya perpetuación era la razón y justificación de todos sus sufrimientos. Así, pues, su abnegación, su resolución, su desconfianza hacia todo propósito vano, su despótica justicia, fueron en conjunto instrumentos perfectos para la conquista de este espacio tan hostil al hombre.

Pero el pueblo de Salem en 1692 no era precisamente la gente aplicada que arribara en el Mayflower. *Había tenido lugar un gran cambio y, en esa misma época, una revolución había depuesto al gobierno real reemplazándolo por una junta que en este momento estaba en el poder. A los ojos de ellos, ésos debían parecer tiempos dislocados y para la gente común deben de haber sido tan insolubles y complicados como lo es nuestra*

época hoy.

Es notable la facilidad con que pudo convencerse a muchos de que esa era de confusión les había sido infligida por fuerzas subterráneas y tenebrosas. No es que aparezca indicio de tal especulación en las actas del tribunal, pero el desorden social en cualquier época alienta semejantes sospechas místicas y cuando, como en Salem, se extraen milagros de debajo de la superficie social, es demasiado pretender que la gente se abstenga durante mucho tiempo de caer sobre las víctimas con toda la fuerza de sus frustraciones.

La tragedia de Salem, que está por comenzar en estas páginas, fue el producto de una paradoja. Es una paradoja en cuyas garras vivimos aún y todavía no hay perspectivas de que descubramos su resolución. Simplemente, era esto: con buenos propósitos, hasta con elevados propósitos, el pueblo de Salem desarrolló una teocracia, una combinación de estado y poder religioso, cuya función era mantener unida a la comunidad y evitar cualquier clase de desunión que pudiese exponerla a la destrucción por obra de enemigos materiales o ideológicos. Fue forjada para un fin necesario y logró ese fin. Pero toda organización es y debe ser fundada en una idea de exclusión y prohibición, por la misma razón por la que dos objetos no pueden ocupar el mismo espacio. Evidentemente, llegó un momento en que las represiones en Nueva Inglaterra fueron más severas de lo que parecían justificar los peligros contra los que se había organizado ese orden. La "caza de brujas" fue una perversa manifestación del pánico que se había adueñado de todas las clases cuando el equilibrio empezó a inclinarse hacia una mayor libertad individual.

Si uno se eleva por encima de aquel despliegue de maldad individual, sólo puede compadecerlos a todos, así como nosotros seremos compadecidos algún día. Todavía le es imposible al hombre organizar su vida social sin represiones, y el

equilibrio entre orden y libertad aún está por encontrarse.

La "caza de brujas" no fue, sin embargo, una mera represión. Fue también, y con igual importancia, una oportunidad largamente demorada para que todo aquel inclinado a ello expresase públicamente sus culpas y pecados cobijándose en acusaciones contra las víctimas. Repentinamente se hizo posible —patriótico y sagrado— que un hombre dijese que Martha Corey había acudido a su habitación durante la noche y que, mientras su esposa dormía a su lado, Martha se había acostado sobre su pecho y "casi lo había sofocado". Por supuesto, sólo era el espíritu de Martha, pero la satisfacción del hombre al confesarse no fue menor que si se hubiese tratado de Martha misma. De ordinario, no podía uno decir tales cosas en público.

Viejos odios de vecinos, largamente reprimidos, ahora podían expresarse abiertamente, y vengarse a despecho de los caritativos mandamientos de la Biblia. La codicia de tierras, antes puesta de manifiesto en continuos altercados por cuestiones de límites y testamentos, pudo ahora elevarse a la arena de la moralidad; era posible acusar de brujería a un vecino y sentirse perfectamente justificado por la ganga obtenida. Viejas cuentas podían ajustarse en un plano de celestial combate entre Lucifer y el Señor; las sospechas y la envidia del infeliz hacia el dichoso podían desencadenarse, y se desencadenaron, en la general venganza.

Parris reza ahora y aunque no podemos escuchar sus palabras, percibimos que es presa de la confusión. Murmura, parece estar a punto de sollozar; luego solloza y entonces reza de nuevo, pero su hija no se mueve.

Se abre la puerta y entra su esclava negra. Títuba tiene más de cuarenta años. Parris la trajo de Barbados, donde él había vivido varios años como comerciante antes de incorporarse a la Iglesia. Títuba entra como quien ya no soporta la separación de

su ser más querido, pero también muy asustada pues su instinto de esclava le ha advertido que, como siempre, las dificultades en esta casa terminan por caer sobre ella.

***

TÍTUBA *(dando ya un paso atrás):* ¿Mi Betty, sanita pronto?

PARRIS: ¡Fuera de aquí!

TÍTUBA *(retrocediendo hacia la puerta):* Mi Betty no morir...

PARRIS *(incorporándose, furioso):* ¡Fuera de mi vista! *(Ella ya se ha ido.)* Fuera de mi... *(Es dominado por los sollozos. Los acalla apretando los dientes; cierra la puerta y se apoya en ella, exhausto.)* ¡Dios mío! ¡Dios, ayúdame! *(Temblando de miedo, murmurando para sí entre sollozos, va hacia el lecho y toma suavemente la mano de Betty.)* Betty. Criatura. Niña querida. ¿Despertarás, abrirás tus ojos? Betty, pequeña... *(Se inclina para arrodillarse nuevamente, cuando entra su sobrina Abigail Williams, de 17 años, muchacha de llamativa belleza, huérfana, con una infinita capacidad para simular. Ahora rebosa preocupación, aprensión y compostura.)*

ABIGAIL: Tío. *(El la mira.)* Susanna Walcott viene de lo del doctor Griggs.

PARRIS: ¿Sí? Que entre, que entre.

ABIGAIL *(Asomándose a la puerta para llamar a Susanna, que está unos escalones más abajo):* Entra, Susanna.

(Entra Susanna Walcott, muchacha nerviosa, apresurada, algo más joven que Abigail.)

PARRIS *(ansiosamente):* Hija, ¿qué dice el médico?

SUSANNA *(empinándose para ver a Betty por encima de Parris):* Me manda venir a deciros, reverendo señor, que para eso no puede encontrar en sus libros ninguna medicina.

PARRIS: Debe seguir buscando, entonces.

SUSANNA: Sí, señor; ha estado buscando en sus libros desde que lo dejasteis, señor. Pero me manda deciros que podríais buscar vos la causa de esto en algo antinatural.

PARRIS *(dilatándosele los ojos):* No... no. Nada de causas antinaturales. Dile que he enviado por el reverendo Hale, de Beverly y el señor Hale seguramente lo confirmará. Que busque en la medicina y deseche toda idea de causas antinaturales, que aquí no las hay.

SUSANNA: Sí, señor. Es él quien me manda deciros... *(Se vuelve para salir.)*

ABIGAIL: No digas nada de esto en el pueblo, Susanna.

PARRIS: Ve directamente a casa y no hables de causas antinaturales.

SUSANNA: Sí, señor. Rogaré por ella. *(Vase.)*

ABIGAIL: Tío, cunde el rumor de que es brujería; creo que lo mejor será que bajéis y lo neguéis vos mismo. La sala está llena de gente, señor. Yo me quedaré con ella.

PARRIS *(abrumado, se vuelve hacia ella):* ¿Y qué he de decirles? ¿Que en el bosque descubrí a mi hija y mi sobrina, bailando como herejes?

ABIGAIL: Sí, tío, bailamos. Habréis de decirles que yo lo confesé. Y seré azotada si debo serlo. Pero hablan de brujería. Betty no está embrujada.

PARRIS: Abigail, no puedo presentarme ante la congregación sabiendo que no te has franqueado conmigo. ¿Qué habéis hecho con ella en el bosque?

ABIGAIL: Bailamos, tío. Y cuando aparecisteis de entre los arbustos, tan repentinamente, Betty se asustó y se desmayó. Y eso fue todo.

PARRIS: Hija, siéntate.

ABIGAIL *(temblando al sentarse):* Yo jamás le haría daño a Betty. La amo tiernamente.

PARRIS: Atiéndeme, criatura. Tu castigo vendrá a su tiempo. Pero si en el bosque habéis traficado con espíritus, debo saberlo ahora, pues sin duda llegarán a saberlo mis enemigos y con ello me arruinarán.

ABIGAIL: Pero es que *no* conjuramos espíritus...

PARRIS: ¿Entonces por qué desde la medianoche no puede moverse? La chica no tiene remedio. *(Abigail baja la vista.)* Esto saldrá a la luz, forzosamente ...; mis enemigos lo pondrán en descubierto. Dime qué es lo que habéis hecho allí. Abigail, ¿te das cuenta de que tengo muchos enemigos?

ABIGAIL: Oí decirlo así, tío.

PARRIS: Hay un bando que ha jurado arrojarme de mi púlpito. ¿Comprendes esto?

ABIGAIL: Así lo creo, señor.

PARRIS: Y bien; en medio de semejante embrollo, mis propios familiares resultan ser el mismo centro de no sé qué práctica obscena. En el bosque se hacen barbaridades...

ABIGAIL: ¡Jugábamos, tío!

PARRIS *(señalando a Betty):* ¿A esto le llamas jugar? *(Ella baja la mirada. El suplica.)* Abigail, si sabes algo que pueda ayudar al médico, por amor de Dios, dímelo. *(Ella calla.)* Al sorprenderos, vi a Títuba agitando sus brazos sobre el fuego. ¿Por qué hacía eso? Y oí cómo, de su boca, salía una chillona jerigonza. ¡Se bamboleaba como una bestia estúpida sobre esa fogata!

ABIGAIL: Siempre canta sus cantos de Barbados, y nosotras bailamos.

PARRIS: No puedo cerrar los ojos a lo que vi, Abigail, pues no han de cerrarlos mis enemigos. Vi un vestido tirado sobre la hierba.

ABIGAIL *(inocentemente):* ¿Un vestido?

PARRIS *(...es muy duro decirlo):* Sí, un vestido. ¡Y me pareció ver... a alguien desnudo, corriendo entre los árboles!

ABIGAIL *(aterrorizada):* ¡Nadie estaba desnudo! ¡Os engañáis, tío!

PARRIS *(con enojo):* ¡Yo lo vi! (Se *aleja de ella. Con resolución):* Sé sincera conmigo, Abigail. Y te imploro, doblégate bajo el peso de la verdad, pues lo que está en juego es mi ministerio...; mi ministerio y tal vez la vida de tu prima. Cualquiera haya sido la enormidad que habéis consumado, dímelo todo ahora, pues no me atrevo a presentarme ante ellos, allí abajo, sin conocer la verdad.

ABIGAIL: No hay nada más. Lo juro tío.

PARRIS *(la observa: luego asiente con la cabeza, convencido a medias):* Abigail, he luchado aquí durante tres largos años para que esta gente testaruda se me someta y ahora, justamente ahora cuando la parroquia comienza a dar señales de algún respeto hacia mí, tú comprometes nada menos que mi reputación. Te he

dado un hogar, criatura, te he cubierto de ropas...; dame ahora una honrada respuesta. En el pueblo..., ¿tu nombre es completamente inmaculado?

ABIGAIL *(con una pizca de resentimiento):* Claro, estoy segura de que sí, señor. Mi nombre no tiene de qué avergonzarse.

PARRIS *(concretando):* Abigail, aparte de lo que me has dicho, ¿hay alguna otra causa por la que te han despedido del servicio de la señora Proctor? He oído decir, y tal como lo dijeron te lo cuento, que este año ella viene a la iglesia tan raras veces sólo por no sentarse tan cerca de algo sucio. ¿Qué querían decir con eso?

ABIGAIL: Me odia; sin duda, tío, porque no quise ser su esclava. Es una mujer cruel, una mujer mentirosa, insensible, llorona, y yo no quiero trabajar para semejante mujer.

PARRIS: Tal vez lo sea. Y sin embargo me ha preocupado que estés fuera de esa casa desde hace siete meses y que en todo este tiempo ninguna otra familia haya pedido tus servicios.

ABIGAIL: Quieren esclavos, no gente como yo. Que vayan a buscarlos a Barbados. ¡No me ensuciaré la cara por ninguno de ellos! *(Con mal disimulado resentimiento hacia él):* ¿Me regateas mi cama, tío?

PARRIS; No... No.

ABIGAIL *(con arrebato):* Tengo buen nombre en el pueblo. No permitiré que se diga que mi nombre está sucio. ¡La señora Proctor es una charlatana embustera! *(Entra Ann Putnam. Es una mujer de cuarenta y cinco años, de alma atormentada, obsesionada por la muerte, acosada por los sueños.)*

PARRIS *(apenas comienza a abrirse la puerta):* No... no. No puedo recibir a nadie. *(La ve y en él surge cierta deferencia aunque sin disipar su ansiedad):* Ah, señora Putnam, entrad.

ANN *(agitada, con los ojos encendidos):* Es un prodigio, no cabe duda de que os ha tocado un rayo del Infierno.

PARRIS: No, señora Putnam, es...

ANN *(aludiendo a Betty):* ¿Hasta qué altura voló, hasta qué altura?

PARRIS: No, no... no voló...

ANN *(muy satisfecha de ello):* ¡Cómo! ¡Seguro que voló! ¡El señor Collins la vio pasar sobre el granero de Ingersoll, y descender con la ligereza de un pájaro, dice!

PARRIS: No, señora Putnam, escuchad, ella no ha... *(Entra Thomas Putnam, un duro terrateniente acomodado, cincuentón.)* Ah, buenos días, señor Putnam.

PUTNAM: ¡Es una suerte que la cosa haya brotado, por fin! ¡Es providencial! *(Va directamente hacia el lecho.)*

PARRIS: ¿Qué cosa ha brotado, señor, qué...? *(Ann va hacia la cama.)*

PUTNAM *(mirando a Betty):* ¡Pero *sus* ojos están cerrados! Mira tú, Ann.

ANN: Sí que es extraño. *(A Parris):* Los de la nuestra están abiertos.

PARRIS *(sobresaltado):* ¿Vuestra Ruth está enferma?

ANN *(con maligna certidumbre):* Yo no diría enferma; el toque del Diablo es más grave que estar enferma. Es la muerte, sabéis, es la muerte diabólica que se mete en ellas, con horquilla y con pezuñas.

PARRIS: ¡Oh, no, por favor! ¿Por qué, qué es lo que tiene Ruth?

ANN: Tiene lo que se merece... No se despertó esta mañana, pero

sus ojos están abiertos y camina, y nada oye, nada ve, y nada puede comer. Su alma está poseída, seguramente. *(Parris queda paralizado.)*

PUTNAM *(como pidiendo más detalles):* Dicen que habéis enviado por el reverendo Hale, de Beverly...

PARRIS *(con menos convicción ahora):* Es sólo una precaución. Posee gran experiencia en todas las artes demoníacas, y yo...

ANN: Ya lo creo; y el año pasado encontró una bruja en Beverly, recordadlo bien.

PARRIS: Vamos, señora Ann, sólo pensaron que era una bruja, y estoy seguro de que aquí no hay nada de brujería.

PUTNAM: ¡Nada de brujería! Vamos señor Parris, ved que...

PARRIS: Thomas, Thomas, os ruego, no habléis de brujería. Sé que vos no me desearíais, y vos menos que nadie, Thomas, tan desastrosa acusación. No podemos pensar en brujería. A gritos me echarán de Salem por semejante corrupción en mi casa.

(Dos palabras acerca de Thomas Putnam. Era un hombre con muchos rencores, de los que, por lo menos uno, parece justificado. Tiempo atrás, el cuñado de su esposa, James Bayley, había sido rechazado como ministro de Salem. Bayley llenaba todos los requisitos y contaba con dos tercios de los votos necesarios, pero un sector impidió su designación por razones que no son claras.

Thomas Putnam era el hijo mayor del hombre más rico del lugar. Había peleado contra los indios en Narragansett y se interesaba profundamente por los asuntos parroquiales.

Indudablemente, se sintió mal retribuido por la comunidad que tan escandalosamente desairaba a su candidato para uno de los cargos más importantes del pueblo, tanto más cuanto que él mismo se consideraba intelectualmente superior a la mayoría de la gente que había a su alrededor.

Su naturaleza vengativa quedó demostrada mucho antes de que comenzara la "caza de brujas". George Burroughs, otro ex párroco de Salem, había tenido que obtener dinero prestado para pagar el entierro de su esposa y como la parroquia se atrasaba en el pago de su salario, pronto se encontró en bancarrota. Thomas y su hermano John hicieron encarcelar a Burroughs por deudas que el hombre no debía.

El incidente es importante sólo porque Burroughs consiguió ser párroco allí donde Bayley, cuñado de Thomas Putnam, fue rechazado; el motivo de resentimiento es aquí claro. Thomas Putnam sintió que su propio nombre y el honor de su familia habían sido mancillados por el pueblo y se propuso desquitarse como pudiera.

Otra razón para creerlo un hombre profundamente amargado fue su intento de destruir el testamento de su padre, quien había legado una suma desproporcionada a un hermanastro. Como en todos los pleitos públicos en que trató de forzar las cosas, también fracasó en éste.

No es sorprendente, pues, hallar tantas acusaciones de puño y letra de Thomas Putnam, o que tan frecuentemente se haya encontrado su nombre en calidad de testigo, corroborando los testimonios destinados a probar lo sobrenatural, o que su hija iniciase el griterío en los trances más oportunos durante los procesos, especialmente cuando... Pero ya hablaremos de esto a su tiempo.)

PUTNAM *(en este momento está decidido a empujar al abismo a Parris, por quien siente desprecio)*: Señor Parris, en todas las disputas aquí habidas he estado de vuestra parte, y así continuaría; pero no puedo, si os resistís en esto. Espíritus dañinos, vengativos, están arrebatando a estas criaturas.

PARRIS: Pero Thomas, no podéis...

PUTNAM: ¡Ann! Dile al señor Parris lo que has hecho.

ANN: Reverendo Parris, he dejado bajo tierra a siete niños sin bautizar. Creedme, señor, jamás habéis visto nacer niños más robustos. Y sin embargo, cada uno de ellos estaba destinado a marchitarse en mis brazos la misma noche de su nacimiento. Yo nada he dicho, pero es mi corazón el que ha insinuado a voces. Y ahora, este año, mi Ruth, mi única..., la veo tornarse extraña: taciturna criatura se ha vuelto este año y se está encogiendo como si una boca sedienta le sorbiese hasta la vida. Y entonces pensé en que fuese a ver a vuestra Títuba.

PARRIS: ¡A Títuba! ¿Qué podría Títuba...?

ANN: Títuba sabe cómo hablar a los muertos, señor Parris.

PARRIS: ¡Señora Ann..., es un enorme pecado invocar a los muertos!

ANN: Mi alma cargue con ello; ¿pero quién, si no, podría decirnos con certeza qué persona mató a mis niños?

PARRIS *(horrorizado):* ¡Mujer!

ANN: ¡Fueron asesinados, señor Parris! ¡Y tomad nota de esta prueba! ¡Tomad nota! Anoche, mi Ruth estuvo más cerca que nunca de sus almitas; lo sé, señor. ¿Pues cómo es que ha enmudecido ahora, si no porque algún poder de las tinieblas le ha paralizado la boca? ¡Es una señal prodigiosa, señor Parris!

PUTNAM: ¿No comprendéis, señor? Hay entre nosotros una bruja asesina, decidida a mantenerse en las sombras. *(Parris se vuelve hacia Betty evidenciando un creciente terror frenético.)* Dejad que vuestros enemigos piensen lo que quieran, vos no lo podéis ignorar.

PARRIS (a *Abigail):* Entonces, invocabais espíritus, anoche.

ABIGAIL *(en un susurro):* Yo no, señor... Tituba y Ruth.

PARRIS (se *vuelve ahora, con nuevo temor; va hacia Betty, la observa y luego, con la mirada fija en el vacío):* ¡Oh, Abigail, qué adecuada retribución a mi generosidad! Ahora estoy perdido.

PUTNAM: No estáis perdido. Haceos fuerte, ahora. No esperéis a que nadie os acuse. Declaradlo vos mismo. Habéis descubierto una brujería...

PARRIS: ¿En mi casa? ¿En mi casa, Thomas? Me derribarán con esto. Harán de ello una... *(Entra Mercy Lewis, la sirvienta de los Putnam, una muchacha de diez y ocho años, gorda, taimada y despiadada.)*

MERCY: Con vuestro perdón. Sólo quise ver cómo está Betty.

PUTNAM: ¿Cómo es que no estás en casa? ¿Quién está con Ruth?

MERCY: Vino la abuela. Mejoró algo, creo... Antes, dió un tremendo estornudo.

ANN: ¡Ah, es un signo de vida!

MERCY: YO ya no temería, señora Putnam. Fue un gran estornudo; otro así y estoy segura que del sacudón le vuelve el juicio. (Va al *lecho* a *mirar.)*

PARRIS: ¿Queréis dejarme ahora, Thomas? Rezaría un momento a solas.

ABIGAIL: TÍO, habéis rezado desde medianoche. Por qué no bajáis y...

PARRIS: No... no. *(A Putnam):* No tengo respuesta para esa multitud. Esperaré hasta que llegue Hale. *(Invitando a Ann a salir):* Tened a bien, señora Ann...

PUTNAM: Y bien, señor. ¡Lanzaos contra el Diablo y el pueblo os bendecirá por ello! Bajad, habladles..., orad con ellos. Están sedientos de vuestra palabra, señor. Confío en que oraréis con ellos.

PARRIS *(dominado):* Los guiaré en un salmo, pero nada digáis de brujería por ahora. No he de discutirlo. La causa es aún desconocida. He tenido bastantes disputas desde que llegué. No quiero más.

ANN: Mercy, tú vas a casa a acompañar a Ruth, ¿me oyes?

MERCY: SÍ, señora. *(Sale Ann Putnam.)*

PARRIS *(a Abigail):* Si se lanza a la ventana, llámame en seguida.

ABIGAIL: LO haré, tío.

PARRIS *(a Putnam):* Hay una fuerza terrible, hoy, en sus brazos. *(Sale con Putnam.)*

ABIGAIL *(con contenido azoramiento):* ¿Qué tiene Ruth?

MERCY: ES espeluznante, no sé...; desde anoche parece caminar como una muerta.

ABIGAIL *(se vuelve súbitamente y va hacia Betty; con temor en la voz):* ¡Betty! *(Betty no se mueve. La sacude):* ¡Acaba de una vez! ¡Betty! ¡Levántate! *(Betty no se mueve. Mercy se acerca.)*

MERCY: ¿Ensayaste golpearla? Yo le di a Ruth una buena y eso

la despertó por un rato. Anda, déjame a mí.

ABIGAIL *(rechazando a Mercy):* No, él subirá en seguida. Escúchame. Si nos interrogan, diles que bailábamos... Eso es todo lo que yo le dije.

MERCY: Bueno. ¿Y qué más?

ABIGAIL: El sabe que Tituba conjuró a las hermanas de Ruth a levantarse de la tumba.

MERCY: ¿Y qué más?

ABIGAIL: Te vio desnuda.

MERCY *(batiendo palmas, con una risita asustada):* ¡Jesús!

(Entra Mary Warren, sin aliento. Es una muchacha de diez y siete años, servil, simple, triste.)

MARY: ¿Qué haremos? ¡El pueblo está en la calle! ¡Recién llego de la granja; toda la comarca habla de brujería! ¡Abby, nos acusarán de brujas!

MERCY *(apuntando y mirando a Mary):* Ella piensa confesar, lo sé.

MARY: Tenemos que confesar, Abby. Por brujería ahorcan..., ¡ahorcan como en Boston hace dos años! ¡Abby, debemos decir la verdad! Por bailar y las otras cosas, sólo te azotarán.

ABIGAIL: ¡Oh... *NOS* azotarán!

MARY: Yo no hice nada de eso, Abby. Yo miraba solamente.

MERCY *(yendo amenazadora hacia Mary):* ¡Ah! Tú eres especial para mirar, ¿no es cierto Mary Warren? Para espiar sí que eres valiente. *(Betty, en la cama, se queja. Abigail se vuelve instantáneamente.)*

ABIGAIL: Betty. *(Va hacia Betty):* Vamos querida, Betty, despierta ya. Es Abigail. *(La incorpora y la sacude furiosamente):* ¡Betty, voy a pegarte! *(Betty se queja):* Ahá, parece que mejoras. Hablé con tu papá y le conté todo. De modo que no hay nada que...

BETTY *(asustada de Abigail, salta de la cama como una luz y pegada de espaldas a la pared):* ¡Quiero a mi mamá!

ABIGAIL *(con alarma, mientras se aproxima cautelosamente a Betty):* Betty, ¿qué te pasa? Tu mamá está muerta y enterrada.

BETTY: ¡Quiero volar hacia mamá! ¡Dejadme volar! *(Extiende los brazos como para volar, largándose hacia la ventana por donde alcanza a pasar una pierna.)*

ABIGAIL *(arrastrándola lejos de la ventana):* Le conté todo; él ya sabe, ahora ya sabe todo lo que nosotras...

BETTY: Tú bebiste sangre, Abigail, eso no se lo contaste.

ABIGAIL: ¡Betty, no volverás a decir eso! Nunca, jamás...

BETTY: ¡Lo hiciste, lo hiciste! ¡Bebiste un encantamiento para que muera la mujer de John Proctor! ¡Sí! ¡Bebiste un encantamiento para matar a la señora Proctor!

ABIGAIL *(la abofetea):* ¡Calla! ¡Basta ya!

BETTY *(desplomándose en el lecho):* ¡Mamá, mamá! *(Se deshace en sollozos.)*

ABIGAIL: Atended. Vosotras todas. Bailábamos. Y Títuba invocó a las hermanas de Ruth Putnam. Y eso es todo. Y acordaos de esto: que se os escape una palabra, a cualquiera de vosotras, o la sombra de una palabra acerca de las otras cosas, y apareceré en lo más negro de una noche horrible y os ajustaré las cuentas hasta el escalofrío. ¡Y vosotras sabéis que yo puedo hacerlo; he

visto cómo, sobre la almohada junto a la mía, los indios destrozaban las cabezas de mis pobres padres, y he visto algunas otras sangrientas faenas realizadas en la noche, y puedo hacer que vosotras os lamentéis de haber visto siquiera que se puso el sol! *(Va hacia Betty y rudamente la incorpora):* ¡Vamos, tú... siéntate y acaba con esto! *(Pero Betty se desploma en sus brazos y yace inerte en el lecho.)*

MARY *(histéricamente asustada):* ¡Qué le dio! *(Mirando despavorida a Betty):* ¡Abby, se va a morir! Conjurar es un pecado y nosotras...

ABIGAIL *(yendo hacia Mary):* ¡Mary Warren, te he dicho que te calles!

(Entra John Proctor. Al verlo, Mary retrocede asustada.)

(Proctor era un agricultor de unos treinta y cinco años. No tiene por qué haber sido miembro de ningún bando del pueblo, pero hay indicios que sugieren que era violento y mordaz con los hipócritas. Era la clase de hombre —poderoso de cuerpo, bien dispuesto y difícilmente dominable— que no puede rehusar su apoyo a militantes de ningún partido sin provocar su más hondo resentimiento. En presencia de Proctor todo necio sentía instantáneamente su necedad... y por cosas así, un Proctor siempre está expuesto a la calumnia.

Pero, como veremos, las tranquilas maneras que él exhibe no surgen de un alma libre de tormentos. Es un pecador, un pecador no sólo ante la moral imperante en la época, sino ante su propia visión de lo que es una conducta decente. Aquella gente no disponía de un ritual para lavar sus pecados. Es otro rasgo que hemos heredado de ellos, y que lo mismo nos ha ayudado a disciplinarnos como a fomentar entre nosotros la hipocresía. Proctor, respetado y hasta temido en Salem, ha llegado a considerarse a sí mismo una especie de fraude. Pero nada de esto ha

aparecido todavía en la superficie; y cuando entra, viniendo de la concurrida sala de abajo, lo que vemos es un hombre en la flor de la vida, con una tranquila confianza y una inexpresada fuerza oculta. Mary Warren, su sirvienta, apenas puede hablar por la turbación y el miedo.)

MARY: ¡Oh! Ya me estoy marchando a casa, señor Proctor.

PROCTOR: ¿Eres boba, Mary Warren? ¿Eres sorda? Te prohibí dejar la casa, ¿no es cierto? ¿Para qué te pago? Tengo que vigilarte más que a mis vacas.

MARY: Sólo vine a ver los grandes acontecimientos del mundo.

PROCTOR: Grandes acontecimientos en el traste voy a darte yo uno de estos días. ¡Vete a casa; mi mujer tiene tarea para ti! *(Ella sale lentamente, tratando de conservar un resto de dignidad.)*

MERCY *(extrañamente fascinada y a la vez atemorizada):* Es mejor que me vaya. Debo atender a mi Ruth. Buenos días, señor Proctor.

(Evitando la proximidad de Proctor, Mercy sale rápidamente. Desde la aparición de Proctor, Abigail ha permanecido como en punta de pies, bebiendo su figura, con ojos dilatados. El le echa una mirada y va hacia el lecho de Betty.)

ABIGAIL: ¡POR Dios! ¡Ya casi había olvidado lo fuerte que eres, John Proctor!

PROCTOR *(mirando a Abigail con una vaga sonrisa de inteligencia apenas esbozada en el rostro):* ¿Qué diablura es ésta?

ABIGAIL *(con una risita nerviosa):* Nada; sólo está medio tonta.

PROCTOR: Desde la mañana, el camino de mi casa se ha convertido en una peregrinación a Salem. El pueblo entero habla

de brujería.

ABIGAIL: ¡Bah, cuentos! (Se *le acerca, persuasiva, con un aire confidencial y travieso):* Anoche estábamos bailando en el bosque y mi tío nos sorprendió. Ella se asustó. Eso es todo.

PROCTOR *(ensanchando su sonrisa):* ¡Ah, traviesa como siempre, no? *(Esperanzada, Abigail deja escapar una risita y se atreve a acercársele, mirándole febrilmente en los ojos.)* Te meterán en el cepo antes de que cumplas los veinte. *(Hace ademán de irse pero ella se interpone.)*

ABIGAIL: Dime algo, John. Algo tierno. (Su *vehemencia destruye la sonrisa de Proctor.)*

PROCTOR: No, Abby, no, eso ha terminado.

ABIGAIL *(insultante):* ¿Cinco millas viajas tú por ver volar a una tonta? Te conozco...

PROCTOR *(apartándola con firmeza):* Vengo a ver qué enredo está tramando tu tío ahora. *(Categórico.)* Quítatelo de la cabeza, Abby.

ABIGAIL *(asiéndole una mano antes de que él la haya soltado):* John..., me paso las noches esperándote.

PROCTOR: Nunca he prometido venir a verte, Abby.

ABIGAIL *(no puede creerle; con cólera creciente):* ¡Creo tener algo más que promesas!

PROCTOR: Abby, te quitarás eso de la cabeza. No vendré más por ti.

ABIGAIL: Te estás burlando de mí.

PROCTOR: Tú sabes que no.

ABIGAIL: Lo que sé es cómo me estrechabas en los fondos de tu

casa, y sudabas como un caballo cada vez que me acercaba. ¿O es que lo he soñado? Quien me echó fue ella, no puedes simular que fuiste tú. Te vi el rostro cuando ella me echó, y me amabas entonces y me amas ahora.

PROCTOR: Abby, eso es decir una salvajada.

ABIGAIL: Una salvaje puede decir salvajadas. Pero no tanta salvajada, creo. Te he visto desde que ella me echó; te he visto por las noches.

PROCTOR: En estos siete meses apenas si he salido de mi granja.

ABIGAIL: Soy sensible al calor, John, y el tuyo me ha arrastrado hasta mi ventana y te he visto mirando hacia arriba, ardiendo en tu soledad. ¿Vas a decirme que no has mirado hacia mi ventana?

PROCTOR: Puedo haber mirado.

ABIGAIL *(ablandándose):* Con seguridad, John. No eres de invernadero. Te conozco, John. Yo te *conozco. (Está llorando.)* Los sueños no me dejan dormir; en cuanto empiezo a soñar me despierto y camino por la casa como si fuera a encontrarte viniendo por alguna puerta. *(Lo abraza desesperadamente.)*

PROCTOR *(apartándola suavemente, con gran compasión pero firmemente):* Niña...

ABIGAIL *(en un arranque de ira):* ¡Cómo me llamas niña!

PROCTOR: Puede que te recuerde con dulzura de cuando en cuando, Abby. Pero me cortaré una mano antes que volver a tocarte. Bórralo de la mente. Nunca nos hemos tocado, Abby.

ABIGAIL: ES que sí nos tocamos.

PROCTOR: ES que no nos tocamos.

ABIGAIL *(con amargo enojo):* Oh, me admira que un hombre tan

fuerte pueda permitir que una esposa tan débil...

PROCTOR *(enojado..., como si también se lo dijese a sí mismo):* ¡No dirás nada de Elizabeth!

ABIGAIL: ¡Ella está ensuciando mi nombre en el pueblo! ¡Anda diciendo mentiras de mí! ¡Es una mujer fría y llorona, y tú te sometes a ella! Deja que te convierta en...

PROCTOR *(sacudiéndola):* ¿Quieres que te azote? *(De abajo llegan voces entonando un salmo.)*

ABIGAIL *(entre lágrimas):* ¡Quiero a John Proctor, el que interrumpió mi sueño y abrió los ojos de mi corazón! Yo no sabía lo hipócrita que era Salem, ni me daba cuenta de las mentiras que me enseñaban todas esas mujeres beatas y sus aliados esposos. Y ahora pretendes que me arranque esa luz de los ojos. ¡No lo haré, no puedo! ¡Me amaste, John Proctor, y por más pecado que sea, aún me amas! *(El se vuelve bruscamente para salir. Ella corre tras él.)* ¡John, piedad...; ten piedad de mí!

(Al oírse las palabras del salmo "yendo hacia Jesús", Betty se tapa súbitamente los oídos y se queja en voz alta.)

ABIGAIL: ¡Betty! *(Corre hacia Betty que ahora está sentada, chillando. Mientras Abigail trata de bajarle las manos, Proctor se acerca diciendo "Betty!")*

PROCTOR *(con creciente nerviosidad):* ¿Qué estás haciendo? Niña, ¿qué te ocurre? ¡No grites así! *(El canto se ha detenido y ahora irrumpe Parris en la habitación.)*

PARRIS: ¿Qué ocurrió? ¿Qué le estáis haciendo? ¡Betty! *(Corre hacia el lecho gritando "¡Betty, Betty!" Entra Ann Putnam, con curiosidad febril y, tras ella, Thomas Putnam y Mercy Lewis. Parris, junto al lecho, palmotea suavemente el rostro de Betty, mientras ella gime y trata de levantarse.)*

ABIGAIL: Os oyó cantar y de pronto se levantó gritando.

ANN: ¡El salmo, el salmo! ¡No soporta que se pronuncie el nombre del Señor!

PARRIS: No, no lo permita Dios. ¡Mercy, corre a lo del médico! ¡Cuéntale lo que ocurrió aquí! *(Mercy Lewis sale corriendo.)*

ANN: ¡Un indicio! ¡Ved en ello un indicio!

(Entra Rebecca Nurse, de setenta y dos años de edad, de cabellera blanca, apoyándose en su bastón.)

PUTNAM *(señalando a la sollozante Betty):* ¡Este es un evidente indicio de brujería desatada, Rebecca Nurse, un prodigioso indicio!

ANN: ¡Mi madre me lo dijo! Cuando no pueden soportar que el nombre del Señor sea...

PARRIS *(temblando):* Rebecca, Rebecca, acude a ella, estamos perdidos. Repentinamente, no soporta que el nombre del Señor sea...

(Entra Giles Corey, de ochenta y tres años, musculoso, digno, inquisitivo, poderoso todavía.)

REBECCA: Hay un enfermo grave aquí, Giles Corey, haz el favor de guardar silencio, pues.

GILES: No he dicho una palabra. Ninguno de los presentes puede acusarme de haber dicho una palabra. ¿Va a volar otra vez? Dicen que vuela.

PUTNAM: ¡Cállate, hombre!

(Todo es silencio. Rebecca cruza la habitación hacia el lecho; rebosa dulzura. Betty, con los ojos cerrados, solloza quedamente. Rebecca simplemente se ha plantado ante la niña, quien se aquieta gradualmente.)

(Y mientras están tan absortos, podemos decir algo sobre Rebecca.

Rebecca era la esposa de Francis Nurse quien, según todas las referencias, era uno de esos hombres a quien las dos partes de una discusión tienen que respetar. Era llamado, cual si fuese un juez extraoficial, para intervenir como árbitro en las disputas y Rebecca también gozaba de la alta opinión que la gente tenía de él.

Por la época del drama, poseían doscientas hectáreas y sus hijos estaban instalados en casas separadas dentro de la misma propiedad. Originariamente, Francis había arrendado el lugar y hay una teoría que sostiene que mientras lo fue pagando, y de este modo elevando su condición, hubo quienes vieron su progreso con resentimiento.

Otra sugerencia para explicar la sistemática campaña contra los Nurse se encuentra en la guerra que, por sus tierras, sostuvieron contra sus vecinos, uno de los cuales era un Putnam. Esta pendencia creció hasta adquirir proporciones de batalla en un encuentro entre partidarios de ambos bandos y se dice que duró dos días.

En cuanto a Rebecca misma, era tan elevada la opinión general acerca de su carácter, que para explicar cómo se atrevió alguien a acusarla de bruja —y más, cómo es que gente adulta pudo llegar a ponerle la mano encima—, debemos fijarnos en las tierras de aquel tiempo y sus divisiones.

Como hemos visto, el candidato de Thomas Putnam para el ministerio de Salem, era Bayley. El plan de Nurse había figurado

en la facción que impidió el nombramiento de Bayley. Por añadidura, ciertas familias vinculadas a los Nurse por lazos de sangre o por amistad, y cuyas granjas eran contiguas o vecinas de la de Nurse, se aliaron para romper con la autoridad municipal de Salem, y fundaron una entidad nueva e independiente, Topsfield, cuya existencia provocó el enojo de los viejos salemitas.

Que la mano que movía los hilos del escándalo era la de Putnam, queda indicado por el hecho de que, tan pronto como el mismo empezó, esa facción Topsfield-Nurse se ausentó de la iglesia en señal de protesta e *incredulidad. Fueron Edward y Jonathan Putnam quienes firmaron la primera demanda contra Rebecca; y la pequeña hija de Thomas Putnam fue la que cayó en trance durante la audiencia y señaló a Rebecca como su atacante.*

Como culminación de todo eso, la señora Putnam —que ahora está con la mirada fija en la embrujada niña del lecho—, pronto acusó al espíritu de Rebecca de "tentarla a la iniquidad", acusación que encerraba más verdad de la que la señora Putnam podía sospechar.)

ANN *(atónita):* ¿Qué has hecho? *(Rebecca, pensativa, se aleja del lecho y se sienta.)*

PARRIS *(maravillado y aliviado):* ¿Qué piensas de esto, Rebecca?

PUTNAM *(ansiosamente):* Rebecca Nurse, ¿irás a ver a mi Ruth y tratarás de despertarla?

REBECCA *(sentada):* Creo que despertará a su tiempo. Por favor, calmaos. Tengo once hijos y soy veintiséis veces abuela y los he acompañado a todos en sus temporadas bobas y cada vez que les

agarraba, sus diabluras dejaban chiquito al mismo Demonio. Creo que despertará cuando se canse de esto. El alma de una criatura es como una criatura, nunca podréis alcanzarla corriendo tras ella; hay que quedarse quieto y pronto volverá por sí misma, en busca de cariño.

PROCTOR: Sí, Rebecca, ahí está la verdad.

ANN: Rebecca, esto no es ninguna temporada boba. Mi Ruth está aturdida, Rebecca; no puede comer.

REBECCA: Tal vez no esté hambrienta todavía. *(A Parris.)* Espero que no estéis decidido a salir en busca de espíritus errantes, señor Parris. He oído anunciarlo afuera.

PARRIS: En la parroquia se extiende la creencia de que el Diablo puede hallarse entre nosotros y estoy dispuesto a cumplir con ellos demostrándoles que están equivocados.

PROCTOR: Entonces hablad claro y decidles que están equivocados. Antes de llamar a ese ministro a que busque demonios, ¿habéis consultado con los consejeros?

PARRIS: ¡NO viene a buscar demonios!

PROCTOR: Entonces, ¿a qué viene?

PUTNAM: ¡En el pueblo hay niños muriéndose, caballero!

PROCTOR: No veo morirse a ninguno. Esta comunidad no ha de ser un juguete para que lo agitéis a vuestro gusto, señor Putnam. *(A Parris.)* ¿Habéis convocado a sesión antes de...

PUTNAM: ¡Estoy harto de sesiones! ¿Es que el pobre hombre no puede volver la cabeza sin tener que convocar a sesión?

PROCTOR: Puede volver la cabeza, pero no hacia el Infierno.

REBECCA: Te ruego, John, cálmate. *(Pausa. El cede ante ella.)*

Señor Parris, creo que lo mejor será que, tan pronto como venga, mandéis al reverendo Hale de vuelta. Esto nos va a traer nuevas disputas en la comunidad y habíamos quedado en que este año habría paz. Creo que ahora deberíamos confiar en el médico y en una buena plegaria.

ANN: ¡Rebecca, el doctor está desconcertado!

REBECCA: Entonces, si lo está, acudamos a Dios. Hay un peligro monstruoso en ponerse a buscar espíritus errantes. Lo temo, lo temo. Es mejor que busquemos la culpa en nosotros y que...

PUTNAM: ¿Cómo hemos de culparnos a nosotros? Yo soy uno de nueve hijos; la semilla de los Putnam ha poblado esta región. Y sin embargo, de ocho criaturas sólo me queda una... y esa una se está marchitando.

REBECCA: Esto no puedo desentrañarlo yo.

ANN *(con un creciente dejo de sarcasmo):* ¡En cambio yo debo! ¿Crees que es obra de Dios el que tú jamás pierdas un hijo, ni un nieto, y que yo en cambio deba enterrarlos a todos menos a uno? Hay ruedas moviendo ruedas en este pueblo, y fuegos nutriendo fuegos.

PUTNAM *(a Parris):* Cuando llegue el reverendo Hale, procederéis a buscar rastros de brujería en esto.

PROCTOR *(a Putnam):* No podéis dar órdenes al señor Parris. En esta comunidad el voto es por persona y no por hectárea.

PUTNAM: Nunca os he notado tan preocupado por esta comunidad, señor Proctor. No creo haberos visto en nuestras reuniones sabáticas desde las últimas nevadas.

PROCTOR: Bastantes preocupaciones tengo sin viajar cinco millas para escucharle predicar no más que tormentos infernales y condenación eterna. Creed en lo que os digo, señor Parris. Hay

muchos otros que hoy se apartan de la iglesia porque ya casi nunca mencionáis a Dios.

PARRIS *(excitado):* ¡Cómo! ¡Esta es una acusación muy grave!

REBECCA: Hasta cierto punto es verdad; hay muchos que no se animan a traer a sus hijos...

PARRIS: No predico para niños, Rebecca. No son los niños quienes descuidan sus obligaciones para con este ministerio.

REBECCA: ¿Realmente hay quienes las descuidan?

PARRIS: Yo diría que más de la mitad del pueblo de Salem...

PUTNAM *(interrumpiendo):* Y más que eso...

PARRIS: ¿Dónde está mi leña? Mi contrato estipula que se me provea de toda mi leña. ¡Desde noviembre estoy esperando una astilla, y aún en noviembre mismo tuve que andar exhibiendo mis manos heladas como un mendigo cualquiera!

GILES: Se os asigna seis libras anuales para comprar vuestra leña, señor Parris.

PARRIS: Considero esas seis libras como parte de mi salario. Bastante poco se me paga sin que gaste seis libras en leña...

PROCTOR: Sesenta, más seis para leña...

PARRIS *(interrumpiéndolo):* ¡El salario es de sesenta y seis libras, señor Proctor! No soy ningún predicador de campaña con el librito bajo el brazo; soy diplomado del colegio de Harvard.

GILES: ¡ASÍ es, y bien versado en aritmética!

PARRIS: ¡Señor Corey, deberéis buscar mucho para encontrar un hombre de mi clase por sesenta libras anuales! No estoy acostumbrado a esta miseria; abandoné un buen negocio en Barbados para servir al Señor. No alcanzo a desentrañarlo: ¿por qué se me

persigue aquí? No puedo proponer nada sin que se produzca un alboroto de gritos y discusiones. Me he preguntado a menudo si no estaría el Diablo en esto; de otro modo no puedo comprenderos.

PROCTOR: Señor Parris, sois el primer párroco que ha exigido el título de propiedad de esta casa...

PARRIS *(interrumpiendo):* ¡Hombre! ¿Es que un párroco no merece una casa donde vivir?

PROCTOR: En donde vivir, sí. Pero pretender la propiedad es como si fueseis dueño de la misma capilla; en la última asamblea a la que acudí hablasteis tanto de escrituras e hipotecas que creí estar en un remate.

PARRIS: ¡Pretendo una prueba de confianza, eso es todo! Soy vuestro tercer predicador en siete años. No quiero ser echado como el gato cada vez que ése sea el capricho de cualquier mayoría. Vosotros parecéis no comprender que un ministro es el representante del Señor en la parroquia; a un ministro no se le ha de perturbar ni contradecir con tanta ligereza.

PUTNAM: ¡ESO es!

PARRIS: ¡Habrá obediencia, o la Iglesia arderá como arde el Infierno!

PROCTOR: ¿ES que no podéis hablar un minuto sin que vayamos a parar al Infierno nuevamente? ¡Estoy harto del Infierno!

PARRIS: No sois vos quien decidirá lo que os conviene oír.

PROCTOR: ¡Creo que puedo decir lo que pienso!

PARRIS *(furioso):* ¿Qué, somos cuáqueros acaso? Todavía no somos cuáqueros aquí, señor Proctor. Y podéis decírselo así a vuestros partidarios.

PROCTOR: ¡Mis partidarios!

PARRIS *(por fin se desahoga):* En esta iglesia hay un partido. No estoy ciego; hay un bando y un partido.

PROCTOR: ¿Contra vos?

PUTNAM: ¡Contra él y toda autoridad!

PROCTOR: ¡Ah! Si es así, debo encontrarlo y unirme a él. *(Hay conmoción entre los demás.)*

REBECCA: No quiso decir eso.

PUTNAM: ¡Acaba de decirlo!

PROCTOR: Lo sostengo solemnemente, Rebecca; no me huele bien esta "autoridad".

REBECCA: No, no puedes quitarle el apoyo a tu párroco. Tú no eres de ésos, John. Estrecha su mano. Haced las paces.

PROCTOR: Tengo grano que sembrar y leña que arrastrar a casa. *(Va enojado hacia la puerta y se vuelve hacia Corey con una sonrisa.)* Qué te parece, Giles, encontremos ese partido. Dice que hay un partido.

GILES: John, he cambiado mi opinión sobre este hombre. Os ruego que me perdonéis, señor Parris; nunca pensé que en vos hubiese tanta fortaleza.

PARRIS *(sorprendido):* ¡Cómo... gracias, Giles!

GILES: Esto le hace pensar a uno en cuál ha sido la dificultad entre nosotros todos estos años. *(A todos.)* Pensadlo. ¿A qué se debe que todos andemos demandándonos los unos a los otros? Pensadlo bien. Es algo profundo y negro como un pozo. Este año he comparecido seis veces ante la justicia...

PROCTOR *(interrumpiéndolo familiarmente, cordialmente,*

aunque sabe que con esto se acerca al límite de la paciencia de Giles): ¿Es culpa del Diablo que uno no pueda decirte buen día sin que lo demandes por calumnia? Estás viejo, Giles, y no oyes tan bien como antes.

GILES *(no puede ser desviado):* John Proctor, hace apenas un mes que cobré cuatro libras de daños y perjuicios porque decías en público que yo quemé el techo de tu casa, y yo...

PROCTOR *(riendo):* Nunca dije tal cosa, pero te he pagado por ello, de modo que puedo llamarte sordo sin que me cueste. Ven, acompáñame Giles y ayúdame a arrastrar mi leña a casa.

PUTNAM: Un momento señor Proctor, ¿qué leña es esa que arrastráis, si puedo preguntaros?

PROCTOR: ES mi leña. De mi monte junto al río.

PUTNAM: Vamos, nos hemos vuelto locos este año. ¿Qué anarquía es ésta? Ese trecho está dentro de mis límites, dentro de *mis* límites, señor Proctor.

PROCTOR: ¡De vuestros límites! *(Indicando a Rebecca.)* Le compré ese pedazo al marido de la señora Nurse hace cinco meses.

PUTNAM: El no tenía derecho a venderlo. En el testamento de mi abuelo dice claramente que todo el terreno entre el río y...

PROCTOR: Vuestro abuelo tenía por costumbre legar tierras que nunca le pertenecieron, si es que puedo decirlo sin rodeos.

GILES: Esta es la pura verdad; también había cedido mi pradera del norte; pero sabía que, antes de que alcanzase a firmar ese testamento, yo le hubiera roto los dedos. Vamos a llevar tu leña a casa, John. Siento que me vienen unas tremendas ganas de trabajar.

PUTNAM: ¡Cargad uno solo de mis robles y tendréis que pelear

para arrastrarlo a casa!

GILES: Está bien, y además venceremos, Putnam. .. este bobo y yo. ¡Vamos! *(Se vuelve a Proctor e inicia la salida.)*

PUTNAM: ¡Tendrás que vértelas con mis hombres. Corey! ¡Te encajaré una denuncia! *(Entra el reverendo John Hale, de Beverly. Aparece abrumado bajo el peso de media docena de voluminosos libros.)*

(El señor Hale, intelectual de ojos ávidos y terso cutis, tiene cerca de cuarenta años. La presente es una grata diligencia para él: al ser invitado a comprobar si aquí hay brujería, sintió el orgullo del especialista cuya singular sabiduría es, por fin, reconocida públicamente. Como casi todos los estudiosos, dedicó buena parte de su tiempo a reflexionar acerca del mundo invisible, especialmente desde que él mismo, no hace mucho, descubrió una bruja en su parroquia. Sin embargo, bajo su penetrante escrutinio, esa mujer resultó ser una simple charlatana y la criatura a la que *pretendidamente había estado afligiendo recuperó su conducta normal después de que Hale le brindara su bondad y unos días de reposo en su propia casa. Pero esa experiencia no provocó en su mente la menor duda en cuanto a la realidad del trasmundo o la existencia de los multifacéticos lugartenientes de Lucifer. Fe que no lo desprestigia. Mejores cabezas que la de Hale hubo —y aún las hay—, convencidas de que más allá existe una sociedad de espíritus. No puedo dejar de señalar que una de sus frases no ha provocado risas en ningún público que ha visto esta obra; es su afirmación de que "No podemos caer en supersticiones. El Diablo es preciso". Evidentemente, ni siquiera hoy estamos muy seguros de que el diabolismo no sea cosa sagrada y de la que no*

hay que mofarse. Y no es por casualidad que estamos tan confundidos.

Al igual que el reverendo Hale y los demás personajes de este tablado, concebimos al Diablo como una parte necesaria a un enfoque respetable de la cosmología. El nuestro es un imperio dividido en el que ciertas ideas y emociones y acciones son de Dios, y las opuestas, de Lucifer. Es tan imposible para la mayoría de los hombres concebir una moralidad sin pecado como una tierra sin "cielo". Desde 1692 un cambio grande pero superficial borró las barbas de Dios y los cuernos del Diablo, pero el mundo continúa oprimido entre dos absolutos diametralmente opuestos. El concepto de unidad, en el que lo positivo y lo negativo son atributos de la misma fuerza, en el que el bien y el mal son relativos, eternamente cambiantes, y siempre unidos al mismo fenómeno, tal concepto continúa reservado a las ciencias físicas y a los pocos que han captado la historia de las ideas. Cuando se recuerda que hasta la era cristiana el Averno nunca fue considerado como un área hostil, que a despecho de traspiés ocasionales todos los dioses eran útiles y esencialmente amistosos para el hombre; cuando vemos la continua y metódica inculcación en la humanidad de la idea de la inutilidad del hombre —hasta su redención—, puede hacerse evidente la necesidad del Diablo como arma, arma ideada y utilizada una y otra vez, en toda época, para obligar a los hombres a someterse a una determinada iglesia o estado-iglesia.

Nuestra dificultad para creer —a cambio de una palabra mejor—, en la inspiración política del Diablo, se debe en gran parte al hecho de que él es invocado y condenado no sólo por nuestros antagonistas sociales sino por nuestro propio sector, cualquiera que sea. La iglesia católica, mediante su Inquisición, es famosa por cultivar a Lucifer como el archi-enemigo, pero los enemigos de la Iglesia no se apoyaron menos en el Diablo para mantener sojuzgada la mente humana.

Lutero mismo fue acusado de alianza con el Infierno y él a su vez acusó a sus enemigos. Para complicar más las cosas, creyó que había tenido contacto con el Diablo y que con él había discutido sobre teología. No me sorprende, porque en mi propia universidad, un profesor de historia —luterano, dicho sea de paso—, acostumbraba a congregar a sus discípulos graduados, correr las persianas y platicar en el aula con Erasmo. Por lo que sé, nunca fue oficialmente escarnecido por ello, pues, como la mayoría de nosotros, los funcionarios de la universidad son hijos de una historia que todavía chupa las tetillas del Diablo.

En el momento en que estoy escribiendo, sólo Inglaterra se ha detenido ante las tentaciones del diabolismo contemporáneo. En los países de ideología comunista, toda resistencia de cualquier origen es vinculada a los totalmente malignos súcubos capitalistas y en Norteamérica cualquier persona que no es reaccionaria en sus opiniones está expuesta a la acusación de alianza con el infierno rojo. Por lo tanto, a la oposición política se le da un baño de inhumanidad que *justifica entonces la abrogación de todos los hábitos normalmente aplicados en las relaciones civilizadas. La norma política es igualada con el derecho moral, y la oposición a aquélla, con malevolencia diabólica. Una vez que tal ecuación es hecha efectiva, la sociedad se convierte en un cúmulo de conspiraciones y contraconspiraciones y el principal papel del gobierno cambia para transformarse de árbitro en azote de Dios.*

Los resultados de este proceso no son diferentes hoy de lo que siempre fueron, salvo a veces en el grado de crueldad infligido y ni siquiera siempre en este orden. Normalmente, todo lo que la sociedad se permitía juzgar eran las acciones y los hechos de un hombre. La intención secreta de una acción se dejaba para los ministros, sacerdotes y rabinos. Pero cuando el diabolismo crece, las acciones son las manifestaciones menos importantes de la verdadera naturaleza de un hombre. El Diablo, como dijo

el reverendo Hale, es astuto y, hasta una hora antes de caer, Dios mismo lo creyó hermoso en el Cielo.

La analogía, sin embargo, parece tambalear cuando uno considera que, mientras entonces no había brujas, sí hay comunistas y capitalistas ahora y en ambos campos hay algunas pruebas de que andan espías ocupados en minar al contrario. Pero ésta es una objeción petulante y para nada apoyada por los hechos. Yo no dudo de que la gente en Salem, sí platicaba con el Diablo y hasta lo adoraba, y si pudiese conocer toda la verdad en este caso, como sucede en otros, descubriríamos una regular y convencional propiciación del espíritu negro. Prueba innegable de esto es la confesión de Títuba, la esclava del reverendo Parris, y también lo es el comportamiento de las chicas que se asociaron a sus brujerías...

Se cuenta de klatches *similares en Europa, en donde, por la noche, las hijas de las ciudades se reunían, a veces con fetiches y a veces con algún joven seleccionado, y se entregaban al amor con determinados resultados bastardos. La Iglesia, avizora como debe serlo cuando se trae a la vida dioses muertos hace tiempo, condenó esas orgías como brujerías y las interpretó correctamente como un resurgimiento de las fuerzas dionisíacas que había aplastado mucho antes. El sexo, el pecado y el Diablo fueron vinculados desde la antigüedad y así continuaron en Salem y así continúan hoy.*

Según todas las noticias, no hay en el mundo costumbres más puritanas que las impuestas por los comunistas en Rusia donde la moda femenina, por ejemplo, es tan prudente y púdica como podría desearlo cualquier bautista norteamericano. Las leyes de divorcio imponen una tremenda responsabilidad sobre el padre, en cuanto al cuidado de los hijos. Hasta la suavidad de los reglamentos de divorcio, en los primeros años de la revolución, fue indudablemente una reacción de la inmovilidad victoriana del matrimonio del siglo XIX y la hipocresía que consecuente-

mente se derivó de ella. Si no por otras razones, un estado tan poderoso, tan celoso de la uniformidad de sus ciudadanos, no puede tolerar por mucho tiempo la atomización de la familia. Y sin embargo, por lo menos a los ojos norteamericanos, persiste la convicción de que la actitud rusa hacia las mujeres es lasciva. De nuevo es el Diablo trabajando, tal como trabaja en la mente del eslavo que es sacudido por la mera idea de que una mujer se desvista en un espectáculo picaresco.

Nuestros adversarios siempre están envueltos en pecado sexual y es de esta convicción inconsciente de donde obtiene la demoniología su atractiva sensualidad así como su capacidad de enfurecer y asustar.

Volviendo a Salem ahora; el reverendo Hale se ve a sí mismo como un joven médico en su primera visita. Su penosamente adquirido arsenal de síntomas, palabras mágicas y procedimientos para el diagnóstico, por fin van a ponerse en uso. El camino de Beverly está inusitadamente concurrido esta mañana y él se ha cruzado con cien rumores que le hacen sonreír pensando en la ignorancia de la plebe acerca de esta ciencia tan exacta. Se siente aliado con las mejores mentalidades de Europa...: reyes, filósofos, hombres de ciencia y eclesiásticos de todas las iglesias. Su objetivo es la luz, la bondad y su preservación, y conoce la exaltación de los benditos cuya inteligencia, afinada por el minucioso examen de comarcas inmensas, es finalmente convocada para afrontar lo que tal vez sea una cruenta lucha con el Enemigo en persona.)

HALE: Por favor, alguien que me ayude.

PARRIS *(complacido):* Señor Hale..., es bueno veros de nuevo. *(Tomando algunos libros):* ¡Oh, qué pesados!

HALE *(depositando sus libros):* Así deben ser: tienen todo el peso de la autoridad.

PARRIS *(algo asustado):* Ah, venís preparado, por lo que veo.

HALE: Tendremos mucho que estudiar, si se trata de encontrar la pista del Viejo. *(Advirtiendo a Rebecca):* ¿No seréis Rebecca Nurse, por ventura?

REBECCA: Lo soy, señor. ¿Me conocéis?

HALE: ES extraño que os reconociera; pero supongo que será porque vuestro semblante refleja la bondad de vuestra alma. En Beverly, todos hemos oído hablar de vuestra generosidad.

PARRIS: ¿Conocéis a este caballero? El señor Thomas Putnam. Y su buena esposa Ann.

HALE: ¡Putnam! No esperaba compañía tan distinguida, señor.

PUTNAM *(complacido):* Hoy, esto no parece sernos muy útil, señor Hale. Confiamos en vos para que vengáis a casa a salvar a nuestra hija.

HALE: ¿Vuestra niña también está enferma?

ANN: Su alma, su alma parece haberse volado. Duerme, y sin embargo camina...

PUTNAM: No puede comer.

HALE: ¡No puede comer! *(Lo piensa. Luego, a Proctor y Giles Corey):* ¿Tenéis, vosotros, hijos enfermos?

PARRIS: No, no, éstos son campesinos. John Proctor...

GILES: ...que no cree en brujas.

PROCTOR *(a Hale):* Nunca hablé de brujas en un sentido ni en otro. ¿Vienes, Giles?

GILES: No, no, John, creo que no. Tengo algunas preguntas especiales que hacerle a este tipo.

PROCTOR: He oído decir que sois una persona sensata, señor Hale. Espero que dejéis algo de ello en Salem. *(Proctor sale. Hale permanece embarazado un momento.)*

PARRIS *(rápidamente):* ¿Queréis examinar a mi hija, señor? *(Guía a Hale hacia el lecho.)* Trató de saltar por la ventana; la descubrimos esta mañana en el camino, agitando los brazos como si fuera a volar.

HALE *(entrecerrando los ojos):* Trata de volar.

PUTNAM: No puede soportar que se pronuncie el nombre del Señor; esto es un claro indicio de que hay brujería, señor Hale.

HALE *(levantando las manos):* No, no. Permitidme que os instruya. No podemos caer en supersticiones. El Diablo es preciso; los rastros de su presencia son tan definidos como la piedra, y debo preveniros que no pondré manos a la obra si no estáis dispuestos a creerme en caso de que no la encuentre *(por Betty)* chamuscada por el fuego del Infierno.

PARRIS: Está convenido, señor...; está convenido...; nos someteremos a vuestro juicio.

HALE: Bien entonces. (Va *hacia el lecho y observa a Betty. A Parris):* Decidme, ¿cuál fue el primer síntoma que advertisteis en este extraño caso?

PARRIS: OS diré, señor...; la descubrí a ella *(indicando a Abigail)*... y a mi sobrina y a diez o doce de las otras muchachas, bailando en el bosque, anoche.

HALE *(sorprendido):* ¿Vosotros permitís la danza?

PARRIS: No, no, era en secreto...

ANN *(incapaz de esperar):* La esclava del señor Parris sabe cómo conjurar.

PARRIS *(a Ann):* No podemos estar seguros de eso, señora Putnam...

ANN *(asustada, muy suavemente):* Yo lo sé, señor. Envié a mi hija... para que Tituba le dijera quién mató a sus hermanitas.

REBECCA *(horrorizada):* ¡Ann! ¿Enviaste a una niña a invocar muertos?

ANN: ¡Cúlpeme Dios, Rebecca, pero no tú, no tú! ¡No dejaré que tú me juzgues más! *(A Hale):* ¿Es cosa natural perder siete hijos antes de que alcancen a vivir un día?

PARRIS: ¡Shhh!

(Rebecca, muy dolorida, vuelve el rostro. Hay una pausa.)

HALE: Siete muertos al nacer.

ANN *(suavemente):* Así es. *(Su voz se quiebra; lo contempla. Silencio. Hale está impresionado. Parris lo mira. Hale va hacia sus libros, abre uno, lo hojea, y luego lee. Todos esperan ávidamente.)*

PARRIS *(en voz baja):* ¿Qué libro es ése?

ANN: ¿Qué dice allí, señor?

HALE *(con la fruición de quien saborea un ejercicio intelectual):* Aquí está todo el mundo invisible, atrapado, definido y calculado. En estos libros está el Diablo desnudado de todos sus torpes disfraces. Aquí están todos los espíritus que os son familiares; vuestros íncubos y súcubos; vuestras brujas que viajan por tierra, por aire y por mar; vuestros hechiceros de la noche y del día. No temáis...; lo encontraremos si es que se ha mezclado entre nosotros, y me propongo destrozarlo por

completo en cuanto muestre la cara! *(Va hacia el lecho.)*

REBECCA: ¿Dañará a la niña, señor?

HALE: No puedo decirlo. Si realmente está en las garras del Diablo, tal vez haya que rasgar y arrancar para poder liberarla.

REBECCA: Entonces creo que me iré. Soy demasiado vieja para esto. *(Se levanta.)*

PARRIS *(tratando de ser convincente):* ¡Vamos, Rebecca, hoy podemos dar con la clave de todos nuestros trastornos!

REBECCA: Esperémoslo así. Rogaré a Dios por vos, señor.

PARRIS *(con agitación y resentimiento):* ¡Supongo que no quieres decir que aquí rogamos al Diablo! *(Breve pausa.)*

REBECCA: Ojalá lo supiera. *(Sale; los demás se sienten resentidos por su nota de superioridad moral.)*

PUTNAM *(bruscamente):* Venid, señor Hale, prosigamos. Sentaos aquí.

GILES: Señor Hale, siempre quise preguntarle a un hombre ilustrado... qué significa la lectura de libros extraños.

HALE: ¿Qué libros?

GILES: No podría decirlo; ella los esconde.

HALE: ¿Quién los esconde?

GILES: Martha, mi mujer. Me he despertado más de una noche y la he sorprendido leyendo un libro. ¿Qué opináis vos de esto?

HALE: Bueno, esto no es necesariamente...

GILES: Me incomoda. Anoche..., notad esto..., lo intentaba y lo intentaba y no podía decir mis oraciones, y entonces ella cierra

su libro y sale de la casa y de repente..., notad esto..., ¡de repente puedo rezar nuevamente!

(El viejo Giles debe ser presentado aunque sólo sea porque su destino fue tan notable y tan diferente del de los demás. En esta época había pasado los ochenta y fue el héroe más gracioso de la historia. Nadie fue jamás culpado de tanto. Si faltaba una vaca, la primera idea era buscarla cerca de la casa de Corey; un incendio provocado en la noche, trajo hasta su puerta la sospecha de que fuera incendiario. Se le importaba un pito la opinión pública y sólo en sus últimos años —después de que se casó con Martha—, prestó alguna atención a la iglesia. Es muy probable que Martha le interrumpiese cuando rezaba, pero él se olvidó de decir que hacía bien poco tiempo que había aprendido sus oraciones y que no se requería mucha cosa para hacerlo tropezar en ellas. Era un maniático y un fastidioso pero, con todo, un hombre valiente y profundamente inocente. En el tribunal le preguntaron una vez si era verdad que había sido alarmado por la extraña conducta de un cerdo y él contestó que sabía que se trataba del Diablo en forma de animal. "¿Qué fue lo que os asustó?", se le preguntó. Y él olvidó todo, menos la palabra "asustó" y replicó instantáneamente: "Que yo sepa, no he dicho esa palabra en toda mi vida".)

HALE: Ah, oración interrumpida... es raro. Hablaré con vos de esto.

GILES: Aclaremos; no digo que ella haya sido tocada por el Diablo, pero me gustaría saber qué libros lee y por qué los esconde. A mí no me contesta, ¿sabéis?

HALE: Comprendo; ya lo discutiremos. *(A todos):* Ahora escuchadme: si el Diablo está en ella seréis testigos, en esta

habitación, de algunos portentos indecibles; conque os ruego que os mantengáis serenos. Señor Putnam, permaneced cerca por si vuela. Y ahora, Betty querida, ¿quieres sentarte? *(Putnam se acerca, listo para ayudar. Hale sienta a Betty, pero ella yace inerte en sus manos.)* Humm. *(La observa atentamente. Los otros miran sin aliento.)* ¿Me oyes? Soy John Hale, párroco de Beverly. He venido para ayudarte, querida. ¿Recuerdas a mis dos hijitas, en Beverly? *(Ella no se mueve.)*

PARRIS *(asustado):* ¿Cómo puede ser el Diablo? ¿Por qué habría de elegir mi casa? ¡En el pueblo tenemos toda clase de gente licenciosa!

HALE: ¿De qué le serviría al Diablo ganar un alma ya corrompida? El Diablo quiere a los mejores, ¿y quién mejor que el ministro mismo?

GILES: Eso es profundo, señor Parris, profundo, profundo.

PARRIS *(resueltamente ahora):* ¡Betty, respóndele al señor Hale! ¡Betty!

HALE: ¿Alguien te hace mal, niña? No tiene por qué ser mujer —¿sabes?—, ni hombre. Tal vez viene a ti un pájaro que es invisible para los demás ...; tal vez un cerdo, un ratón, o una bestia cualquiera. ¿Hay alguna aparición que te incita a volar? *(La niña permanece inerte. En silencio él vuelve a depositarla sobre la almohada. Ahora, extendiendo las manos hacia ella, entona):* In nomine Domine Sabaoth sui filiique ite ad infernos. *(Ella no se mueve. El encara a Abigail, entrecerrando los ojos):* Abigail, ¿qué era lo que bailabas con ella en el bosque?

ABIGAIL: Pues... bailes corrientes, eso es todo.

PARRIS: Creo que yo debería decir que... que vi una marmita sobre la hierba, en donde estaban bailando.

ABIGAIL: Si eso no era más que sopa.

HALE: ¿Qué clase de sopa había en esa marmita, Abigail?

ABIGAIL: Nada, eran habas... y lentejas, creo, y...

HALE: Señor Parris, no habéis notado nada vivo en la marmita, ¿no es cierto? ¿Un ratón, por ventura, una araña, un sapo... ?

PARRIS *(temeroso):* Yo... sí creo que algo se movía ... en la sopa.

ABIGAIL: ¡Eso habrá saltado adentro...; nosotras no lo pusimos!

HALE *(rápidamente):* ¿Qué es lo que saltó adentro?

ABIGAIL: Nada...; saltó un sapito muy pequeño...

PARRIS: ¡¿Abby, un sapo?!

HALE *(aferrando a Abigail):* Abigail, tu prima tal vez se está muriendo. ¿Convocasteis al Diablo, anoche?

ABIGAIL: ¡Yo no lo llamé! Títuba, Títuba...

PARRIS *(palideciendo):* ¿Ella llamó al Diablo?

HALE: Me gustaría hablar con Títuba.

PARRIS: Señora Ann, ¿queréis traerla? *(Ann Putnam sale.)*

HALE: ¿Cómo lo llamó?

ABIGAIL: No sé...; hablaba en su idioma de Barbados.

HALE: ¿Sentiste algo extraño cuando lo llamó? ¿Tal vez una repentina brisa helada? ¿Un temblor bajo la tierra?

ABIGAIL: ¡No vi a ningún Diablo! *(Sacudiendo a Betty):* ¡Betty, levántate! ¡Betty! ¡Betty!

HALE: NO puedes evadirme, Abigail. ¿Tu prima bebió la mezcla que había en esa marmita?

ABIGAIL: ¡Ella no bebió nada!

HALE: ¿Bebiste tú?

ABIGAIL: ¡No, señor!

HALE: ¿Te pidió Títuba que bebieras?

ABIGAIL: Lo intentó, pero yo rehusé.

HALE: ¿Por qué finges? ¿Te has vendido a Lucifer?

ABIGAIL: ¡No me he vendido! ¡Soy una buena chica! ¡Soy una chica decente!

(Ann Putnam entra con Títuba e instantáneamente Abigail señala a Títuba.)

ABIGAIL: ¡Ella me obligó a hacerlo! ¡La obligó a Betty a hacerlo!

TÍTUBA *(sorprendida y enojada):* ¡Abby!

ABIGAIL: ¡Me hace beber sangre!

PARRIS: ¡¡Sangre!!

ANN: ¿La sangre de mi hijita?

TÍTUBA: No, no, sangre de pollo. ¡Yo darle sangre de pollo!

HALE: Mujer, ¿has reclutado a estas criaturas para servir al Diablo?

TÍTUBA: ¡No, no, señor! ¡Yo no tratar con ningún Diablo!

HALE: ¿Por qué no puede despertar ella? ¿Eres tú quien hace callar a esta criatura?

TÍTUBA: ¡Yo querer a mi Betty!

HALE: Has desencadenado tu espíritu sobre esta niña, ¿no es cierto? ¿Estás reclutando almas para el Diablo?

ABIGAIL: ¡Ella me pasa su espíritu en la iglesia; ella hace que me ría durante las oraciones!

PARRIS: ¡Se ha reído a menudo durante las oraciones!

ABIGAIL: ¡Viene a buscarme todas las noches para que salgamos a beber sangre!

TÍTUBA: ¡Tú pedir a mí que conjure! Ella pedir a *mí* para hacer hechizo...

ABIGAIL: ¡No mientas! *(A Hale.)* ¡Ella viene mientras duermo; siempre me hace soñar perversidades!

TÍTUBA: ¿Por qué decir eso, Abby?

ABIGAIL: ¡A veces me despierto y me encuentro parada ante el portal abierto sin una prenda encima! Siempre la oigo reír en mis sueños. La oigo cantar sus cantos de Barbados y tentarme con...

TÍTUBA: Señor reverendo. Yo nunca...

HALE *(resueltamente):* Títuba, quiero que despiertes a esta niña.

TÍTUBA: Señor, yo no tener poder sobre esta niña.

HALE: ¡Por cierto que sí, y ahora mismo la dejarás en libertad! ¿Cuándo pactaste con el Diablo?

TÍTUBA: ¡Yo no pactar con ningún Diablo!

PARRIS: ¡Has de confesar, Títuba, o te llevaré afuera y te azotaré hasta la muerte!

PUTNAM: ¡Esta mujer tiene que ser colgada! Hay que arrestarla y colgarla!

TÍTUBA *(aterrorizada, cae de rodillas):* ¡No, no, no colgar a Títuba! Yo, señor, decirle que no querer trabajar para él.

PARRIS: ¿Al Diablo?

HALE: ¡Lo has visto, pues! *(Títuba llora.)* Vamos, Títuba, yo sé que cuando nos ligamos al Infierno es muy difícil romper con él. Te ayudaremos a desembarazarte de él...

TÍTUBA *(asustada por el procedimiento inminente):* Señor Reverendo, yo sí creer que algún otro embrujar estas chicas.

HALE: ¿Quién?

TÍTUBA: No sé, señor, pero el Diablo tener muchas brujas.

HALE: Muchas, ¿eh? *(Es una pista.)* Títuba, mírame a los ojos. Ven, mírame. *(Ella levanta sus* ojos *hacia él, asustada.)* Querrías ser una buena cristiana, ¿no es cierto, Títuba?

TÍTUBA: Sí, señor, una buena cristiana.

HALE: ¿Y amas a estas niñitas?

TÍTUBA: ¡Oh, sí, señor! ¡No quiero lastimar niñitas!

HALE: ¿Y amas a Dios, Títuba?

TÍTUBA: Amo a Dios con todo mi ser.

HALE: Pues bien, en el sagrado nombre de Dios...

TÍTUBA: Bendito sea, bendito sea... *(Se hamaca sobre sus rodillas, sollozando aterrorizada.)*

HALE: Y por su gloria...

TÍTUBA: Gloria eterna. Bendito sea... Bendito sea Dios...

HALE: Confiesa, Títuba..., confiesa y deja que la sagrada luz de Dios te ilumine.

TÍTUBA: Oh, bendito sea el Señor.

HALE: Cuando se te aparece el Diablo, ¿viene con alguna otra persona? *(Ella lo mira a la cara.)* ¿Tal vez otra persona del pueblo? ¿Alguien a quien conoces...

PARRIS: ¿Quién vino con él?

PUTNAM: ¿Sarah Good? ¿Viste alguna vez a Sarah Good con él? ¿O a Osborn?

PARRIS: ¿Era hombre o mujer quien venía con él?

TÍTUBA: Hombre o mujer. Era... era mujer.

PARRIS: ¿Qué mujer? Dijiste una mujer. ¿Qué mujer?

TÍTUBA: Haber mucha oscuridad y yo...

PARRIS: Podías verlo a él, ¿por qué no podrías verla a ella?

TÍTUBA: Y... todo el tiempo hablaban; todo el tiempo corrían y seguían...

PARRIS: ¿Quieres decir de Salem? ¿Brujas de Salem?

TÍTUBA: Sí, señor, yo creer así...

(Hale la toma de la mano. Ella se sorprende.)

HALE: Títuba. No debes tener miedo de decirnos quiénes son, ¿entiendes? Nosotros te protegeremos. El Diablo nunca puede vencer a un ministro. Tú sabes eso, ¿verdad?

TÍTUBA (besa *la mano de Hale):* ¡Oh, sí, señor, yo saber!

HALE: Te has confesado bruja y eso significa que deseas ponerte de parte del cielo. Y nosotros te bendeciremos, Títuba.

TÍTUBA *(profundamente aliviada):* Oh, ¡Dios os bendiga a vos, señor Hale!

HALE *(con creciente exaltación):* Tú eres el instrumento de Dios puesto en nuestras manos para descubrir a los enviados del Diablo que están entre nosotros. Tú eres la escogida, Títuba, tú eres la elegida para ayudarnos a limpiar nuestro pueblo. Habla, pues, dinos todo, Títuba, vuélvele la espalda y encárate con Dios..., encárate con Dios, Títuba, y Dios te protegerá.

TÍTUBA *(uniéndose a él):* ¡Oh, Dios, protege a Títuba!

HALE *(dulcemente):* ¿Quién se te apareció con el Diablo? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cuántos?

(Títuba jadea y vuelve a hamacarse mirando fijamente hacia adelante.)

TÍTUBA: Haber cuatro. Haber cuatro.

PARRIS *(presionándola):* ¿Quiénes? ¿Quiénes? ¡Sus nombres, sus nombres!

TÍTUBA *(estallando de pronto):* ¡Oh, cuántas veces él pedirme que os matara, señor Parris!

PARRIS: ¡Matarme a mí!

TÍTUBA *(hecha una furia):* ¡El dijo, señor Parris morir! ¡Señor Parris no buena persona, señor Parris hombre malo y no buena persona y me mandó levantarme de mi cama y cortaros la garganta! *(Los demás se sobresaltan.)* Pero yo decirle: "No. Yo no odio este hombre. Yo no quiero matar este hombre." Pero él dice: "¡Tú trabajar para mí, Títuba, yo hacerte libre! ¡Yo te doy lindo vestido, y te llevo alto por el aire, y tú volar de regreso a Barbados!" Y yo digo: "¡Tú mientes, Diablo, tú mientes!" Y entonces él viene una noche tormentosa y decir: "¡Mira! Tengo gente *blanca* que me pertenece." Y yo mirar... y allí estaba la

señora Good.

PARRIS: ¡Sarah Good!

TÍTUBA *(hamacándose y llorando):* Sí, señor, y la señora Osborn.

ANN: ¡Yo lo sabía! La Osborn fue mi partera tres veces. Te lo había pedido, Thomas, ¿no es cierto? Le pedí que no llamara a la Osborn porque le tenían miedo. Mis pequeños siempre se consumían en sus manos.

HALE: Cobra valor. Debes darnos todos sus nombres. ¿Cómo puedes soportar el sufrimiento de esta criatura? Mírala, Títuba. *(Señala a Betty, en el lecho.)* Contempla su divina inocencia; su alma es tan tierna; debemos protegerla, Títuba; el Diablo anda suelto y la oprime como la bestia oprime la carne de la inocente oveja. Dios te bendecirá por tu ayuda.

(Abigail se levanta, como inspirada, y grita.)

ABIGAIL: ¡Quiero confesar! *(Todos se vuelven hacia ella, sobrecogidos. Ella está en éxtasis, como rodeada de una aureola.)* ¡Quiero la luz de Dios, quiero el dulce amor de Jesús! Yo bailé para el Diablo; yo lo vi; yo escribí en su libro; yo vuelvo a Jesús; yo beso su mano. ¡Yo vi a Sarah Good con el Diablo! ¡Yo vi a la señora Osborn con el Diablo! ¡Yo vi a Bridget Bishop con el Diablo!

(Mientras habla, Betty se levanta de la cama, los ojos afiebrados, y se une al cántico.)

BETTY *(igualmente con la mirada extraviada):* ¡Yo vi a George Jacobs con el Diablo! ¡Yo vi a la señora Howe con el Diablo!

PARRIS: ¡Habla! *(Corre a abrazar a Betty.)* ¡Está hablando!

HALE: ¡Gloria a Dios! ¡Por fin se ha roto, están libres!

BETTY (gritando *histéricamente y con gran alivio):* ¡Yo vi a Martha Bellows con el Diablo!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Sibber con el Diablo! (Se *va produciendo un gran júbilo.)*

PUTNAM: ¡El alguacil, voy a llamar al alguacil! *(Parris está gritando una plegaria de gracias.)*

BETTY: ¡Yo vi a Alice Barrow con el Diablo! *(Comienza a caer el telón.)*

HALE *(mientras sale Putnam):* ¡Que el alguacil traiga grillos!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Hawkins con el Diablo!

BETTY: ¡Yo vi a la señora Bibber con el Diablo!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Booth con el Diablo! *(Sobre sus gritos extasiados, cae el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La habitación principal en casa de Proctor, ocho días después.

A la derecha se abre una puerta hacia el campo. A la izquierda hay una chimenea y, detrás, una escalera que conduce al piso superior. Es un típico living-room de la época, bajo, oscuro y más bien largo. Al levantarse el telón, la habitación está vacía. Desde arriba se oye a Elizabeth cantándoles dulcemente a los niños. Ahora se abre la puerta y entra John Proctor trayendo su escopeta. Echa una ojeada a la habitación mientras se encamina hacia la chimenea; se detiene un instante al oír el canto. Continúa hasta la chimenea y, al mismo tiempo que apoya la escopeta contra la pared, retira, sin descolgarla, una olla que está al fuego y la huele. Extrae el cucharón y prueba. No está muy satisfecho. Se acerca a un aparador, toma una pizca de sal y la echa en la olla. Al probar su contenido nuevamente se oyen los pasos de Elizabeth en la escalera. El vuelve la olla a su sitio, sobre el fuego, va hacia una jofaina y se lava las manos y la cara. Entra Elizabeth:

ELIZABETH: ¿Por qué tan tarde? Ya es casi de noche.

PROCTOR: Estuve plantando mucho... hasta cerca del monte.

ELIZABETH: Ah. terminaste entonces.

PROCTOR: Sí, el campo está sembrado. ¿Duermen los chicos?

ELIZABETH: Se están durmiendo. *(Va hacia la chimenea. Sirve*

un cucharón del guiso en un plato.)

PROCTOR: Esperemos ahora que sea un buen verano.

ELIZABETH: Sí.

PROCTOR: ¿Te sientes bien hoy?

ELIZABETH: Me siento bien. *(Trae el plato a la mesa; indicando la comida.)* ¡Es conejo!

PROCTOR *(yendo a la mesa):* ¡Oh, conejo! ¿En la trampa de Jonathan?

ELIZABETH: No, entró en la casa esta tarde; ¡lo encontré sentado en un rincón como si hubiese venido de visita!

PROCTOR: Ah, que haya entrado es una buena señal.

ELIZABETH: Dios lo quiera. Pobre conejito; me dolió en el alma despellejarlo. *(Se sienta y lo mira comer.)*

PROCTOR: Está bien sazonado.

ELIZABETH *(sonrojada de placer):* Tuve gran cuidado. ¿Está tierno?

PROCTOR: Sí. *(Come. Ella lo observa.)* Creo que pronto veremos los campos verdes. Debajo de los terrones está tibio como la sangre.

ELIZABETH: Eso es bueno.

PROCTOR *(come; luego levanta la mirada):* Si la cosecha es buena compraré la vaquillona de George Jacob. ¿Te gustaría?

ELIZABETH: Sí, me gustaría.

PROCTOR *(con una sonrisa forzada):* Quiero complacerte, Elizabeth.

ELIZABETH *(sin convicción):* Lo sé, John.

PROCTOR (se *levanta, va hacia ella, la besa. Ella se limita a recibirlo. Con cierta decepción, él vuelve a su sitio. Tan amablemente como puede):* ¿Sidra?

ELIZABETH *(con un dejo de reproche para sí misma por haberlo olvidado):* ¡Claro! *(Se levanta y va a servirle un vaso. El se estira arqueando la espalda.)*

PROCTOR: Esta granja es todo un continente cuando hay que hacerla paso a paso, dejando caer la semilla.

ELIZABETH *(viniendo con la sidra):* Sin duda.

PROCTOR *(bebe un largo trago; luego, mientras deposita el vaso):* ¡Deberías traer algunas flores a la casa!

ELIZABETH: ¡Oh, lo olvidé! Mañana lo haré.

PROCTOR: Aquí adentro todavía es invierno. Ven conmigo el domingo y pasearemos juntos por la granja; jamás he visto tantas flores en el campo. *(De buen talante va y contempla el cielo a través de la puerta abierta.)* Las lilas huelen a púrpura. Se me ocurre que las lilas son el perfume del crepúsculo. ¡Massachusetts es una hermosura en primavera!

ELIZABETH: Sí, es cierto.

(Hay una pausa. Ella lo observa desde la mesa mientras él está de pie absorbiendo la noche. Es como si ella fuese a hablarle pero no pudiese. En cambio toma el plato, el vaso y el tenedor y va con ellos hacia la jofaina. Está de espaldas a él. El se vuelve hacia ella y la observa. Se comienza a notar la separación entre ellos.)

PROCTOR: Creo que estás triste otra vez. ¿Es cierto?

ELIZABETH *(no quiere un rozamiento, pero no puede evitarlo):*

Viniste tan tarde que pensé que hoy hubieses ido a Salem.

PROCTOR: ¿Por qué? No tengo nada que hacer en Salem.

ELIZABETH: Habías hablado de ir, al principio de la semana.

PROCTOR *(sabe lo que ella quiere insinuar):* Lo pensé mejor desde entonces.

ELIZABETH: Hoy está allí Mary Warren.

PROCTOR: ¿Por qué la dejaste? Me oíste prohibirle que volviese a ir a Salem.

ELIZABETH: No pude detenerla.

PROCTOR *(conteniendo una reprobación más severa):* Está mal, está mal, Elizabeth... Tú eres aquí la señora, no Mary Warren.

ELIZABETH: Ella espantó toda mi fuerza.

PROCTOR: ¿Cómo puede ese ratón asustarte, Elizabeth? Tú...

ELIZABETH: Ya no es más ratón. Le prohibo que vaya y ella alza el mentón como la hija de un príncipe y me dice: "Tengo que ir a Salem, señora Proctor; ¡soy funcionario del tribunal!"

PROCTOR: ¡Tribunal! ¿Qué tribunal?

ELIZABETH: Sí, ahora tienen todo un tribunal. Han enviado cuatro jueces de Boston, según dice, importantes magistrados de la Corte General encabezados por el Comisionado del Gobernador de la Provincia.

PROCTOR (atónito,): Vamos, está loca.

ELIZABETH: Dios lo quiera. Ahora hay catorce personas en la cárcel, dice. *(Proctor la mira, simplemente, incapaz de comprenderlo.)* Y serán juzgados y dice que el tribunal también tiene autoridad para colgarlos.

PROCTOR *(mofándose, aunque sin convicción):* Bah, nunca colgarán a...

ELIZABETH: El Comisionado del Gobernador promete colgarlos si no confiesan, John. Creo que el pueblo se ha vuelto loco. Mary Warren habló de Abigail y escuchándola pensé que hablaba de una santa. Abigail lleva a las otras muchachas al tribunal y por donde ella anda la multitud se aparta como se apartó el mar ante Israel. Y la gente es traída ante ellas y si ellas gritan y chillan y caen al suelo... la gente es encerrada en la cárcel por embrujarlas.

PROCTOR *(con los ojos dilatados):* Oh, pero eso es una maldad espantosa.

ELIZABETH: Creo que deberías ir a Salem, John. *(El se vuelve hacia ella.)* Creo que sí. Debes decirles que todo es un fraude.

PROCTOR *(pensando más allá):* Sí, lo es, seguramente lo es.

ELIZABETH: Ve a lo de Ezekiel Cheever..., él te conoce bien. Y dile lo que ella te dijo la semana pasada en casa de su tío. Te dijo que este asunto no tenía nada que ver con brujerías, ¿no es así?

PROCTOR *(pensativo):* Sí, lo dijo, lo dijo. *(Pausa.)*

ELIZABETH *(suavemente, temiendo irritarle al aguijonearle):* Dios te cuide de ocultarle eso al tribunal, John. Creo que hay que decirles.

PROCTOR *(calmosamente, luchando con su pensamiento):* Sí, hay que decirles, hay que decirles. Es asombroso que le crean...

ELIZABETH: Yo iría a Salem ahora, John... Ve esta misma noche.

PROCTOR: Lo pensaré.

ELIZABETH *(con más valor, ahora):* No puedes ocultarlo, John.

PROCTOR *(enojándose)*: Ya sé que no puedo ocultarlo. ¡Digo que voy a pensarlo!

ELIZABETH *(herida; muy fríamente):* Bien entonces, piénsalo. *(Se levanta e inicia la salida.)*

PROCTOR: Sólo me pregunto cómo podré probar lo que ella me dijo, Elizabeth. Si ahora esa muchacha es una santa, creo que no será fácil probar que es un fraude y que el pueblo se ha vuelto tan tonto. Ella me lo dijo en una habitación a solas..., no tengo prueba de ello.

ELIZABETH: ¿Estuviste a solas con ella?

PROCTOR *(obstinadamente):* Por un momento a solas, sí.

ELIZABETH: Vamos, entonces no es como me lo contaste.

PROCTOR *(con enojo creciente):* Por un momento, he dicho. Los demás entraron enseguida.

ELIZABETH *(suavemente; de pronto ha perdido toda fe en él):* Haz como quieras, entonces. *(Comienza a volverse.)*

PROCTOR: Mujer. *(Ella se vuelve hacia él.)* No toleraré más tus sospechas.

ELIZABETH *(con cierta altanería):* Yo no tengo...

PROCTOR: ¡No las toleraré!

ELIZABETH: ¡No las provoques, entonces!

PROCTOR *(con violento doble sentido):* ¿Aún dudas de mí?

ELIZABETH *(con una sonrisa, para conservar su dignidad):* John, si no fuera Abigail a quien debieras ir a dañar, ¿vacilarías ahora? Creo que no.

PROCTOR: Mira, Elizabeth...

ELIZABETH: Veo lo que veo, John.

PROCTOR *(amonestándola severamente):* No has de juzgarme más, Elizabeth. Tengo buenas razones para pensarlo antes de acusar de fraude a Abigail, y voy a pensarlo. Atiende a tu propio perfeccionamiento antes de seguir juzgando a tu marido. Yo he olvidado a Abigail y...

ELIZABETH: También yo.

PROCTOR: ¡Apiádate de mí! No olvidas nada y no perdonas nada. Aprende a ser generosa, mujer. Ando en punta de pies por esta casa desde que ella se fue, hace siete meses. No me he movido de aquí a allá sin antes pensar si te agradaría, y, sin embargo, un eterno funeral gira alrededor de tu corazón. ¡No puedo hablar sin ser sospechado a cada momento, sin ser juzgado de mentiroso, como si cada vez que entro en esta casa entrase en una corte de justicia!

ELIZABETH: John, no eres franco conmigo. Dijiste que la habías visto entre otra gente. Ahora dices...

PROCTOR: Elizabeth, no haré más protestas de honestidad.

ELIZABETH *(queriendo justificarse, ahora):* John, sólo soy...

PROCTOR: ¡No más! Debí haberte aplastado a gritos, cuando me hablaste de tu sospecha por primera vez. Pero me humillé y como buen cristiano confesé. ¡Confesé! Aquel día, por culpa de algún sueño, debo haberte confundido con Dios. Pero no lo eres, no lo eres, ¡y tenlo bien presente! Mira alguna vez la bondad en mí y no me juzgues.

ELIZABETH: Yo no te juzgo. El magistrado que te está juzgando reside en tu propio corazón. Nunca he creído sino que eres un buen hombre, John, *(con una sonrisa)* sólo que algo desorientado.

PROCTOR *(riendo amargamente):* Oh, Elizabeth, tu justicia podría servir para helar cerveza. (Se *vuelve bruscamente al oír un ruido del exterior. Va hacia la puerta en el momento en que entra Mary Warren. Tan pronto como la ve, va directamente hasta ella y la aferra por la capa, furioso):* ¿Cómo es que vas a Salem cuando yo te lo prohibo? ¿Te burlas de mí? *(Sacudiéndola)* ¡Te daré de azotes si te atreves a salir otra vez de esta casa!

(Extrañamente, ella no se resiste sino que cuelga inerte de su férreo puño.)

MARY: Estoy enferma, estoy enferma, señor Proctor. Por favor, por favor no me lastiméis. *(Su extraña actitud, así como su debilidad y palidez, lo desarman. La suelta.)* Estoy toda temblorosa por dentro; me pasé todo el día en el proceso, señor.

PROCTOR *(con desvanecido enojo... su curiosidad desvanece su ira):* ¿Y qué tiene que ver ese proceso, aquí? ¿Cuándo procederás a limpiar esta casa, por lo que se te paga nueve libras por año... y mi mujer que no está nada bien?

(Como si fuera para compensarla, Mary Warren va hacia Elizabeth con una pequeña muñeca de trapo.)

MARY: Señora Proctor, hoy hice este obsequio para vos. Tuve que estar sentada en una silla durante largas horas, y pasé el tiempo cosiendo.

ELIZABETH *(perpleja, mirando la muñeca):* Oh, gracias, es un lindo muñeco.

MARY *(con voz decaída, temblorosa):* Señora Proctor, ahora todos debemos amarnos los unos a los otros.

ELIZABETH *(aturdida ante su actitud):* Sí, ciertamente, debemos amarnos.

MARY *(ojeando la habitación):* Me levantaré temprano por la mañana y limpiaré la casa. Ahora necesito dormir. *(Se vuelve para salir.)*

PROCTOR: Mary. *(Ella se detiene.)* ¿Es verdad? ¿Hay catorce mujeres arrestadas?

MARY: No, señor. Ahora hay treinta y nueve... (Repentinamente estalla y llora; exhausta, se sienta.)

ELIZABETH: ¡Mira, está llorando! ¿Qué te duele, criatura?

MARY: ¡La señora Osborn... será ahorcada!

(Hay una pausa de sobrecogimiento, mientras ella llora.)

PROCTOR: ¡Ahorcada! *(Gritándole en la cara):* ¿Ahorcada, dices?

MARY *(llorando):* Sí.

PROCTOR: ¿El Comisionado del Gobernador va a permitir eso?

MARY: El la sentenció. Debe hacerlo. *(Para suavizarlo):* Pero Sarah Good no. Porque Sarah Good confesó, comprendéis.

PROCTOR: ¡Confesó! ¿Qué confesó?

MARY: Que ella... *(horrorizada al recordarlo)* ...a veces pactó con Lucifer, y también inscribió su nombre en su Libro Negro... con sangre... y se comprometió a torturar cristianos hasta que Dios fuera arrojado... y todos nosotros deberíamos adorar el Infierno para siempre...

(Pausa.)

PROCTOR: Pero... tú sabes lo charlatana que es ella. ¿Les dijiste eso?

MARY: Señor Proctor, en plena corte casi nos sofoca y nos mata

a todos.

PROCTOR: Cómo... ¿te sofocó a ti?

MARY: Soltó su espíritu sobre nosotros.

ELIZABETH: Oh, Mary, Mary, no dirás que...

MARY *(con un dejo de indignación):* ¡Ella trató de matarme muchas veces, señora Proctor!

ELIZABETH: Pero... nunca te lo oí mencionar antes.

MARY: Nunca lo supe antes. Antes nunca supe nada. Cuando ella llega a la corte yo me digo a mí misma: no debo acusar a esta mujer porque duerme en las zanjas y es tan vieja y pobre. Pero entonces... entonces la veo ahí sentada, negando y negando, y siento un frío húmedo que me sube por la espalda, y la piel de la cabeza se me empieza a encoger y siento una tenaza en el cuello y no puedo respirar; y entonces... *(en trance)* siento una voz, una voz gritando... y es mi voz ¡...y de golpe me acordé de todo lo que ella me había hecho!

PROCTOR: ¿Por qué? ¿Qué te hizo?

MARY *(como quien despierta a un maravilloso secreto íntimo):* Tantas veces, señor Proctor, tantas veces vino a esta misma puerta, limosneando pan y un vaso de sidra... y fijaos: cuando no le daba nada, ella *murmuraba.*

ELIZABETH: ¡Murmuraba! Puede murmurar si tiene hambre.

MARY: Pero, *¿qué* es lo que murmura? Vos debéis recordar, señora Proctor. El mes pasado, un lunes creo..., ella se marchó y yo anduve durante dos días como si se me desgarrasen las entrañas. ¿Lo recordáis?

ELIZABETH: Bueno... recuerdo, creo, pero...

MARY: ASÍ que yo se lo dije al juez Hathorne y él le preguntó eso. "Sara Good", le dice, "qué maldición farfullas como para que esta chica se enferme en cuanto te alejas?" y entonces ella replica *(imitando a una vieja achacosa):* "Ninguna maldición, Vuestra Excelencia. Sólo digo mis mandamientos; ¡supongo que puedo decir mis mandamientos", dice!

ELIZABETH: Y ésa es una respuesta correcta.

MARY: Sí, pero entonces el Juez Hathorne dice: ¡"Recítanos tus mandamientos!" *(inclinándose ávidamente hacia ellos):* y de los diez no pudo decir ni uno solo. Nunca supo ningún mandamiento ¡y ellos la pescaron en una mentira!

PROCTOR: ¿Y así la condenaron?

MARY *(algo tensa al notar su obstinada duda):* Claro..., tenían que hacerlo al haberse condenado ella misma.

PROCTOR: ¡Pero la prueba, la prueba!

MARY *(más impaciente con él):* ¡Ya os dije cuál es la prueba! Prueba sólida, sólida como una roca, dijeron los jueces.

PROCTOR *(después de una breve pausa):* No volverás a la corte, Mary Warren.

MARY: Debo deciros, señor, que tendré que ir todos los días ahora. Me sorprende que no veáis el importante trabajo que hacemos.

PROCTOR: ¡Qué trabajo hacéis! ¡Extraña tarea para una muchacha cristiana colgar a mujeres ancianas!

MARY: Pero no las van a ahorcar si confiesan, señor Proctor. Sarah Good sólo estará en la cárcel por algún tiempo *(recordando):* y aquí tenéis un milagro; pensad en esto: ¡la vieja Good está encinta!

ELIZABETH: ¡Encinta! ¿Están locos? ¡Esa mujer anda por los sesenta!

MARY: Trajeron al doctor Griggs para que la examinara y está llena hasta el borde. ¡Y todos estos años fumando en pipa y sin marido siquiera! Pero, gracias a Dios, está a salvo porque no van a tocarle al inocente niño. ¿No es un milagro? Debéis verlo, señor, estamos cumpliendo la obra de Dios. De modo que por algún tiempo iré todos los días. yo soy... soy un funcionario de la corte, dicen y yo... *(se ha ido acercando a la salida.)*

PROCTOR: ¡Yo te voy a dar funcionarios! *(A trancos se acerca a la chimenea y toma el látigo que cuelga sobre ella.)*

MARY *(aterrorizada, pero adelantándose erguida, aferrándose a su pretendida autoridad):* ¡No toleraré más azotes!

ELIZABETH *(urgiéndola, mientras Proctor se aproxima):* Mary, promete que te quedarás en casa...

MARY *(retrocediendo ante él pero manteniéndose erguida, insistiendo en su actitud):* ¡El Diablo anda suelto por Salem, señor Proctor; debemos descubrir dónde se esconde!

PROCTOR: ¡A latigazos voy a sacarte el Diablo del cuerpo! *(Con el látigo en alto la alcanza, pero ella se aparta gritando.)*

MARY *(señalando a Elizabeth):* ¡Hoy le salvé la vida!

(Silencio. El baja el látigo.)

ELIZABETH *(quietamente):* ¿Estoy acusada?

MARY *(temblando):* Un tanto mencionada. Pero yo les dije que nunca vi ninguna señal de que vuestro espíritu saliese para lastimar a nadie, y viendo que yo vivo tan cerca de vos, lo rechazaron.

ELIZABETH: ¿Quién me acusó?

MARY: Me debo a la ley, no puedo decirlo. *(A Proctor):* Solamente espero que no volveréis a ser tan sarcástico. Cuatro jueces y el representante del Rey se han sentado a comer con nosotros hace apenas una hora. De ahora en adelante... os dirigiréis a mí con compostura.

PROCTOR *(horrorizado, le gruñe enojado):* Vete a la cama.

MARY *(dando una patadita):* ¡Ya no se me mandará más a la cama, señor Proctor! ¡Tengo diez y ocho años y soy una mujer, aunque sea soltera!

PROCTOR: ¿Quieres quedarte levantada? ¡Pues quédate levantada!

MARY: ¡Quiero irme a la cama!

PROCTOR *(enojado):* ¡Pues buenas noches!

MARY: ¡Buenas noches! *(Descontenta, insegura de sí misma, sale. Proctor y Elizabeth permanecen con los ojos dilatados, la mirada extraviada, inmóviles.)*

ELIZABETH (con calma.) ¡Oh, la trampa, la trampa está abierta!

PROCTOR: No habrá trampa.

ELIZABETH: Ella me quiere muerta. Toda la semana pensé que llegaríamos a esto.

PROCTOR *(sin convicción):* Lo rechazaron. Se lo oíste decir.

ELIZABETH: Y mañana, ¿qué? Me acusará a gritos hasta que me agarren.

PROCTOR: Siéntate.

ELIZABETH: ¡Ella me quiere muerta, John, tú lo sabes!

PROCTOR: ¡Siéntate, he dicho! *(Ella se sienta, temblando. Él*

habla con calma, tratando de conservar su serenidad): Ahora debemos ser sensatos, Elizabeth.

ELIZABETH *(con sarcasmo, sintiéndose perdida):* ¡Ah, ciertamente, ciertamente!

PROCTOR. Nada temas. Encontraré a Ezekiel Cheever. Le diré que ella dijo que todo era un juego.

ELIZABETH: John, con tantos en la cárcel, creo que ahora se necesita algo más que la ayuda de Cheever. ¿Quieres hacerme este favor? Ve a lo de Abigail.

PROCTOR *(endureciéndose al presentir...):* ¿Qué tengo yo que decirle a Abigail?

ELIZABETH *(delicadamente)*: John... concédeme esto. Tú no comprendes a las muchachas jóvenes. Hay una promesa que se hace en todo lecho...

PROCTOR *(luchando con su enojo):* ¡Qué promesa!

ELIZABETH: Dicha o callada, siempre queda hecha una promesa. Y ella puede estar obsesionada con eso, ahora... estoy segura de que lo está... y piensa matarme, y luego ocupar mi lugar. *(Proctor no puede hablar; su enojo crece.)* Es su más cara esperanza, lo sé, John. Hay mil nombres; ¿por qué menciona el mío? Hay cierto peligro en mencionar un nombre así...; yo no soy ninguna Sarah Good que duerme en zanjas, ni una Osborn borracha y medio idiota. No se atrevería a mencionar a la mujer de un agricultor si no fuese porque en ello ve un monstruoso beneficio. John, ella piensa ocupar mi lugar.

PROCTOR *(aunque sabe que es verdad):* ¡Ella no puede pensarlo!

ELIZABETH *("razonablemente"):* John, ¿alguna vez le demostraste cierto desprecio? No puede cruzarse contigo en la iglesia sin que te ruborices...

PROCTOR: Tal vez me ruborizo por mi pecado.

ELIZABETH: Creo que ella ve otra cosa en tu rubor.

PROCTOR: ¿Y qué es lo que ves tú? ¿Qué ves tú, Elizabeth?

ELIZABETH *("concediendo"):* Creo que te avergüenzas un poco, porque yo estoy presente y ella tan cerca.

PROCTOR: ¿Cuándo me conocerás, mujer? ¡Si yo fuese de piedra, en estos siete meses me hubiera partido de vergüenza!

ELIZABETH: ¡Ve, entonces, y dile que es una ramera! Cualquiera sea la promesa que ella se imagina ... rómpela. John, rómpela.

PROCTOR *(entre dientes):* Bien, pues. Iré. *(Va hacia su rifle.)*

ELIZABETH *(temblando, temerosa.)* ¡Oh, con qué pocas ganas!

PROCTOR *(volviéndose a ella, con el rifle en las manos):* La insultaré hasta dejarla más encendida que la más roja brasa del Infierno. ¡Pero, te imploro, no menosprecies mi cólera!

ELIZABETH: ¡Tu cólera! Sólo te pido...

PROCTOR: Mujer,¿soy tan ruin? ¿Me crees ruin, verdaderamente?

ELIZABETH: Nunca te he llamado ruin.

PROCTOR: ¿Cómo me acusas, entonces, de semejante promesa? ¡La promesa que yo le he dado a esa muchacha no es otra que la que un caballo le da a una yegua!

ELIZABETH: ¿Por qué te enojas conmigo, entonces, cuando te pido que rompas esa promesa?

PROCTOR: ¡Porque envuelve una impostura, y yo soy honesto! Pero no he de rogar más. ¡Ya veo que tu alma se enrosca en el único error de mi vida, y nunca podré liberarla!

ELIZABETH (*estallando):* ¡La liberarás... cuando llegues a comprender que yo seré tu mujer única o no seré tu mujer! ¡Todavía llevas clavada una flecha de ella, John Proctor, y bien que lo sabes!

(Repentinamente, como si viniese del aire, aparece una figura en el umbral. Ellos se sobresaltan ligeramente. Es el señor Hale. Está diferente ahora... un poco indeciso, y hay en sus maneras una sensación de deferencia, hasta de culpa.)

HALE: Buenas noches.

PROCTOR *(aún sobresaltado):* ¡Oh, señor Hale! Buenas noches tengáis vos, señor. Entrad, entrad.

HALE *(a Elizabeth):* Espero no haberos sobresaltado.

ELIZABETH: No, no; es que no oí llegar ningún caballo...

HALE: Vos sois la señora Proctor.

PROCTOR: Sí; Elizabeth.

HALE *(asiente y dice):* Supongo que no os ibais a la cama todavía.

PROCTOR *(depositando su escopeta):* No, no. *(Hale va al centro de la habitación. Proctor, tratando de explicar su nerviosidad):* No estamos acostumbrados a recibir visitas durante la noche, pero sois bienvenido aquí. ¿Queréis sentaros, señor?

HALE: Gracias. *(Se sienta.)* Tomad asiento, señora Proctor.

(Ella lo hace, sin quitarle la mirada de encima. Hay una pausa mientras Hale observa la habitación.)

PROCTOR *(para romper el silencio):* ¿Beberéis sidra, señor Hale?

HALE: No, me trastorna el estómago; todavía tengo algo que

viajar esta noche. Sentaos, señor. *(Proctor se sienta.)* No os retendré mucho, pero tengo cierto asunto de que hablaros.

PROCTOR: ¿Asunto del tribunal?

HALE: No... no, vengo por mi cuenta, sin autorización del tribunal. Escuchadme. *(Se humedece los labios):* No sé si lo sabéis, pero el nombre de vuestra esposa es... mencionado en la corte.

PROCTOR: Lo sabemos, señor. Nuestra Mary Warren nos lo dijo. Estamos verdaderamente asombrados.

HALE: Como sabéis, yo soy un extraño aquí. Y en mi ignorancia encuentro difícil formarme una clara opinión acerca de aquellos que vienen siendo acusados ante el tribunal. Y así esta tarde, y ahora esta noche, voy de casa en casa... vengo de la de Rebecca Nurse y...

ELIZABETH *(sacudida):* ¡Rebecca está acusada!

HALE: No permita Dios que alguien como ella sea acusada. No obstante... se la menciona un tanto.

ELIZABETH *(intentando reír):* Espero que no llegaréis a creer que Rebecca traficó con el Diablo.

HALE: Mujer, es posible.

PROCTOR *(turbado):* Estoy seguro de que no podéis pensar así.

HALE: Esta es una época extraña, señor. Ningún hombre puede ya dudar de que las fuerzas de la oscuridad se han aliado en un monstruoso ataque a este pueblo. Ahora hay demasiada evidencia para negarlo. ¿Estáis de acuerdo?

PROCTOR *(evasivo):* Yo no sé nada de esas cosas. Pero es difícil concebir que una mujer devota como ella sea secretamente una perra del Diablo después de setenta años de orar tan

fervientemente.

HALE: Sí. Pero el Diablo es astuto, no podéis negarlo. Sin embargo, ella está lejos de ser acusada, y sé que no lo será. *(Pausa.)* Pensé, señor, haceros algunas preguntas sobre el carácter cristiano de esta casa, si me lo permitís.

PROCTOR *(fríamente, resentido):* Por qué... nosotros... no tememos a las preguntas, señor.

HALE: Bien, pues. *(Se pone más cómodo.)* Veo en el libro de anotaciones que lleva el señor Parris, que muy raramente estáis en la iglesia los días domingo.

PROCTOR: No señor, estáis equivocado.

HALE: Veintiséis veces en diez y siete meses, señor. Debo considerarlo poco. ¿Me diréis por qué estáis tan ausente?

PROCTOR: Señor Hale, yo no sabía que debo rendirle cuentas a ese hombre por ir a la iglesia o quedarme en casa. Mi mujer estuvo enferma este invierno.

HALE: Así me dicen. Pero vos, señor, ¿por qué no habéis podido venir solo?

PROCTOR: Por cierto fui cuando pude, y cuando no pude me quedé a rezar en esta casa.

HALE: Señor Proctor, vuestra casa no es una iglesia; lo que sabéis de teología debería enseñároslo.

PROCTOR: Así es, señor, así es; y también me enseña que un ministro puede rogar a Dios aun sin tener candelabros de oro en el altar.

HALE: ¿Qué candelabros de oro?

PROCTOR: Desde que construimos la iglesia, eran de latón los

candelabros que había en el altar; los hizo Francis Nurse, sabéis, y jamás tocó el metal mano más pura. Pero vino Parris y durante veinte semanas no predicó más que candelabros de oro... hasta que los tuvo. Yo trabajo la tierra desde que apunta el día hasta que cae la noche y cuando miro al cielo y veo mi dinero reluciendo tan a su alcance... os digo la verdad, se resiente mi plegaria, señor, se resiente mi plegaria. A veces pienso que ese hombre sueña con catedrales, no con capillas de tablones.

HALE *(piensa; luego):* Y sin embargo, señor, en día domingo un cristiano debe estar en la iglesia. *(pausa.)* Decidme... ¿tenéis tres hijos?

PROCTOR: Sí, señor. Varones.

HALE: ¿Cómo es que sólo dos están bautizados?

PROCTOR *(comienza a hablar, se detiene y luego, como incapaz de contenerse):* No me gusta que el señor Parris ponga la mano sobre mi niño. No veo que ese hombre esté iluminado por Dios. No he de ocultarlo.

HALE: Debo decirlo, señor Proctor: no sois vos quien lo ha de decidir. El hombre está ordenado, por lo tanto la luz de Dios está en él.

PROCTOR *(sonrojado de resentimiento pero tratando de sonreír):* ¿Qué sospecháis, señor Hale?

HALE: No, no, no tengo...

PROCTOR: Yo clavé el techo de la iglesia, yo instalé la puerta...

HALE: ¡Ah, lo habéis hecho! Eso es un buen indicio, pues.

PROCTOR: Tal vez he sido demasiado apresurado para calificar a ese hombre, pero no podéis pensar que hayamos deseado destruir la religión. Creo que es eso lo que tenéis en la mente,

¿no?

HALE *(sin ceder):* Yo... he... hay un punto débil en vuestros antecedentes, un punto débil.

ELIZABETH: Creo que, tal vez, hemos sido demasiado duros con el señor Parris. Así creo. Pero por cierto, aquí nunca hemos amado al Diablo.

HALE *(asiente, sopesando esas palabras. Luego, con la voz de quien toma un examen en secreto):* Elizabeth, ¿sabes tus mandamientos?

ELIZABETH *(sin vacilación, casi ansiosamente):* Claro que sí. No encontraréis huella de culpa en mi vida, señor Hale. Soy una cristiana devota.

HALE: ¿Y vos, señor?

PROCTOR *(algo inseguro):* Yo... por supuesto que sí, señor.

HALE *(mira al franco rostro de ella, luego a John, y dice):* Decidlos, si queréis.

PROCTOR: Los Mandamientos.

HALE: Eso es.

PROCTOR *(concentrándose; comenzando a transpirar):* No matarás.

HALE: Eso es.

PROCTOR *(contando con los dedos):* No robarás. No codiciarás los bienes de tu prójimo ni grabarás para ti ninguna imagen. No invocarás en vano el nombre del Señor. No tendrás otros dioses antes que yo. *(Con alguna vacilación.)* Observarás el día del reposo y lo santificarás. *(Pausa.)* Honrarás a tu padre y a tu madre. No darás falso testimonio. *(Está cogido. Vuelve a contar*

con los dedos advirtiendo que falta uno.) No grabarás para ti ninguna imagen.

HALE: Lo habéis dicho dos veces, señor.

PROCTOR *(perdido):* Sí. *(Hurgando en la memoria.)*

ELIZABETH *(delicadamente):* Adulterio, John.

PROCTOR *(como si una flecha secreta hubiese herido su corazón):* Sí. *(Tratando de sonreír... a Hale.)* Ya veis, señor, entre los dos los sabemos todos. *(Hale sólo mira a Proctor, empeñado en definir a este hombre. El embarazo de Proctor crece.)* Creo que es una falta pequeña.

HALE: La teología, señor, es una fortaleza; en una fortaleza, ninguna grieta puede considerarse pequeña. *(Se levanta; parece preocupado. Da algunos pasos.)*

PROCTOR: En esta casa, señor, no hay amor por Satán.

HALE: Así lo deseo, así lo deseo de corazón. *(Mira a ambos, intenta sonreirles, pero su aprensión es clara.)* Bien entonces... voy a desearos buenas noches.

ELIZABETH *(incapaz de contenerse):* Señor Hale. *(El se vuelve.)* Pienso que sospecháis algo de mí. ¿No es así?

HALE *(evidentemente molesto y evasivo):* No os juzgo, señora Proctor. Mi deber es agregar lo que pueda a la piadosa sabiduría del tribunal. Os deseo, a ambos, salud y buena suerte. *(A John.)* Buenas noches, señor. *(Inicia la salida.)*

ELIZABETH *(con una nota de desesperación):* Creo que debes contarle, John.

HALE: ¿Cómo decís?

ELIZABETH *(conteniendo un grito):* ¿Le contarás?

(Pequeña pausa. Hale mira interrogativamente a John.)

PROCTOR *(con dificultad):* Yo... no tengo testigos y no puedo probarlo, a menos que se acepte mi palabra. Pero sé que la enfermedad de esas chicas no tiene nada que hacer con brujerías.

HALE *(inmovilizado, pasmado):* ¿Nada que hacer ... ?

PROCTOR: El señor Parris las descubrió jugando en el bosque. Ellas se asustaron y se enfermaron.

(Pausa.)

HALE: ¿Quién os contó eso?

PROCTOR *(vacila; luego):* Abigail Williams.

HALE: ¡Abigail!

PROCTOR: Sí.

HALE *(con los ojos dilatados):* ¡Abigail Williams os dijo que no tiene nada que ver con brujerías!

PROCTOR: Me lo dijo el día que llegasteis, señor.

HALE *(desconfiadamente):* ¿Por qué... por qué lo callasteis?

PROCTOR: No supe hasta esta noche que el mundo se había enloquecido con esta tontería.

HALE: ¡Tontería! Señor... yo mismo he examinado a Títuba, Sarah Good y otros muchos que han confesado haber tratado con el Diablo. Lo han *confesado.*

PROCTOR: ¿Y por qué no, si por negarlo han de ser ahorcados? Hay quienes jurarán cualquier cosa antes que dejarse colgar; ¿no habéis pensado en esto?

HALE: Lo he pensado. Por... por cierto, lo he pensado. *(Es lo que*

él mismo sospecha, pero se resiste. Mira a Elizabeth, luego a John.) Y vos... ¿queréis declarar eso ante el tribunal?

PROCTOR: Yo... no había pensado en ir al tribunal. Pero lo haré si debo.

HALE: ¿Vaciláis ahora?

PROCTOR: No vacilo nada, pero puedo preguntarme si mi relato será creído en semejante tribunal. Y cómo no preguntármelo, cuando un ministro tan juicioso como vos llega a sospechar de una mujer que nunca ha mentido, ni puede hacerlo... ¡y el mundo sabe que no puede! Quizás vacile algo, señor; no soy un estúpido.

HALE *(con calma; está impresionado):* Proctor, sed franco conmigo; he oído un rumor que me preocupa. Se dice que ni creéis que haya brujas en el mundo. ¿Es verdad, señor?

PROCTOR *(sabe que esto es crítico y está luchando con su propio asco por Hale y consigo mismo por responder siquiera):* ¡No sé lo que habré dicho, pude haberle dicho! Me he preguntado si hay brujas en el mundo..., pero lo que no puedo creer es que las haya ahora, entre nosotros.

HALE: Entonces vos no creéis...

PROCTOR: No sé nada de eso; la Biblia habla de brujas y yo no voy a negarlas.

HALE: ¿Y tú, mujer?

ELIZABETH: Yo... yo no puedo creerlo.

HALE *(alelado)*: ¡No podéis!

PROCTOR: ¡Elizabeth, lo desconciertas!

ELIZABETH *(a Hale):* No puedo creer, señor Hale, que el Diablo

se adueñe del alma de una mujer que, como yo, se conduce rectamente. Soy una buena mujer, yo lo sé; y si vos creéis que yo sólo puedo hacer el bien en este mundo y, aún así, estar secretamente atada a Satanás, entonces debo deciros, señor, que yo no lo creo.

HALE: Pero mujer, tú sí crees que hay brujas en...

ELIZABETH: Si vos pensáis que yo soy una de ellas, yo digo que no hay ninguna.

HALE: Me imagino que no te alzas contra el Evangelio, el Evangelio...

PROCTOR: ¡Ella cree en el Evangelio, palabra por palabra!

ELIZABETH: ¡Preguntadle a Abigail Williams por el Evangelio, no a mí!

(Hale la mira fijamente.)

PROCTOR: No es que ella quiera dudar del Evangelio, señor, no podéis pensarlo. Este es un hogar cristiano, señor, un hogar cristiano.

HALE: Dios os guarde, a ambos; haced bautizar al tercer chico cuanto antes y acudid, sin falta, a la oración de cada domingo; y llevad una vida digna y sosegada. Creo que...

(Giles Corey aparece en el umbral.)

GILES: John...

PROCTOR: ¡Giles! ¿Qué pasa?

GILES: Se llevan a mi mujer. *(Entra Francis Nurse.)*

GILES: ¡Y a su Rebecca!

PROCTOR *(a Francis):* ¿Rebecca está en la cárcel?

FRANCIS: Sí, vino Cheever y se la llevó en su carro. Venimos de la cárcel ahora, y ni siquiera nos dejaron entrar para verlas.

ELIZABETH: ¡Ahora sí que se han vuelto locos, señor Hale!

FRANCIS *(yendo hacia Hale):* ¡Reverendo Hale! ¿No podéis hablarle al Comisionado? Estoy seguro de que confunde a esta gente...

HALE: Calmaos, señor Nurse, os ruego.

FRANCIS: Mi mujer es la argamasa misma de la iglesia, señor Hale, *(indicando a Giles)* y Martha Corey... no puede haber una mujer que esté más próxima a Dios que Martha.

HALE: ¿De qué se acusa a Rebecca, señor Nurse?

FRANCIS *(con una risita burlona, medio insincera):* ¡De asesinato está acusada! *(Citando la acusación, burlonamente.)* "Por el prodigioso y sobrenatural asesinato de los niños de la señora Putnam." ¿Qué he de hacer yo, señor Hale?

HALE *(se aparta de Francis, profundamente turbado; luego):* Si Rebecca Nurse está contaminada, creedme señor Nurse, ya nada podrá impedir que el mundo entero se consuma en llamas. Descansad en la justicia del tribunal; el tribunal la enviará a su casa, estoy seguro.

FRANCIS: ¡No queréis decir que va a ser juzgada en la corte!

HALE *(suplicando):* Nurse, aunque se partan nuestros corazones, no podemos flaquear; éstos son tiempos nuevos, señor. Hay una oscura conspiración en marcha, tan sutil que seríamos criminales si fueramos a aferramos a viejos respetos y antiguas amistades. En el tribunal he visto espantosas pruebas en demasía...; el Diablo se pasea por Salem y no vacilaremos en obedecer al dedo acusador, adondequiera que él señale.

PROCTOR *(enojado):* ¿Cómo puede matar chicos una mujer como ella?

HALE *(con gran dolor):* Hombre, recuerda, hasta una hora antes de caer el Diablo, Dios lo creyó hermoso en el Cielo.

GILES: Yo nunca dije que mi mujer fuera una bruja, señor Hale; ¡yo sólo dije que ella leía libros!

HALE: Señor Corey, ¿cuál es el cargo concreto que se le ha hecho a vuestra mujer?

GILES: Ese maldito bastardo de Walcott la acusó. Hace cuatro o cinco años le compró un chancho a mi mujer, sabéis, y el chancho murió al poco tiempo. Entonces, se apareció meneándose para que le devolviese el dinero. Entonces, ella le dice, mi Martha: "Walcott, si no tienes inteligencia para alimentar adecuadamente a un chancho, no vivirás para poseer muchos," le dice. Entonces, él va a la corte y sostiene que desde ese día hasta ahora no puede conservar un chancho vivo por más de cuatro semanas, ¡porque mi Martha los embruja con sus libros!

(Entra Ezekiel Cheever. Hay un silencio de sorpresa.)

CHEEVER: Buenas noches tengas, Proctor.

PROCTOR: Hola, señor Cheever. Buenas noches.

CHEEVER: Buenas noches, todos. Buenas noches, señor Hale.

PROCTOR: Espero que no vengáis por asuntos del tribunal.

CHEEVER: Sí, Proctor, por eso vengo. Soy funcionario de la corte, ahora, sabes.

(Entra el alguacil Herrick, de treinta y tantos años y algo avergonzado en este momento.)

GILES: Es una lástima, Ezekiel, que un buen sastre que pudo

haber ido al Cielo deba quemarse en el infierno. ¿Sabes que vas a arder, por esto?

CHEEVER: Tú bien sabes que debo hacer lo que se me ordena. Tú lo sabes, Giles. Y de buena gana querría que no me mandes al Infierno. No me gusta cómo suena; te aseguro que no me gusta como suena. *(Teme a Proctor pero empieza a buscar en su abrigo):* Ahora, créeme Proctor, por muy pesada que sea la ley, esta noche yo estoy cargando con todo su peso. *(Extrae un documento):* Tengo un auto de prisión para tu mujer.

PROCTOR *(a Hale):* ¡Dijisteis que ella no estaba acusada!

HALE: No sé nada de eso. *(A Cheever):* ¿Cuándo fue acusada?

CHEEVER: Esta noche me dieron diez y seis autos de prisión, señor, y ella es una.

PROCTOR: ¿Quién la acusó?

CHEEVER: ¡Cómo...! Abigal Williams la acusó.

PROCTOR: ¿Con qué pruebas, qué pruebas?

CHEEVER *(mirando a su alrededor):* Proctor, tengo poco tiempo. El tribunal me ordena registrar tu casa, pero no me gusta registrar casas. ¿Quieres, pues, entregarme cualquier muñeco que tu mujer guarde aquí?

PROCTOR: ¿Muñecos?

ELIZABETH: Nunca he tenido muñecos, nunca desde que era chica.

CHEEVER *(embarazado, espiando la chimenea, donde quedó sentado el muñeco de Mary Warren):* Me parece que veo un muñeco, señora Proctor.

ELIZABETH: ¡Oh! *(Yendo por él):* Qué... éste es de Mary.

CHEEVER *(tímidamente):*¿Queréis hacerme el favor de dármelo?

ELIZABETH *(mientras se lo alcanza, le pregunta a Hale):* ¿El tribunal ha descubierto ahora un texto sobre muñecos?

CHEEVER *(cogiendo cuidadosamente el muñeco):* ¿Conserváis algunos otros en esta casa?

PROCTOR: No, ni tampoco éste, hasta esta noche. ¿Qué significa un muñeco?

CHEEVER: Y... un muñeco *(mientras le da vueltas cautelosamente)* un muñeco puede significar... Bueno, mujer, ¿harás el favor de venir conmigo?

PROCTOR: ¡No lo hará! (A *Elizabeth):* Tráela a Mary.

CHEEVER *(tratando torpemente de alcanzar a Elizabeth):* No, no, me está prohibido perderla de vista.

PROCTOR *(apartándole el brazo):* La dejaréis salir de vuestra vista y de vuestra mente, señor. Trae a Mary, Elizabeth. *(Elizabeth se va arriba.)*

HALE: ¿Qué significa un muñeco, señor Cheever?

CHEEVER *(dando vueltas al muñeco):* Y... dicen que puede significar... que... *(Ha levantado la falda del muñeco y sus ojos se dilatan con atónito temor):* Cómo, esto, esto...

PROCTOR *(procurando tomar el muñeco):* ¿Qué hay ahí?

CHEEVER: Cómo... *(extrae una larga aguja del muñeco):* ¡Es una aguja! ¡Herrick, Herrick, es una aguja!

(Herrick viene hasta él.)

PROCTOR *(airadamente, desorientado):* ¡Y qué significa una aguja!

CHEEVER *(con las manos temblorosas):* Pues... esto va a ser duro para ella, Proctor, esto... yo tenía mis dudas, Proctor, yo tenía mis dudas, pero esto es una calamidad. *(A Hale, mostrándole la aguja):* ¡Veis, señor, es una aguja!

HALE: ¿Y qué? ¿Qué significado tiene?

CHEEVER *(con desmesurados ojos, temblando):* La muchacha, esa chica Williams, Abigail Williams, señor. Se sentó a comer esta noche en casa del reverendo Parris, y sin una palabra ni advertencia, se cae al suelo. Como un animal herido, dice él, y gritando un grito que espantaría a un toro. Y él va a salvarla y le saca de la barriga una aguja así de larga. Y preguntándole cómo es que pudo pincharse así, ella... *(ahora a Proctor):* afirmó que fue el espíritu de tu mujer el que se la clavó.

PROCTOR: ¡Y qué! ¡Lo hizo ella misma! *(A Hale):* ¡Espero que no toméis eso por una prueba, señor!

(Hale, impresionado por la prueba, está callado.)

CHEEVER: ¡Es prueba sólida! *(A Hale):* Encuentro aquí un muñeco que guarda la señora Proctor. Yo lo encontré, señor. Y en la barriga del muñeco hay clavada una aguja. Te diré la verdad, Proctor, no esperaba encontrar semejante testimonio del Infierno, y te aconsejo que no te interpongas, porque...

(Entra Elizabeth con Mary Warren. Proctor, viendo a Mary Warren, la lleva de un brazo hasta Hale.)

PROCTOR: ¡Y bien! Mary, ¿cómo ha venido este muñeco a mi casa?

MARY *(asustada, con voz muy tenue):* ¿Qué muñeco es ése, señor?

PROCTOR *(impacientemente, señalando el muñeco que está en manos de Cheever):* Este muñeco, este muñeco.

MARY *(evasivamente, mirando el muñeco):* Ah... yo... yo creo que es mío.

PROCTOR: Es tu muñeco, ¿no?

MARY *(sin comprender la intención):* Sí... señor, lo es.

PROCTOR: ¿Y cómo vino a esta casa?

MARY *(echando una mirada a los rostros ávidos que la rodean):* Y... yo lo hice en la corte, señor, y... esta noche se lo di a la señora Proctor.

PROCTOR (a *Hale):* Ahí está, señor..., ¿lo veis?

HALE: Mary Warren, en este muñeco se ha encontrado una aguja.

MARY *(aturdida):* Señor, no fue con mala intención, señor.

PROCTOR *(rápidamente):* ¿Tú misma clavaste esa aguja?

MARY: Creo... creo que yo lo hice, señor; yo...

PROCTOR *(a Hale):* ¿Qué decís ahora?

HALE *(mirando a Mary Warren escrutadoramente):* Niña, ¿estás segura de que ésta es tu memoria natural? ¿Podría ser, tal vez, que alguien te estuviese conjurando, aun ahora mismo, para que digas eso?

MARY: ¿Conjurándome a mí? No, señor, no; creo que soy enteramente dueña de mí. Preguntadle a Susana Walcott..., ella me vio cosiéndolo en el tribunal. (O *mejor aún):* Preguntadle a Abby... Abby estaba sentada a mi lado cuando yo lo hice.

PROCTOR *(a Hale, refiriéndose a Cheever):* Decidle que se vaya. Seguramente veis claro, ahora. Decidle que se vaya, señor Hale.

ELIZABETH: ¿Qué significa una aguja?

HALE: MARY..., estás acusando a Abigail de cruel y frío asesinato.

MARY: ¡Asesinato! Yo no acuso...

HALE: Abigail fue herida esta noche; se encontró una aguja clavada en su vientre...

ELIZABETH ¿Y ella me acusa a mí?

HALE: Sí.

ELIZABETH *(sin aliento):* ¡Pero...! ¡Esa muchacha es la muerte! ¡Hay que borrarla de este mundo!

CHEEVER *(señalando a Elizabeth):* ¡Habéis oído eso, señor! ¡Borrarla de este mundo! ¡Herrick, tú lo has oído!

PROCTOR *(de pronto, arrancando el documento de manos de Cheever):* ¡Fuera de aquí!

CHEEVER: Proctor, no te atrevas a tocar el mandamiento.

PROCTOR *(rompiendo el papel):* ¡Fuera de aquí!

CHEEVER: ¡Has roto el mandamiento del Comisionado, hombre!

PROCTOR: ¡Maldito sea el Comisionado! ¡Fuera de mi casa!

HALE: ¡No, Proctor, Proctor!

PROCTOR: ¡Id con ellos! ¡Sois un ministro en ruinas!

HALE: Proctor, si ella es inocente, el tribunal...

PROCTOR: ¿Si *ella* es inocente? ¿Por qué jamás os preguntáis si Parris es inocente, o Abigail? ¿Es que ahora el acusador es siempre sagrado? ¿Es que han nacido hoy tan limpios como los dedos de Dios? Yo os diré lo que se pasea por Salem... Por Salem se pasea la venganza. ¡En Salem somos lo que siempre

fuimos, sólo que ahora andan los chiquillos revoltosos alborotando con las llaves del reino, y la ley es dictada nada más que por la venganza! ¡Este mandamiento es una venganza! ¡Yo no entregaré mi esposa a la venganza!

ELIZABETH: Iré, John...

PROCTOR: ¡No irás!

HERRICK: Tengo nueve hombres afuera. No puedes retenerla. La ley me obliga, John, no puedo hacerme a un lado.

PROCTOR *(a Hale, listo para deshacerlo):* ¿Dejaréis que se la lleven?

HALE: Proctor, el tribunal es justo...

PROCTOR: ¡Poncio Pilatos! ¡Dios no permitirá que te laves las manos de esto!

ELIZABETH: John..., creo que debo ir con ellos. (El *no puede soportar su mirada.)* Mary, hay pan suficiente para la mañana; pondrás el horno por la tarde. Ayuda al señor Proctor como si fueses su hija... Me debes eso, y mucho más. *(Está tratando de contener el llanto. A Proctor):* Cuando despierten los chicos, nada digas de brujería...; se asustarían. *(No puede continuar.)*

PROCTOR: Te traeré a casa. Te traeré pronto.

ELIZABETH: ¡Oh, John, tráeme pronto!

PROCTOR: ¡Como un mar caeré sobre ese tribunal! No temas nada, Elizabeth.

ELIZABETH *(con gran temor):* No temeré nada. *(Mira a su alrededor, como para retener la imagen de la habitación.)* Diles a los niños que fluí a visitar a alguien enfermo. *(Sale.)*

(Herrick y Cheever salen tras ella. Por un instante, Tractor

mira desde la puerta. Se oye ruido de cadenas.)

PROCTOR: ¡Herrick! ¡Herrick, no la encadenes! *(Corre afuera. Desde afuera):* ¡Condenado, no vas a encadenarla! ¡Quítalas! ¡No lo permitiré! ¡No dejaré que la encadenes!

(Hay otras voces de hombre, discutiéndole. Hale, presa de la inseguridad y la culpa, se aparta de la puerta para evitar la escena. Mary Warren rompe en lágrimas y está sentada, llorando. Giles Corey se acerca a Hale.)

GILES: ¿Y aún callado, ministro? ¡Es un fraude, vos sabéis que es un fraude! Hombre, ¿qué os detiene?

PROCTOR *(medio conducido y medio empujado por dos agentes y por Herrick):* ¡Me lo has de pagar, Herrick, con seguridad me lo has de pagar!

HERRICK *(jadeando):* ¡En nombre de Dios, John, no puedo evitarlo! Debo encadenarlos a todos. ¡Ahora quédate aquí adentro hasta que me vaya! *(Sale con los agentes.)*

(Proctor permanece donde está, tomando aire. Se oyen caballos y el ruido del carro.)

HALE *(con gran incertidumbre):* Señor Proctor...

PROCTOR: ¡Fuera de mi vista!

HALE: ¡Por caridad, Proctor, por caridad! No temeré declarar ante el tribunal lo que he oído en favor de ella. Dios es testigo de que no puedo juzgarla culpable o inocente... no sé. Considera esto solamente: el mundo se enloquece y nada ganarás atribuyendo las causas a la venganza de una muchachita.

PROCTOR: ¡Sois un cobarde! ¡Aunque hayáis sido ordenado con las propias lágrimas de Dios, ahora sois un cobarde!

HALE: Proctor, no puedo creer que Dios sea provocado tan

gravemente por una causa tan mezquina. Las cárceles están repletas...; nuestros más grandes jueces están ahora en Salem... y se ha prometido la horca. Debemos encontrar una causa proporcionada, hombre. ¿Se ha cometido un crimen, tal vez, que jamás ha visto la luz? ¿Alguna abominación? ¿Alguna secreta blasfemia que ofende al Cielo? Busca una causa, hombre, y ayúdame a descubrirla. Pues ése es tu camino, créelo, tu único camino cuando tal confusión cae sobre el mundo. *(Va hacia Giles y Francis):* Deliberad entre vosotros; pensad en vuestro pueblo y en qué es lo que habrá desencadenado tan tonante ira del Cielo sobre todos vosotros. Pediré a Dios que os abra los ojos. *(Sale.)*

FRANCÍS *(impresionado por el tono de Hale):* Nunca supe de ningún crimen cometido en Salem.

PROCTOR *(tocado por las palabras de Hale):* Déjame, Francis, déjame.

GILES *(sacudido):* John, dime..., ¿estamos perdidos?

PROCTOR: Vete a casa, Giles. Hablaremos de esto, mañana.

GILES: Piénsalo. Vendremos temprano, ¿eh?

PROCTOR: Bueno. Vete ahora, Giles.

GILES: Buenas noches, entonces. *(Sale, con Francis.)*

MARY *(después de un momento, con un tímido hilo de voz):* Señor Proctor, parece que la dejarán volver a casa en cuanto tengan la adecuada evidencia.

PROCTOR: Vendrás al tribunal conmigo, Mary, Se lo dirás al tribunal.

MARY: No puedo acusar de asesinato a Abigail.

PROCTOR *(acercándose a ella, amenazador):* ¡Le dirás al

tribunal cómo vino a parar aquí ese muñeco y quién le clavó la aguja!

MARY: ¡Ella me matará por decir eso! *(Proctor continúa acercándose a ella.)* ¡Abby os acusará de adulterio, señor Proctor!

PROCTOR *(deteniéndose):* ¡Te lo dijo!

MARY: Yo lo sabía, señor. Os arruinará con eso, sé que os arruinará.

PROCTOR *(vacilando y con profundo odio hacia sí mismo)*: Bien. Entonces se acabó su santidad. *(Mary se aleja de él.)* Juntos caeremos en nuestro foso; le dirás al tribunal lo que sabes.

MARY *(con terror)*: No puedo, se volverán contra mí... *(Dando dos zancadas, Proctor la alcanza mientras ella repite: "¡No puedo, no puedo!".)*

PROCTOR: ¡Mi mujer no ha de morir por mí! ¡Te sacaré las entrañas por la boca, pero esa alma de Dios no morirá por mí!

MARY *(luchando por soltarse):* ¡No puedo hacerlo, no puedo!

PROCTOR *(tomándola por el cuello como para estrangularla):* ¡Házte a la idea! Ahora, el Cielo y el Infierno nos tienen agarrados por la espalda y toda nuestra vieja simulación nos ha sido arrancada...¡hazte a la idea! *(La arroja al suelo donde ella continúa diciendo, entre sollozos: "No puedo, no puedo..." Y ahora él, como para sí mismo, con la mirada extraviada y volviéndose hacia la abierta puerta):* Paz. Es providencial, y no hay gran cambio; sólo somos lo que siempre fuimos, pero desnudos ahora. *(Se encamina como hacia un gran horror, encarando al cielo abierto.)* ¡Sí, desnudos! ¡Y el viento, el viento helado de Dios... soplará el viento!

(Y ella continúa llorando y murmurando: "No puedo, no puedo,

no puedo..." mientras cae el

TELÓN

ACTO TERCERO

Primer cuadro

Un bosque. De noche. Un haz de luz ilumina un tronco a la izquierda. Por la izquierda aparece Proctor con un farol. Entra echando una mirada hacia atrás, luego se detiene, con el farol en alto. Por la izquierda aparece Abigail con una bata sobre el camisón, con él cabello suelto. Hay un momento de muda expectativa.

PROCTOR *(buscando. Yendo hacia el tronco):* Debo hablar contigo, Abigail. *(Ella, mirándolo fijamente, no se mueve.)* ¿Quieres sentarte?

ABIGAIL: ¿Cómo vienes?

PROCTOR: Como amigo.

ABIGAIL *(mirando a su alrededor):* No me gusta el bosque de noche. Por favor, acércate. *(El se acerca, aunque se mantiene distante en espíritu.)* Sabía que eras tú. Lo supe al oír los guijarros en la ventana, antes de abrir los ojos. *(Se sienta sobre el tronco.)* Pensé que vendrías mucho más pronto.

PROCTOR: Muchas veces estuve a punto de venir.

ABIGAIL: ¿Por qué no viniste? Ahora estoy tan sola en el mundo.

PROCTOR *(como si nada; sin amargura):* ¿De veras? He oído

decir que en estos días viene la gente desde muy lejos para verte la cara.

ABIGAIL: Mi cara, sí. ¿Puedes verme tú la cara?

PROCTOR *(acercándole el farol al rostro):* ¿Estás afligida, entonces?

ABIGAIL: ¿Has venido para burlarte de mí?

PROCTOR *(depositando el farol, se sienta junto a ella):* No, no, sólo que oigo decir que todas las noches vas a la taberna y juegas al tejo con el Comisionado, y allí te dan sidra.

ABIGAIL *(como si eso no tuviera importancia):* He jugado al tejo, una o dos veces. Pero no me divierte.

PROCTOR *(la está sondeando):* Eso me sorprende, Abby. Pensé encontrarte más alegre. Me dicen que en estos días un montón de muchachos te sigue los pasos dondequiera que vayas.

ABIGAIL: Sí, me siguen. Pero de los muchachos sólo recibo miradas lascivas.

PROCTOR: ¿Y eso no te gusta?

ABIGAIL: No puedo soportar más miradas lascivas, John. Mi ánimo ha cambiado completamente. Miradas piadosas merecería, ya que sufro por ellos como estoy sufriendo.

PROCTOR: ¿Sí? ¿Cómo sufres, Abby?

ABIGAIL *(se recoge el vestido):* Mira mi pierna. Estoy llena de pinchaduras de sus malditas agujas y alfileres. *(Tocándose el estómago):* Sabes, el pinchazo que me dio tu mujer no se ha curado todavía.

PROCTOR *(viendo ahora su locura):* ¿Ah, no?

ABIGAIL: Creo que a veces, mientras duermo, ella vuelve a

pincharme para abrirme la herida.

PROCTOR: ¿Ah, sí?

ABIGAIL: Y George Jacobs... *(arremangándose)* vuelve una y otra vez y me golpea con su bastón ... en el mismo sitio, todas las noches, durante toda esta semana. Mira el moretón que tengo.

PROCTOR: Abby... George Jacobs hace un mes que está en la cárcel.

ABIGAIL: ¡A Dios gracias! ¡Y bendito sea el día en que lo cuelguen y me deje dormir en paz otra vez! ¡Oh, John, el mundo está tan lleno de hipócritas! *(Atónita, sublevada.)* ¡Rezan en la cárcel! ¡Me dicen que todos ellos rezan en la cárcel!

PROCTOR: ¿No deben rezar?

ABIGAIL: ¿Y torturarme en mi cama mientras de sus bocas salen palabras sagradas? ¡Oh, será preciso Dios mismo para limpiar este pueblo debidamente!

PROCTOR: Abby, ¿todavía piensas acusar a otros?

ABIGAIL *(adelantándose):* Si vivo, si no me matan, ciertamente lo haré, hasta que muera el último hipócrita.

PROCTOR: Entonces, ¿no hay nadie que sea bueno?

ABIGAIL *(dulcemente):* Sí, hay uno. Tú eres bueno.

PROCTOR: ¿Yo? ¿Por qué soy bueno?

ABIGAIL: Pues... me enseñaste la bondad, por lo tanto eres bueno. Fue un incendio por donde me condujiste, y en él se quemó toda mi ignorancia. Era fuego, John, llamas las que nos envolvían. Y desde aquella noche ya ninguna mujer se atreve a llamarme mala pues yo sé qué contestarle. Antes lloraba yo por

mis pecados, cada vez que el viento levantaba mis polleras; y enrojecía de vergüenza porque una Rebecca cualquiera me llamaba perdida. Pero entonces viniste tú y quemaste mi ignorancia. ¡Y pude verlos a todos, desnudos como árboles en invierno... yendo a la iglesia como santos, corriendo a alimentar a los enfermos, pero hipócritas en el fondo! ¡Y Dios me dio fuerzas para llamarlos mentirosos, y Dios hizo que los hombres me escuchasen, y, por Dios, por su amor barreré este mundo hasta que quede limpio! ¡Oh, John, qué esposa seré para ti cuando el mundo esté limpio otra vez! *(Ella le besa la mano con gran emoción.)* Te asombrará verme cada día como una luz del cielo en tu casa, una... *(El se pone de pie y retrocede asustado, atónito.)* ¿Por qué estás tan frío?

PROCTOR *(con tono formal, pero con inquietud, como ante algo sobrenatural):* Mi mujer comparece ante el tribunal mañana, Abigail.

ABIGAIL *(distante)*: ¿Tu mujer?

PROCTOR: ¿Sin duda lo sabías?

ABIGAIL *(como despertando):* Lo recuerdo ahora. *(Como por cumplido):* Cómo... cómo... ¿ella está bien?

PROCTOR: Tan bien como es posible... Treinta y seis días en ese sitio.

ABIGAIL: Dijiste que venías como amigo.

PROCTOR: Abby, ella no será condenada.

ABIGAIL *(Sublevados sus sentimientos sagrados. Pero ella es quien interroga):* ¿Me sacaste de la cama para hablar de ella?

PROCTOR: Vengo a decirte lo que haré mañana en la Corte. No quisiera tomarte por sorpresa, sino darte el tiempo necesario para que pienses en lo que has de hacer para salvarte.

ABIGAIL *(incrédula y con un asomo de temor):* ¡Salvarme!

PROCTOR: Abby, si no liberas mañana a mi mujer, estoy preparado y decidido a arruinarte.

ABIGAIL *(atónita, con un hilo de voz)*: Cómo... ¿Arruinarme?

PROCTOR: Tengo documentos que prueban irrefutablemente que tú sabías que aquel muñeco no era de mi mujer; y que tú misma mandaste a Mary Warren clavar aquella aguja.

ABIGAIL *(la violencia se agita en ella; he aquí una criatura indescriptiblemente frustrada, su voluntad impedida; pero aún lucha por dominarse):* ¿Yo mandé a Mary Warren... ?

PROCTOR: ¡Tú sabes bien lo que haces, no estás tan loca!

ABIGAIL *(clamando al cielo):* Oh, hipócritas, ¿también a él lo habéis conquistado? *(Directamente a él):* John, ¿por qué dejas que te manden?

PROCTOR: Te prevengo, Abby.

ABIGAIL: ¡Ellos te mandan! Roban tu honradez y...

PROCTOR: He hallado mi honradez.

ABIGAIL: ¡No, es tu mujer quien está suplicando, tu llorona mujer, tu envidiosa mujer! Esta es la voz de Rebecca, es la voz de Martha Corey. ¡Tú no eras ningún hipócrita!

PROCTOR *(la agarra de un brazo):* ¡Voy a demostrar el fraude que eres!

ABIGAIL: ¿Y si te preguntan por qué habría de cometer Abigail un hecho tan criminal? ¿Qué les dirás?

PROCTOR *(sólo decirlo es difícil)*: Les diré el porqué.

ABIGAIL: ¿Qué dirás? ¿Confesarás haber fornicado? ¿En la

Corte?

PROCTOR: ¡Si así lo quieres, así lo diré! *(Ella deja escapar una risa incrédula.)* ¡Te digo que lo haré! *(Ella ríe más fuerte, ahora convencida de que él jamás lo hará. El la sacude rudamente):* ¡Si aún puedes oír, escucha esto! ¿Puedes oír? *(Ella está temblando, mirándolo fijamente, como si fuera él quien ha perdido el juicio.)* ¡Le dirás al tribunal que eres ciega para los espíritus; no puedes verlos más, y no volverás a acusar de brujería a nadie o yo te haré famosa por lo ramera que eres!

ABIGAIL *(asiéndolo por las ropas):* ¡Nunca jamás! Te conozco, John... ¡En este momento estás cantando secretas aleluyas porque tu mujer será colgada!

PROCTOR *(arrojándola al suelo):* ¡Estúpida, perra asesina! *(Va hacia la derecha.)*

ABIGAIL *(se levanta):* ¡Oh, qué duro es cuando la máscara cae! ¡Pero cae, cae! *(Se arropa como para irse.)* Has cumplido con ella. Espero que sea tu última hipocresía. Ojalá vuelvas con mejores noticias para mí. Sé que así será... ahora que has cumplido tu deber. Buenas noches, John. *(Retrocede hacia la izquierda con la mano en alto, despidiéndose.)* Nada temas. Yo te salvaré mañana. *(Al mismo tiempo que se vuelve para salir.)* De ti mismo te salvaré. *(Vase.)*

(Proctor queda solo, aterrado. Toma su linterna, y hace mutis, lentamente, mientras las luces se apagan y cae el

TELÓN

ACTO TERCERO

Segundo cuadro

La sacristía de la capilla de Salem, que ahora sirve de antesala de la Corte General. Al levantarse el telón, la habitación está vacía. Solamente entra el sol por las dos altas ventanas del foro. La pieza es solemne, hasta imponente. Pesadas vigas sobresalen y tablones de diversa anchura constituyen las paredes. Hay dos puertas a *la derecha, que llevan a la capilla misma, en donde se reúne el tribunal. A la izquierda, otra puerta lleva al exterior.*

Hay un banco simple a la izquierda, y otro a la derecha. En el centro, una mesa más bien larga, para las reuniones, con banquillos y un sillón de considerables dimensiones arrimados a ella.

A través de la pared divisoria, a la derecha, oímos la voz de un Fiscal Acusador, el Juez Hathorne, preguntando algo; luego, una voz de mujer, la de Martha Corey, replicando.

VOZ DE HATHORNE: Y bien, Martha Corey, hay abundantes pruebas en nuestro poder que demuestran que te has entregado a la adivinación de la suerte. ¿Lo niegas?

VOZ DE MARTHA: Soy inocente. Ni siquiera sé lo que es una bruja.

VOZ DE HATHORNE: ¿Cómo sabes, entonces, que no lo eres?

VOZ DE MARTHA: Si lo fuera lo sabría.

VOZ DE HATHORNE: ¿Por qué dañas a estos niños?

VOZ DE MARTHA: ¡No los daño! ¡Es despreciable!

VOZ DE GILES COREY *(rugiendo):* ¡Tengo nuevas pruebas para el tribunal!

(Las voces del pueblo se elevan, excitadas.)

VOZ DE DANFORTH: ¡Ocupad vuestros sitios!

VOZ DE GILES: ¡Thomas Putnam roba tierras!

VOZ DE DANFORTH: ¡Alguacil, llevaos a ese hombre!

VOZ DE GILES: ¡Estáis oyendo mentiras, no más que mentiras!

(Un rugido se eleva del público.)

VOZ DE HATHORNE: ¡Arrestadlo, Excelencia!

VOZ DE GILES: ¡Tengo pruebas! ¿Por qué no queréis escuchar mis pruebas?

(Se *abre la puerta y Giles es prácticamente transportado dentro de la sacristía por Herrick.)*

GILES: ¡Quita tus manos, maldito seas! ¡Déjame!

HERRICK: ¡Giles, Giles!

GILES: ¡Fuera de mi camino, Herrick! Traigo pruebas...

HERRICK: ¡Tú no puedes entrar ahí, Giles; es un tribunal!

(Entra Hale por la derecha.)

HALE: Por favor, calmaos un momento.

GILES: Vos, señor Hale, entrad y pedid que yo hable.

HALE: Un momento, señor, un momento.

GILES: ¡Colgarán a mi mujer!

(Entra el Juez Hathorne de Salem. De unos sesenta y tantos años, es desagradable, insensible a los remordimientos.)

HATHORNE: ¿Cómo os atrevéis a entrar rugiendo en esta Corte! ¿Os habéis vuelto loco, Corey?

GILES: No sois ningún juez de Boston todavía, Hathorne. ¡No me llaméis loco!

(Entra el Comisionado del Gobernador, Danforth, y, tras él, Ezekiel Cheever y Parris. Al entrar, se hace el silencio. Danforth es *un hombre serio, de unos sesenta y cinco años, con cierto humor y sofisticación que, sin embargo, no interfieren con su precisa lealtad a su posición y a su causa. Se aproxima a Giles, que aguarda su ira.)*

DANFORTH *(mirando directamente a Giles):* ¿Quién es este hombre?

PARRIS: Giles Corey, señor, el litigante más...

GILES *(a Parris):* ¡Es a mí a quien pregunta, y soy lo bastante viejo como para contestar yo mismo! *(A Danforth, quien lo impresiona y a quien sonríe a pesar de su violencia):* Mi nombre es Corey, señor, Giles Corey. Tengo doscientas hectáreas y además tengo madera. La que estáis condenando ahora es mi mujer. *(Indica la sala de la Corte.)*

DANFORTH: ¿Y cómo creéis que un alboroto tan despreciable puede ayudarla? Retiraos. Sólo vuestra edad os salva de la cárcel.

GILES *(comienza a alegar):* Se dicen mentiras de mi mujer, señor, yo...

DANFORTH: ¿Es que pretendéis decidir vos qué es lo que esta Corte creerá y qué es lo que desechará?

GILES: Vuestra Excelencia, no queríamos ser irrespetuosos hacia...

DANFORTH: ¡Irrespetuosos decís! ¡Profanadores, señor! Esta es la más alta Corte del Superior Gobierno de esta Provincia, ¿lo sabéis?

GILES *(comenzando a llorar):* Vuestra Excelencia, sólo dije que ella leía libros, señor, y vienen y se la llevan de casa por...

DANFORTH *(extrañado):* ¡Libros! ¿Qué libros?

GILES *(entre incontenibles sollozos):* Es mi tercera esposa, señor, nunca tuve una mujer tan prendada de los libros, y pensé que debía encontrar la causa de ello, comprendéis, pero no era de bruja que yo la acusaba. *(Llora abiertamente..)* Le he quitado apoyo a esa mujer, le he quitado mi apoyo. *(Se cubre la cara, avergonzado.Danforth se mantiene respetuosamente silencioso.)*

HALE: Excelencia, él sostiene poseer importantes pruebas para la defensa de su mujer. Creo que, con toda justicia, deberíais...

DANFORTH: Pues que presente sus pruebas en declaración jurada. Conocéis bien nuestros procedimientos aquí, señor Hale. *(A Herrick):* Despejad esta habitación.

HERRICK: Vamos, Giles. *(Empuja suavemente a Corey juera de la habitación.)*

FRANCÍS: Estamos desesperados, señor; hace tres días que venimos y no logramos ser escuchados.

DANFORTH: ¿Quién es este hombre?

FRANCIS: Francis Nurse, Vuestra Excelencia.

HALE: Su mujer, Rebecca, fue condenada esta mañana.

DANFORTH: ¡El mismo! Estoy sorprendido de encontraros en tal

tumulto. Sólo tengo buenos informes acerca de vuestro carácter, señor Nurse.

HATHORNE: Creo que ambos deberían ser arrestados por desacato, señor.

DANFORTH *(a Francis):* Escribid vuestra defensa, y a su debido tiempo yo...

FRANCIS: Excelencia, tenemos pruebas para vos; Dios no permita que cerréis vuestros ojos ante ellas. Las muchachas, señor, las muchachas son un fraude.

DANFORTH: ¿Cómo es eso?

FRANCIS: Tenemos prueba de ello, señor. Os engañan todas ellas.

(Danforth es sacudido por esto pero observa atentamente a Francis.)

HATHORNE: ¡Esto es desacato, señor, desacato!

DANFORTH: Paz, juez Hathorne. ¿Sabéis quien soy, señor Nurse?

FRANCIS: Ya lo creo, señor, y creo que debéis ser un juez sabio para ser lo que sois.

DANFORTH: ¿Y sabéis que desde Marblehead hasta Lynn hay cerca de cuatrocientos en las cárceles, y con mi firma?

FRANCIS: Yo...

DANFORTH: ¿Y setenta y dos condenados a la horca con esa firma?

FRANCIS: Excelencia, nunca hubiera soñado decir esto a tan importante juez, pero os están engañando.

(Entra Giles Corey por la izquierda. Todos se vuelven para ver

mientras él invita a entrar a Mary Warren con Proctor. Mary mantiene la mirada en el suelo; Proctor la lleva del codo, como si ella estuviera por desplomarse.)

PARRIS *(al verla, pasmado):* ¡Mary Warren! *(Va directamente a inclinarse sobre el rostro de ella):* ¿Qué vienes hacer aquí?

PROCTOR *(alejando a Parris con un suave pero firme movimiento de protección para ella):* Quiere hablar con el Comisionado del Gobernador.

DANFORTH *(pasmado por esto, encara a Herrick):* ¿No me habíais dicho que Mary Warren estaba enferma, en cama?

HERRICK: Lo estaba, Vuestra Merced. Cuando fluí a buscarla para traerla ante el tribunal, la semana pasada, dijo estar enferma.

GILES: Ha estado luchando con su alma toda la semana, Vuestra Merced; viene ahora a decir la verdad de todo esto.

DANFORTH: ¿Quién es éste?

PROCTOR: John Proctor, señor. Elizabeth Proctor es mi mujer.

PARRIS: Cuidado con este hombre, Excelencia, este hombre es dañino.

HALE *(excitado):* Creo que debéis escuchar a la niña, señor, ella...

DANFORTH *(quien se ha interesado mucho* en *Mary Warren, sólo levanta una mano hacia Hale):* Paz. ¿Qué quieres decirnos, Mary Warren?

(Proctor la mira, pero ella no puede hablar.)

PROCTOR: Nunca vio ningún espíritu, señor.

DANFORTH *(con gran alarma y sorpresa, a Mary):* ¡Nunca vio

ningún espíritu!

GILES *(ansiosamente):* Jamás.

PROCTOR *(hurgando en el bolsillo de su chaqueta) :* Ella ha firmado un testimonio, señor...

DANFORTH *(instantáneamente):* No, no, no acepto testimonios. *(Está midiendo rápidamente la situación; se vuelve a Proctor):* Decidme, señor Proctor, ¿habéis diseminado la noticia en el pueblo?

PROCTOR: No, señor, no lo hemos hecho.

PARRIS: ¡Han venido a derrocar el tribunal, señor! Este hombre es...

DANFORTH: Os ruego, señor Parris. Sabéis, señor Proctor, que todo lo que el Estado sostiene en este caso es que el Cielo está hablando por boca de estas niñas.

PROCTOR: Lo sé, señor.

DANFORTH *(piensa, mirando fijamente a Proctor, y luego se vuelve a Mary Warren):* Y tú, Mary Warren, ¿cómo es que te dió por acusar a las gentes culpándolas de enviar sus espíritus contra ti?

MARY: Era en broma, señor.

DANFORTH: No te oigo.

PROCTOR: Dice que era en broma.

DANFORTH: ¿Sí? ¿Y las demás muchachas? ¿Susanna Walcott, y... las otras? ¿También ellas bromean?

MARY: Sí, señor.

DANFORTH *(con ojos dilatados):* ¿Realmente? *(Está desorien-*

tado. Se vuelve para estudiar el rostro de Proctor.)

PARRIS *(sudando):* ¡Excelencia, no iréis a creer que una mentira tan vil puede exponerse ante el tribunal!

DANFORTH: Claro que no, pero me impresiona mucho que se atreva ella a venir hasta aquí mismo con tal cuento. Veamos, señor Proctor, antes de que decida si os escucharé o no, es mi deber deciros esto: es una hoguera viva la que aquí tenemos; sus llamas derriten todo fingimiento.

PROCTOR: Lo sé, señor.

DANFORTH: Permitidme continuar. Comprendo bien que la ternura de un marido pueda llevarlo hasta la extravagancia en defensa de su esposa. ¿Estáis íntimamente seguro, señor, de que vuestra prueba es verdad?

PROCTOR: Lo es. Y sin duda vos la veréis.

DANFORTH: ¡Y pensabais hacer esta revelación declarándola en la Corte, ante el público!

PROCTOR: Eso pensaba, sí... con vuestra licencia.

DANFORTH *(entrecerrando los ojos):* Y bien, señor, ¿cuál es vuestro propósito al hacerlo?

PROCTOR: Pues así daría libertad a mi mujer, señor.

DANFORTH: ¿No acecha en parte alguna de vuestro corazón, ni se esconde en vuestro espíritu, ningún deseo de minar este tribunal?

PROCTOR *(con un casi imperceptible balbuceo):* Pues, no, señor.

CHEEVER *(se aclara la garganta, "despertando")* Yo... Vuestra Excelencia.

DANFORTH: Señor Cheever.

CHEEVER: Creo que es mi deber, señor... *(Amablemente, a Proctor):* No lo negarás, John. *(A Danforth):* Cuando fuimos a detener a su mujer, él maldijo al tribunal y rasgó la orden de arresto.

PARRIS: ¡Ahí lo tenéis!

DANFORTH: ¿Hizo eso, señor Hale?

HALE *(respira hondo):* Sí, lo hizo.

PROCTOR: Fue un arranque, señor. No sabía lo que hacía.

DANFORTH *(estudiándolo):* Señor Proctor.

PROCTOR: Sí, señor.

DANFORTH *(directamente a sus ojos):* ¿Habéis visto alguna vez al Diablo?

PROCTOR: No, señor.

DANFORTH: ¿Sois en todos los aspectos un buen cristiano?

PROCTOR: Lo soy, señor.

PARRIS: ¡Un cristiano tal que no viene a la iglesia más que una vez al mes!

DANFORTH *(contenido...; le pica la curiosidad):* ¿No viene a la iglesia?

PROCTOR: Yo... no siento amor alguno por el señor Parris. No es ningún secreto. Pero a Dios sí lo amo.

CHEEVER: Ara la tierra los domingos, señor.

DANFORTH: ¡Ara los domingos!

CHEEVER *(disculpándose):* Creo que son pruebas, John. Soy funcionario del tribunal, y no puedo callarlo.

PROCTOR: Yo... he arado una o dos veces en día domingo. Tengo tres hijos, señor, y hasta el año pasado mi tierra rendía poco.

GILES: A decir verdad, encontraréis otros cristianos que aran los domingos.

HALE: Vuestra Merced, no me parece que podáis juzgar al hombre en base a tal prueba.

DANFORTH: Nada juzgo. *(Pausa. Continúa mirando a Proctor, que trata de devolverle la mirada.)* Os digo sin rodeo, señor...; he visto maravillas en esta Corte. He visto ante mis ojos gente asfixiada por espíritus; los he visto atravesados por alfileres y acuchillados por dagas. No tengo, hasta este instante, la mínima razón para sospechar que las niñas me engañan. ¿Entendéis lo que quiero decir?

PROCTOR: Excelencia, ¿no os extraña que tantas de estas mujeres hayan vivido tanto tiempo con tan limpias reputaciones y... ?

PARRIS: ¿Leéis el Evangelio, señor Proctor?

PROCTOR: Leo el Evangelio.

PARRIS: No os creo; pues si no, sabríais que Caín era un hombre recto, y sin embargo mató a Abel.

PROCTOR: Sí, es Dios quien nos dice eso. *(A Danforth.)* Pero ¿quién es el que nos dice que Rebecca Nurse asesinó a siete criaturas soltando sobre ellas su espíritu? Son sólo estas chicas, y ésta jurará que os mintió.

(Danforth medita, luego llama a Hathorne. Hathorne se inclina y él le habla al oído. Hathorne asiente.)

HATHORNE: Sí, es ella misma.

DANFORTH: Señor Proctor, esta mañana vuestra esposa me envió una petición diciendo estar encinta.

PROCTOR: ¡Mi mujer encinta!

DANFORTH: No hay señal de ello; hemos examinado su cuerpo.

PROCTOR: ¡Pero si dice estar encinta, debe estarlo! Esa mujer jamás mentirá, señor Danforth.

DANFORTH: ¿No mentirá?

PROCTOR: Jamás, señor, jamás.

DANFORTH: Lo hemos considerado demasiado conveniente para ser creído. Sin embargo, si os dijera que la retendríamos otro mes; y que si comienza a manifestar los síntomas naturales, la tendríais viviendo aún otro año, hasta que diera a luz... ¿qué diríais de eso? *(John Proctor queda mudo.)* Vamos. Decís que vuestro único propósito es salvar a vuestra mujer. Pues bien, por este año, al menos, está a salvo, y un año es largo. ¿Qué decís, señor? Trato hecho. *(En conflicto consigo mismo, Proctor mira a Francis y a Giles.)* ¿Levantáis vuestra acusación?

PROCTOR: Yo... creo que no puedo.

DANFORTH *(una imperceptible dureza en su voz):* Vuestro propósito es, pues, algo más vasto.

PARRIS: ¡Ha venido a deponer el tribunal, Vuestra Señoría!

PROCTOR: Estos son mis amigos. Sus esposas también están acusadas...

DANFORTH *(de modo repentinamente vivo):* No os juzgo, señor. Estoy listo para escuchar vuestra prueba.

PROCTOR: No vengo a dañar al tribunal; sólo...

DANFORTH *(cortándolo):* Alguacil, entrad en la Corte y decid al Juez Stoughton y al Juez Sewall que pasen a cuarto intermedio por una hora. Y que vayan a la taberna, si lo desean. Todos los

testigos y prisioneros quedarán en el edificio.

HERRICK: Sí. señor. *(Con gran deferencia.)* Si se me permite decirlo así, señor, he conocido a este hombre toda mi vida. Es un hombre bueno, señor.

DANFORTH *(lo que le molesta es cómo eso se refleja en él mismo):* No me caben dudas, alguacil. *(Herrick asiente y sale.)* Ahora bien, ¿qué testimonio tenéis para nosotros, señor Proctor? Y os ruego ser claro, limpio como el Cielo y honesto.

PROCTOR *(extrayendo algunos papeles):* No soy abogado, y trataré...

DANFORTH: Los líos de corazón no necesitan abogado. Continuad a vuestro gusto.

PROCTOR *(entregando un papel a Danforth):* ¿Queréis leer esto primero, señor? Es una especie de testimonio. La gente que lo firma declara su buena opinión sobre Rebecca y mi esposa y Martha Corey. *(Danforth mira el papel.)*

PARRIS *(tratando de aprovechar el sarcasmo* de *Danforth):* ¡Su buena opinión! *(Pero Danforth sigue leyendo y Proctor se siente alentado.)*

PROCTOR: Estos son todos agricultores propietarios, miembros de la Iglesia. *(Con delicadeza, tratando de señalar un párrafo):* Si observáis, señor..., han conocido a las mujeres por muchos años y jamás vieron señales de que hubiesen traficado con el Diablo.

(Parris se acerca nerviosamente y lee por sobre el hombro de Danforth.)

DANFORTH *(examinando una larga lista):* ¿Cuántos nombres hay aquí?

FRANCIS: Noventa y uno, Excelencia.

PARRIS *(sudando):* Esta gente debiera ser convocada. *(Danforth lo mira, interrogante.)* Para interrogarlos.

FRANCIS *(temblando de ira):* Señor Danforth, les he dado a todos mi palabra de que ningún mal les ocurriría por firmar esto.

PARRIS: ¡Esto es claramente un ataque al tribunal!

HALE *(a Parris, tratando de contenerse):* ¿Es que toda defensa es un ataque al tribunal? ¿Es que nadie puede...?

PARRIS: Toda aquella gente que es inocente y cristiana se alegra de que haya tribunales en Salem. En cambio, esta gente está triste. *(A Danforth directamente.)* Y creo que queréis saber de boca de todos y cada uno de ellos, qué es lo que de vos no les place.

HATHORNE: Creo que debieran ser examinados, señor.

DANFORTH: No es necesariamente un ataque, creo. Sin embargo...

FRANCIS: Son todos cristianos devotos, señor.

DANFORTH: Entonces estoy seguro de que nada tendrán que temer. *(Entrega el papel a Cheever.)* Señor Cheever, haced extender órdenes de arresto para todos éstos, arrestos para indagatoria. *(A Proctor.)* Ahora bien, señor, ¿qué otra información tenéis para nosotros? *(Francis, horrorizado, está aún de pie.)* Podéis sentaros, señor Nurse.

FRANCIS: He traído trastornos para esta gente: yo he...

DANFORTH: No, abuelo, no habéis herido a esta gente si son de buena moral. Pero debéis entender, señor, que una persona está con este tribunal o si no debe considerarse que está en su contra, no hay términos medios. Este es un momento bien definido, un

momento preciso...; ya no vivimos en el oscuro atardecer en que el mal se mezclaba con el bien y confundían al mundo. Ahora, gracias a Dios, ha salido el sol radiante y aquellos que no temen la luz, sin duda lo alabarán. Espero que seréis uno de ellos. *(Mary Warren de pronto solloza.)* Por lo que veo, no se siente bien.

PROCTOR: No, no está bien, señor. *(A Mary, inclinándose hacia ella, teniéndole la mano, con calma.)* Recuerda ahora lo que el ángel Rafael le dijo a Tobías, recuérdalo.

MARY *(casi inaudible):* Sí...

PROCTOR: "Sólo harás el bien y ningún mal recaerá sobre ti".

MARY: Sí.

DANFORTH: Vamos, hombre, os aguardamos.

(Vuelve el alguacil Herrick y retoma su puesto junto a la puerta.)

GILES: Mi testimonio, John, entrégale el mío.

PROCTOR: Sí. *(Le entrega otro papel a Danforth.)* Este es el testimonio del señor Corey.

DANFORTH: Ah, ¿sí? *(Lo examina. Hathorne se acerca desde atrás y lee con él.)*

HATHORNE *(suspicazmente):* ¿Qué abogado redactó esto, Corey?

GILES: Bien sabéis que jamás tomé un abogado en mi vida, Hathorne.

DANFORTH *(terminando de leer)*: Muy bien escrito. Mis congratulaciones. Señor Parris, si el señor Putnam está en la Corte, ¿tendríais a bien traerlo? *(Hathorne toma el testimonio y va hacia la ventana. Parris va a la sala del tribunal.)* ¿No tenéis

ninguna preparación legal, señor Corey?

GILES *(muy orondo):* La mejor, señor... Treinta y tres veces he estado ante tribunales en mi vida. Y siempre he sido el demandante.

DANFORTH: Ah, entonces sois muy irritable.

GILES: No soy irritable; conozco mis derechos, señor, y los haré valer. Sabéis, vuestro padre juzgó un caso mío...; quizás haga ya treinta y cinco años de ello, creo.

DANFORTH: Ah, ¿sí?

GILES: ¿Nunca os habló de ello?

DANFORTH: No, no puedo recordarlo.

GILES: Es raro; me dió nueve libras por daños. Era un juez justo vuestro padre. Porque veréis: tenía yo una yegua blanca entonces y un tipo vino a que le preste la yegua... *(Entra Parris con Thomas Putnam. Cuando lo ve a Putnam, Giles pierde su desembarazo; se pone duro.)* Ah, ahí está.

DANFORTH: Señor Putnam, tengo aquí una acusación del señor Corey en contra vuestra. Declara que fríamente habéis incitado a vuestra hija a acusar de brujería a George Jacobs quien está ahora en la cárcel.

PUTNAM: Es mentira.

DANFORTH *(volviéndose a Giles):* El señor Putnam afirma que vuestro cargo es falso. ¿Qué respondéis a eso?

GILES *(furioso, sus puños crispados):* ¡Un pedo para Thomas Putnam, eso es lo que respondo!

DANFORTH: ¿Qué prueba presentáis con vuestra acusación, señor?

GILES: ¡Ahí está mi prueba! *(Señalando el papel.)* Si Jacobs es colgado por brujo, pierde derecho a sus propiedades...; ¡esa es la ley! Y no hay nadie más que Putnam con dinero para comprar semejante extensión. ¡Este hombre mata a sus vecinos por sus tierras!

DANFORTH: ¡Pero la prueba, señor, la prueba!

GILES *(señalando su testimonio):* ¡La prueba está ahí! ¡La obtuve de un hombre honesto que oyó decirlo así a Putnam! El día que su hija acusó a Jacobs, dijo que con eso ella le había hecho un buen regalo de tierras.

HATHORNE: ¿Y el nombre de este hombre?

GILES *(sorprendido):* ¿Qué nombre?

HATHORNE: Del hombre que os dio tal información.

GILES *(duda, luego):* Pues, yo... no puedo daros su nombre.

HATHORNE: ¿Y por qué no?

GILES (duda, *luego explota)*: ¡Vos sabéis bien por qué no! ¡Irá a parar a la cárcel si os doy su nombre!

HATHORNE: ¡Esto es desacato al tribunal, señor Danforth!

DANFORTH *(para evitar eso)*: Sin duda, nos diréis su nombre.

GILES: No os daré ningún nombre. Mencioné el nombre de mi mujer una vez y ya por ello arderé bastante en el Infierno. Me quedo mudo.

DANFORTH: En ese caso, no tengo más alternativa que arrestaros por desacato a la Corte, ¿sabéis eso?

GILES: Esto es una audiencia; no podéis encerrarme por desacato a una audiencia.

DANFORTH: ¡Ah, es un buen abogado! ¿Deseáis que declare al tribunal en sesión aquí mismo? ¿O me responderéis debidamente?

GILES *(vacilante):* No puedo daros ningún nombre, señor, no puedo.

DANFORTH: Sois un viejo tonto. Señor Cheever, comenzad el acta. La Corte está en sesión. Os pregunto, señor Corey...

PROCTOR *(entrometiéndose):* Vuestra Honorabilidad ..., le han dado la historia confidencialmente, señor, y él...

PARRIS: ¡El Diablo participa de tales confidencias! *(A Danforth):* ¡Sin confidencias no habría conspiración, Vuestra Merced!

HATHORNE: Creo que hay que destruirla, señor.

DANFORTH *(a Giles):* Viejo, si vuestro informante dice la verdad, que venga aquí, abiertamente, como un hombre decente. Mas si se esconde en el anónimo, debo saber por qué. Y bien, señor, el gobierno y la Iglesia central os exigen el nombre de quien denunció al señor Thomas Putnam como vulgar asesino.

HALE: Excelencia...

DANFORTH: Señor Hale.

HALE: No podemos continuar ignorándolo. En la comarca hay un inmenso temor a este tribunal...

DANFORTH: Entonces hay una inmensa culpa en la comarca. ¿Tenéis VOS miedo de ser interrogado aquí?

HALE: Yo sólo puedo temer al Señor, Excelencia, pero con todo, hay miedo en la comarca.

DANFORTH *(iracundo ahora):* ¡No me reprochéis el miedo en la

comarca! ¡En la comarca hay miedo porque en la comarca hay una conspiración en marcha para derrocar a Cristo!

HALE: Pero eso no quiere decir que todo aquel que sea acusado forma parte de ella.

DANFORTH: ¡Ningún hombre incorrupto puede temer a este tribunal, señor Hale! ¡Ninguno! *(A Giles):* Estáis arrestado por desacato a este tribunal. Ahora sentaos y consultad con vos mismo, o seréis enviado a la cárcel hasta tanto decidáis contestar a todas las preguntas.

(Giles Corey se lanza hacia Putnam. Proctor se arroja y lo contiene.)

PROCTOR: ¡No, Giles!

GILES *(por sobre el hombro de Proctor, a Putnam):* ¡Te cortaré el pescuezo, Putnam, todavía voy a matarte!

PROCTOR *(forzándolo a sentarse):* Paz, Giles, paz. *(Lo suelta.)* Les probaremos nuestra veracidad. Ahora sí. *(Comienza a tornarse hacia Danforth.)*

GILES: No digas nada más, John. *(Señalando a Danforth):* ¡Sólo juega contigo! ¡Su intención es ahorcarnos a todos!

(Mary Warren prorrumpe en sollozos.)

DANFORTH: Esto es una corte de justicia, señor. ¡No permitiré afrentas aquí!

PROCTOR: Perdonadle, señor, por su edad. Paz, Giles, ahora lo probaremos todo. *(Levanta el mentón de Mary.)* No puedes llorar, Mary. Recuerda al ángel, lo que le dijo al niño. Aférrate a ello ahora, ahí está tu salvación. *(Mary se tranquiliza. El extrae un papel y se vuelve a Danforth.)* Este es el testimonio de Mary Warren. Yo... yo os pediría que recordéis, señor, al leerlo, que

hasta hace dos semanas ella no era diferente de como son hoy las otras niñas. *(Habla razonablemente, conteniendo todos sus temores, su ira, su ansiedad.)* La visteis gritar, aulló, juró que espíritus familiares la sofocaban; hasta atestiguó que Satán, bajo la forma de mujeres que ahora están en la cárcel, trató de ganar su alma y luego, cuando ella rehusó...

DANFORTH: Sabemos todo eso.

PROCTOR: Sí, señor. Ella jura ahora que jamás vio a Satán; ni espíritu alguno, vago o nítido, que haya podido mandar Satán para herirla. Y declara que sus amigas mienten ahora.

(Proctor se adelanta a darle el testimonio a Danforth, cuando Hale se acerca a éste, tembloroso.)

HALE: Excelencia, un momento. Creo que esto va al nudo de la cuestión.

DANFORTH *(con profunda aprensión):* Sin lugar a dudas.

HALE: No puedo decir si es un hombre honesto; lo conozco poco. Pero en honor a la justicia, señor, una demanda de tanto peso no puede ser argüida por un campesino. Por amor de Dios, señor, deteneos aquí; enviadlo a casa y que regrese con un abogado...

DANFORTH *(pacientemente):* Escuchad, señor Hale...

HALE: Excelencia, he firmado setenta y dos sentencias de muerte; soy un ministro del Señor y no me atrevo a tomar una vida sin que haya una prueba tan inmaculada que no la ponga en duda ni el menor escrúpulo de conciencia.

DANFORTH: Señor Hale, me imagino que no dudáis de mi justicia.

HALE: He condenado esta mañana, con mi firma, el alma de

Rebecca Nurse, Vuestra Honorabilidad. ¡No quiero ocultarlo, mi mano aun tiembla como si estuviese herida! Os ruego, señor, ESTE alegato dejad que sean abogados quienes lo presenten.

DANFORTH: Señor Hale, creedme; para ser un hombre tan grandemente ilustrado, estáis muy confundido. ..; espero me disculpéis. He estado treinta y dos años en el foro, señor, y me sentiría azorado si me llamasen a defender a esta gente. Considerad ahora... *(a Proctor y los otros):* y os ruego que hagáis lo mismo. En un crimen ordinario, ¿cómo hace uno para defender al acusado? Uno llama testigos para probar su inocencia. Pero la brujería es "ipso facto", por sus rasgos y su naturaleza, un crimen invisible, ¿no es así? Por consiguiente, ¿quién puede lógicamente ser testigo de él? La bruja y la víctima. Nadie más. Ahora, no podemos esperar que la bruja se acuse a sí misma, ¿conforme? Por consiguiente debemos fiarnos de sus víctimas. Y ellas sí que dan fe, las niñas ciertamente dan fe. En cuanto a las brujas, nadie negará que estamos extremadamente ansiosos por todas sus confesiones. Por consiguiente, ¿qué es lo que le queda a un abogado por demostrar? Creo haberme explicado, ¿no es así?

HALE: Pero esta criatura sostiene que las muchachas no son veraces y si no lo son...

DANFORTH: Eso es precisamente lo que estoy por considerar, señor. ¿Qué más podéis pedir de mí? ¡A menos que dudéis de mi probidad!

HALE *(derrotado):* ¡Es claro que no, señor! Consideradlo, pues.

DANFORTH: Y vos tranquilizad vuestros temores. Ese testimonio, señor Proctor. *(Proctor se lo entrega. Hathorne se levanta, se ubica al lado de Danforth y comienza a leer. Parris se ubica del otro lado. Danforth mira a John Proctor y comienza a leer. Hale se levanta, busca un sitio junto al Juez y lee también.*

Proctor mira a Giles. Francis reza en silencio, las manos juntas. Cheever aguarda plácidamente, en el papel del sublime funcionario cumplidor. Mary Warren solloza una vez. John Proctor le toca la cabeza, tranquilizador. Ahora Danforth levanta la vista, se pone de pie, extrae un pañuelo y se suena la nariz. Los demás se hacen a un lado, mientras él se acerca pensativo a la ventana.)

PARRIS *(a duras penas conteniendo su ira y miedo):* Yo quisiera interrogar...

DANFORTH *(primer arranque verdadero en el cual no quedan dudas de su desprecio por Parris):* ¡Señor Parris, os mando que os calléis! *(Queda en silencio, mirando por la ventana. Habiendo establecido que él marcará el paso):* Señor Cheever, ¿queréis entrar en la Corte y traer aquí a las niñas? *(Cheever se levanta y sale por el foro. Danforth se vuelve a Mary):* Mary Warren, ¿cómo has venido a dar semejante vuelco? ¿Te ha amenazado el señor Proctor para conseguir este testimonio?

MARY: No, señor.

DANFORTH: ¿Te amenazó alguna vez?

MARY *(más débil):* No, señor.

DANFORTH *(percibiendo un debilitamiento):* ¿Te amenazó él?

MARY: No, señor.

DANFORTH: ¿Me dices, entonces, que has comparecido ante mi tribunal mintiendo fríamente mientras sabías que, por esa declaración, gente sería colgada? *(Ella no contesta.)* ¡Respóndeme!

MARY *(casi inaudible):* Sí, señor.

DANFORTH: ¿Cómo te han instruido en tu vida? ¿No sabes que

Dios condena a todos los mentirosos? *(Ella no puede hablar.)* ¿O es ahora cuando mientes?

MARY: No, señor... Estoy con Dios ahora

DANFORTH: Estás con Dios ahora.

MARY: Sí, señor.

DANFORTH *(conteniéndose):* Te diré esto... O mientes ahora, o mentías en la Corte, y en cualquier caso has incurrido en perjurio y por ello irás a la cárcel. No puedes decir con tanta ligereza que mentiste, Mary. ¿Sabes eso?

MARY: No puedo mentir más. Estoy con Dios, estoy con Dios.

(Pero prorrumpe en sollozos al pensarlo, y se abre la puerta derecha por la que entran Susanna Walcott, Mercy Lewis, Betty Parris y, finalmente, Abigail. Cheever se acerca a Danforth.)

CHEEVER: Ruth Putnam no está en la Corte, señor, ni tampoco las otras niñas.

DANFORTH: Estas serán suficientes. Sentaos, niñas. *(Se sientan en silencio.)* Vuestra amiga, Mary Warren nos ha dado un testimonio. En el cual ella jura que jamás vio demonios familiares, aparecidos, ni ninguna otra manifestación del Diablo. Además sostiene que ninguna de vosotras ha visto estas cosas, tampoco. *(Breve pausa.)* Y bien, niñas, éste es un tribunal de justicia. La ley, basada en la Biblia, y la Biblia escrita por Dios Todopoderoso, prohíben la práctica de la brujería y señalan la muerte como la pena correspondiente. Pero del mismo modo, niñas, la ley y la Biblia condenan a todo portador de falso testimonio. *(Breve pausa.)* Bien. No dejo de percibir que este testimonio pudo haber sido ideado para cegarnos; puede muy bien ser que Mary Warren haya sido conquistada por Satán, quien la manda aquí para distraernos de nuestro sagrado propósito. Si es así, su cuello pagará por ello. Pero si dice la

verdad, deponed vuestra fábula, os ruego, y confesad vuestra simulación, pues una confesión rápida os será de más leves consecuencias. *(Pausa.)* Abigail Williams, levántate. *(Abigail se levanta lentamente.)* ¿Hay algo de verdad en esto?

ABIGAIL: No, señor.

DANFORTH *(piensa, mira a Mary, luego nuevamente a Abigail):* Niñas, una sonda omnividente será introducida en vuestras almas hasta que vuestra honestidad sea probada. ¿Alguna de vosotras quiere cambiar de idea ahora, o queréis forzarme a un duro interrogatorio?

ABIGAIL: Nada tengo que cambiar, señor. Ella miente.

DANFORTH *(a Mary):* ¿Quieres aún continuar con esto?

MARY *(débilmente):* Sí, señor.

DANFORTH *(volviéndose a Abigail):* En la casa del señor Proctor se descubrió un muñeco, atravesado por una aguja. Mary Warren sostiene que tú estabas sentada junto a ella en la Corte cuando ella lo hizo, y que tú la viste hacerlo y presenciaste cómo ella misma introdujo su aguja en el muñeco, para guardarla allí. ¿Qué tienes que decir a esto?

ABIGAIL *(con una leve nota de indignación):* Es mentira, señor.

DANFORTH *(luego de una breve pausa):* Mientras trabajabas para el señor Proctor, ¿viste algún muñeco en la casa?

ABIGAIL: La señora Proctor siempre tuvo muñecos.

PROCTOR: Vuestra Honorabilidad, mi mujer nunca tuvo muñecos. Mary Warren confiesa que ese muñeco era suyo.

CHEEVER: Vuestra Excelencia.

DANFORTH: ¡Señor Cheever!

CHEEVER: Cuando hablé con la señora Proctor en esa casa, ella dijo que nunca tenía muñecos. Pero dijo que sí los tuvo cuando era niña.

PROCTOR: Vuestra Merced, hace quince años que ella dejó de ser niña.

HATHORNE: Pero un muñeco se conserva quince años, ¿no es así?

PROCTOR: ¡Se conserva si se lo conserva! Pero Mary Warren jura que nunca vio muñecos en mi casa, como no los vio nadie.

PARRIS: ¿Por qué no podía haber muñecos escondidos en donde nadie los viera?

PROCTOR *(furioso):* Puede también haber un dragón con cinco patas en mi casa, pero nadie lo ha visto.

PARRIS: Nosotros estamos aquí, Vuestra Excelencia, precisamente para descubrir aquello que nadie ha visto.

PROCTOR: Señor Danforth, ¿qué puede ganar esta niña desmintiéndose? ¿Qué puede ganar Mary Warren más que un duro interrogatorio o algo peor?

DANFORTH: Estáis acusando a Abigail Williams de un fabuloso y frío plan de asesinato, ¿entendéis eso?

PROCTOR: Lo entiendo, señor. Creo que asesinar es lo que se propone.

DANFORTH *(señalando a Abigail, incrédulo):* ¿Esta niña asesinaría a vuestra esposa?

PROCTOR: No es una niña. Escuchadme, señor. A la vista de la congregación ella fue echada dos veces de la capilla, este año, por reír durante la oración.

DANFORTH *(sacudido, volviéndose a Abigail):* ¿Qué es esto? ¡Reír durante...!

PARRIS: Excelencia, ella estaba bajo el influjo de Títuba entonces, pero ahora guarda compostura.

GILES: ¡Sí, ahora guarda compostura y sale a colgar gente!

DANFORTH: Silencio, hombre.

HATHORNE: Por cierto no tiene peso en este asunto, señor. Designio de asesinato es lo que denuncia.

DANFORTH: Sí. *(Estudia a Abigail un momento y luego):* Continuad, señor Proctor.

PROCTOR: Mary. Dile ahora al Gobernador cómo bailasteis en el bosque.

PARRIS *(instantáneamente):* Excelencia, desde que llegué a Salem este hombre ha estado ensuciando mi nombre. El...

DANFORTH: Un momento, señor. *(A Mary Warren, severamente y sorprendido.)* ¿Qué es esto del baile?

MARY: YO... *(Echa una ojeada a Abigail, quien la mira fijamente, sin remordimiento. Luego, suplicante, a Proctor.)* Señor Proctor...

PROCTOR *(yendo al grano):* Abigail lleva a las muchachas al bosque, Vuestra Merced, y ahí han bailado desnudas...

PARRIS: Vuestra Merced, esto...

PROCTOR *(inmediatamente):* El señor Parris las descubrió, él mismo, al morir la noche. ¡He ahí la "niña" que es ella!

DANFORTH *(esto se está convirtiendo en una pesadilla y él se vuelve, asombrado, a Parris):* Señor Parris...

PARRIS: Sólo puedo decir, señor, que jamás encontré a ninguna de ellas desnuda, y que este hombre es...

DANFORTH: Pero, ¿las descubristeis bailando en el bosque? *(Con los ojos fijos en Parris, señala a Abigail.)* ¿Abigail?

HALE: Excelencia, cuando recién llegué de Beverly, el señor Parris me lo había dicho.

DANFORTH: ¿Lo negáis, señor Parris?

PARRIS: No lo niego, señor, pero jamás vi a ninguna de ellas desnuda.

DANFORTH: ¿Pero ella *ha bailado?*

PARRIS *(sin voluntad):* Sí, señor.

(Danforth, como con ojos diferentes, mira a Abigail.)

HATHORNE: Excelencia, ¿me permitís? *(Señala a Mary Warren.)*

DANFORTH *(con gran preocupación):* Os ruego, proceded.

HATHORNE: Dices que no has visto ningún espíritu, Mary, que nunca has sido amenazada ni aquejada por ninguna manifestación del Diablo o de los enviados del Diablo.

MARY *(muy débilmente):* No, señor.

HATHORNE *(con aire de triunfo):* Y sin embargo, cuando la gente acusada de brujerías te enfrentaba ante la Corte, tú te desmayabas diciendo que sus espíritus salían de sus cuerpos y te sofocaban...

MARY: Era fingido, señor.

DANFORTH: No puedo oírte.

MARY: Fingido, señor.

PARRIS: Pero en realidad te helaste, ¿no es cierto? Yo mismo te levanté muchas veces y tu piel estaba helada. Señor Danforth, vos...

DANFORTH: He visto eso muchas veces.

PROCTOR: Ella sólo fingía desmayarse, Excelencia. Son todas maravillosas simuladoras.

HATHORNE: Entonces, ¿puede fingir desmayarse ahora?

PROCTOR: ¿Ahora?

PARRIS: ¿Por qué no? Ahora no hay espíritus que la ataquen, pues nadie en esta habitación está acusado de brujería. Pues que se torne fría ahora, que finja ser acosada ahora, que se desmaye. *(Volviéndose a Mary Warren.)* ¡Desmáyate!

MARY: ¿Que me desmaye?

PARRIS: Sí, desmáyate. Pruébanos cómo fingías tantas veces ante el tribunal.

MARY *(mirando a Proctor):* No... no puedo desmayarme ahora, señor.

PROCTOR *(alarmado, con calma):* ¿No puedes fingirlo?

MARY: Yo... *(Pareciera buscar la pasión necesaria para desvanecerse.)* No... no lo siento ahora... yo...

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Qué es lo que falta ahora?

MARY: Yo ... no podría decirlo, señor, yo...

DANFORTH: ¿Podría ser que aquí no tenemos ningún espíritu maligno suelto, pero que en la Corte había algunos?

MARY: Nunca vi ningún espíritu.

PARRIS: Entonces no veas espíritus ahora, y pruébanos que puedes desmayarte por tu propia voluntad, como sostienes.

MARY *(Clava la mirada, buscando la emoción necesaria, y sacude la cabeza):* No... no puedo hacerlo.

PARRIS: Entonces confesarás, ¿no es cierto? ¡Eran espíritus malignos los que te hicieron desmayar!

MARY: No, señor, yo...

PARRIS: ¡Vuestra Excelencia, ésta es una treta para cegar a la Corte!

MARY: ¡No es una treta! *(Se pone de pie.)* Yo... yo sabía desmayarme porque... yo creía ver espíritus.

DANFORTH: ¡*Creías* verlos!

MARY: Pero no los vi, Vuestra Honorabilidad.

HATHORNE: ¿Cómo podías creer verlos si no los veías?

MARY: Yo... yo no sé cómo, pero creí. Yo... oí a las otras chicas gritar, y a vos, Excelencia, vos parecíais creerles y yo... Era jugando, al principio, señor, pero luego todo el mundo gritaba espíritus, espíritus, y yo... yo os aseguro, señor Danforth, yo sólo creí que los veía, pero no los vi.

(Danforth la mira escrutadoramente.)

PARRIS *(sonriente, pero nervioso porque Danforth parece conmovido por el relato de Mary Warren):* Sin duda Vuestra Excelencia no se dejará engañar por esta simple mentira.

DANFORTH *(tornándose, preocupado, hacia Abigail):* Abigail. Te ruego que escudriñes tu corazón y me digas lo siguiente —y cuidado, criatura, que para Dios cada alma es preciosa y su venganza es terrible para aquellos que quitan la vida sin causa—

. Sería posible, hija, que los espíritus que tú hayas visto sean sólo ilusión, alguna decepción que te haya cruzado la mente cuando...

ABIGAIL: ¡Vamos...! Esto... esto es una pregunta ruin.

DANFORTH: Niña, quisiera que la considerases...

ABIGAIL: He sido herida, señor Danforth; he visto manar mi sangre. Casi he sido asesinada, día a día, por haber cumplido mi deber de señalar a los adictos del Diablo... ¿y ésta es mi recompensa? Ser sospechada, negada, interrogada como una...

DANFORTH *(debilitándose):* Hija, yo no desconfío de ti...

ABIGAIL *(en abierta amenaza):* Cuidaos vos mismo, señor Danforth. ¿Os creéis tan fuerte que el poder del Infierno no puede desarreglar *vuestro* juicio? ¡Cuidado! Allí hay... *(súbitamente, de una actitud acusadora, su cara se vuelve, y mira al aire, hacia arriba; está verdaderamente asustada).*

DANFORTH *(con aprensión):* ¿Qué es, criatura?

ABIGAIL *(paseando la mirada por el aire, abrazándose a sí misma, como si sufriese un escalofrío):* Yo... no sé. Una brisa, una brisa helada ha venido. *(Sus ojos van a parar a Mary Warren.)*

MARY *(horrorizada, suplicante):* ¡Abby!

MERCY *(temblando):* ¡Vuestra Excelencia, me hielo!

PROCTOR: ¡Están fingiendo!

HATHORNE *(tocando la mano de Abigail):* ¡Está fría, Vuestra Honorabilidad, tocadla!

MERCY *(a través de sus dientes que castañetean):* Mary, ¿eres tú quien me envía esta sombra?

MARY: ¡Señor, sálvame!

SUSANNA: ¡Me hielo, me hielo!

ABIGAIL *(temblando visiblemente):* ¡Una brisa, es una brisa!

MARY: ¡Abby, no hagas eso!

DANFORTH *(él mismo envuelto y ganado por Abigail):* Mary Warren, ¿la embrujas tú? ¡Te pregunto! ¿Tú le pasas tu espíritu?

(Con un grito histérico, Mary Warren comienza a correr, Proctor la agarra.)

MARY *(casi desplomándose):* Dejadme ir, señor Proctor, no puedo, no puedo...

ABIGAIL *(gritando al cielo):* ¡Oh, Padre Celestial, quítame esta sombra!

(Sin previo aviso, resueltamente, Proctor salta hacia Abigail, que está encogida, y tomándola de los cabellos la incorpora. Ella grita de dolor. Danforth, asombrado, grita: "¿Qué creéis que estáis haciendo?" y Hathorne y Parris, a su vez, "¡Quitadle las manos de encima!", y de todo esto surge la rugiente voz de Proctor.)

PROCTOR: ¡Cómo te atreves a llamar al Cielo! ¡Ramera! ¡Ramera!

(Herrick separa a Proctor de ella.)

HERRICK: ¡John!

DANFORTH: ¡Hombre! Hombre, qué es lo que...

PROCTOR *(sin aliento y agonizante):* ¡Es una ramera!

DANFORTH *(alelado)*: ¿Acusáis...?

ABIGAIL: ¡Señor Danforth, él miente!

PROCTOR: ¡Miradla! Ahora buscará un grito para apuñalarme con él, pero...

DANFORTH: ¡Probaréis esto! ¡Esto no pasará!

PROCTOR *(temblando, su vida derrumbándose a su alrededor):* Yo la he conocido, señor, yo la he conocido.

DANFORTH: Vos... ¿Vos sois libertino?

FRANCIS *(horrorizado):* John, tú no puedes decir tal...

PROCTOR: ¡Oh, Francis, quisiera que tuvieses algo de malo en ti, para que me conocieras! *(A Danforth):* Un hombre no echa a pique su buena reputación. Vos bien lo sabéis.

DANFORTH *(alelado):* ¿En... qué época? ¿En dónde?

PROCTOR (su *voz a punto de quebrarse, grande su vergüenza):* En el sitio apropiado... donde se acuestan mis animales. En la noche que puso fin a mi alegría, hace unos ocho meses. Ella entonces me servía, señor, en casa. *(Tiene que apretar los dientes para no llorar.)* Un hombre puede creer que Dios duerme, pero Dios lo ve todo, ahora lo sé. Os ruego, señor, os ruego..., vedla tal como es. Mi mujer, mi buena y amada esposa, poco después tomó a esta muchacha y la echó a la calle. Y siendo como es, un terrón de vanidad, señor... *(Está agobiado.)* Perdonadme, Excelencia, perdonadme. *(Enojado consigo mismo, vuelve la espalda al Comisionado por un momento. Luego, como si el grito fuese el único medio de expresión que le quedase.)* ¡Pretende brincar conmigo sobre la tumba de mi mujer! Y bien podría, puesto que fluí blando con ella. Dios me ayude, obedecí a la carne y en esos sudores queda hecha una promesa. Pero es la venganza de una ramera, y así tenéis que verlo; me pongo enteramente en vuestras manos. Sé que ahora habréis de verlo.

DANFORTH *(pálido, horrorizado, volviéndose a Abigail):* ¿Niegas esto, palabra por palabra, hasta el último ápice?

ABIGAIL: ¡Si debo contestar a eso, me retiraré y no regresaré!

(Danforth. parece inseguro.)

PROCTOR: ¡He hecho de mi honor una campana! He tañido la ruina de mi reputación. ¡Me creeréis a mí, señor Danforth! ¡Mi mujer es inocente, sólo que reconocía a una ramera cuando la veía!

ABIGAIL *(adelantándose a Danforth):* ¡Qué mirada es la vuestra! *(Danforth no puede hablar.)* ¡No permitiré tales miradas! *(Se vuelve y se encamina hacia la puerta.)*

DANFORTH: ¡Permanecerás en donde estás! *(Herrick le corta el paso. Ella se detiene junto a él, sus ojos despiden fuego.)* Señor Parris, id a la Corte y traed a la señora Proctor.

PARRIS *(objetando):* Vuestra Excelencia, todo esto es...

DANFORTH *(bruscamente, a Parris):* ¡Traedla! Y no le digáis una palabra de lo que aquí se ha hablado. Y golpead antes de entrar. *(Parris sale.)* Ahora tocaremos fondo en este pantano. *(A Proctor.)* Vuestra mujer, decís, es mujer honesta.

PROCTOR: En su vida jamás ha mentido, señor. Hay quienes no pueden cantar, y quienes no pueden llorar...; mi mujer no puede mentir. Mucho he pagado para aprenderlo, señor.

DANFORTH: Y cuando ella echó a esta muchacha de vuestra casa, ¿la echó por ramera?

PROCTOR: Sí, señor.

DANFORTH: ¿Y sabía que era una ramera?

PROCTOR: Sí, señor, sabía que era una ramera.

DANFORTH: Bien, pues. *(A Abigail):* ¡Y si también ella me dice que fue por eso, criatura, quiera Dios apiadarse de ti! *(Alguien golpea. Hacia la puerta):* ¡Un momento! *(A Abigail):* De espaldas, de espaldas. *(A Proctor):* Haced lo mismo. *(Ambos se vuelven de espaldas. Abigail con indignada lentitud.)* Ahora, ninguno de vosotros miréis a la señora Proctor. Nadie en esta habitación dirá una palabra, ni hará un gesto de sí o de no. *(Se vuelve hacia la puerta y llama):* ¡Entrad! *(Se abre la puerta. Entra Elizabeth con Parris, Parris la deja. Queda ella sola, sus ojos buscando los de Proctor.)* Señor Cheever, tomad nota de esta declaración con toda exactitud. ¿Estáis listo?

CHEEVER: Listo, señor.

DANFORTH: Aproxímate, mujer. *(Elizabeth se le acerca echando una mirada hacia Proctor, que está de espaldas.)* Mírame sólo a mí, no a tu marido. Sólo a mis ojos.

ELIZABETH *(débilmente):* Bien, señor.

DANFORTH: Se nos ha hecho presente que en cierta ocasión, despediste a tu sirvienta Abigail Williams.

ELIZABETH: Es verdad, señor.

DANFORTH: ¿Por qué causa la echaste? *(Breve pausa. Luego Elizabeth trata de mirar a Proctor.)* Mirarás sólo a mis ojos y no a tu marido. La respuesta está en tu memoria y no necesitas ayuda para dármela. ¿Por qué echaste a Abigail Williams?

ELIZABETH *(sin saber qué decir, presintiendo algo, se humedece los labios para ganar tiempo):* Ella... no me satisfacía. *(Pausa.)* Ni a mi marido.

DANFORTH: ¿Por qué no te satisfacía a ti?

ELIZABETH: Ella era... *(Mira a Proctor en busca de una clave.)*

DANFORTH: ¡Mujer, mírame a mí! *(Elizabeth lo hace.)* ¿Era despilfarradora? ¿Haragana? ¿Qué inconvenientes causó?

ELIZABETH: Vuestra Excelencia, yo... para esa época estaba enferma. Y yo... Mi marido es un hombre bueno y recto. Nunca se emborracha como otros, ni pierde su tiempo jugando al tejo, sino que siempre trabaja. Pero durante mi enfermedad ..., comprendéis, señor, yo estuve enferma largo tiempo después de tener mi último niño y creí ver que mi marido se alejaba algo de mí. Y esta muchacha... *(se vuelve a Abigail.)*

DANFORTH: Mírame a mí.

ELIZABETH: Sí, señor. Abigail Williams... (No *puede continuar.)*

DANFORTH: ¿Qué hay con Abigail Williams?

ELIZABETH: Llegué a creer que ella le gustaba. Y así una noche perdí el juicio, creo, y la puse en la calle.

DANFORTH: Tu marido... ¿se alejó realmente de ti?

ELIZABETH *(torturada):* Mi marido... es un hombre de bien, señor.

DANFORTH: Entonces, ¿no se apartó de ti?

ELIZABETH *(comenzando a mirar a Proctor):* El...

DANFORTH *(extiende un brazo y tomándole la cara):* ¡Mírame a mí! ¿Sabes tú si John Proctor cometió alguna vez el crimen de libertinaje? *(En una crisis de indecisión, ella no puede hablar.)* ¡Contéstame! ¿Es tu marido un libertino?

ELIZABETH *(débilmente):* No, señor.

DANFORTH: Llevadla, alguacil.

PROCTOR: ¡Elizabeth, di la verdad!

DANFORTH: Ha declarado. ¡Llevadla!

PROCTOR *(gritando):* ¡Elizabeth, lo he confesado!

ELIZABETH: ¡Oh, Dios! *(La puerta se cierra tras ella.)*

PROCTOR: ¡Ella sólo pensaba en salvar mi nombre!

HALE: Excelencia, es una mentira comprensible; os ruego, deteneos ahora antes de que otro sea condenado. Ya no puedo acallar a mi conciencia. .. ¡La venganza personal se infiltra en este proceso! Desde el principio este hombre me impresionó como sincero. Por mi voto al Cielo, le creo ahora, y os ruego que volváis a llamar a su mujer antes de que nosotros...

DANFORTH: Nada dijo de libertinaje y este hombre ha mentido.

HALE: ¡Yo le creo! *(Señalando a Abigail):* ¡Esta muchacha siempre me impresionó como falsa! Ella ha...

ABIGAIL *(con un grito extraño, salvaje, escalofriante, chilla hacia el techo):* ¡No! ¡No lo harás! ¡Fuera! ¡Fuera te digo!

DANFORTH: ¿Qué es, criatura? *(Pero Abigail, señalando asustada, levanta sus ojos, su cara despavorida hacia el techo —las muchachas hacen lo mismo— y ahora Hathorne, Hale, Putnam, Cheever, Herrick y Danforth hacen lo mismo.)* ¿Qué es lo que hay allí? *(El aparta la mirada del techo y ahora está asustado; hay verdadera tensión en su voz):* ¡Criatura! *(Ella está transfigurada; lloriquea con todas las muchachas, la boca abierta, fija en el techo la mirada.)* ¡Chicas! ¿Por qué hacéis... ?

MERCY *(señalando):* ¡En la viga! ¡Detrás del travesaño!

DANFORTH *(mirando hacia arriba):* ¡Dónde!

ABIGAIL: ¿Por qué...? *(Traga saliva.)* ¿Por qué vienes, pájaro amarillo?

PROCTOR: ¿Dónde está el pájaro? ¡Yo no veo ningún pájaro!

ABIGAIL *(hacia el techo):* ¿Mi cara? ¿Mi cara?

PROCTOR: Señor Hale...

DANFORTH: ¡Callaos!

PROCTOR *(A Hale):* ¿Veis algún pájaro?

DANFORTH: ¡¡Callaos!!

ABIGAIL *(al techo, en auténtica conversación con el "pájaro", como tratando de convencerlo de que no la ataque):* Pero es que Dios hizo mi cara; tú no puedes desear arrancarme la cara. La envidia es un pecado capital, Mary.

MARY *(de pie, como por un resorte, y horrorizada, suplicando):* ¡Abby!

ABIGAIL *(imperturbable, sigue con el "pájaro"):* Oh, Mary, es magia negra eso de que cambies de aspecto. No, no puedo, no puedo impedir que mi boca hable; es la obra de Dios que estoy cumpliendo.

MARY: ¡Abby, estoy aquí!

PROCTOR *(frenéticamente):* ¡Están fingiendo, señor Danforth!

ABIGAIL *(ahora da un paso atrás como temiendo que el pájaro se lance hacia abajo en cualquier momento):* ¡Oh, por favor, Mary! No bajes.

SUSANNA: ¡Sus garras! ¡Está estirando sus garras!

PROCTOR: ¡Mentiras, mentiras!

ABIGAIL *(retrocediendo más, los ojos aún* fijos *hacia arriba):* ¡Mary, por favor, no me dañes!

MARY *(A Danforth):* ¡Yo no la estoy dañando!

DANFORTH *(A Mary):* ¿Por qué ve esta visión?

MARY: ¡Ella no ve nada!

ABIGAIL *(ahora petrificada, como hipnotizada, imitando el tono exacto del grito de Mary Warren):* ¡Ella no ve nada!

MARY *(suplicando):* ¡Abby, no debieras!

ABIGAIL Y TODAS LAS MUCHACHAS *(todas transfiguradas):* ¡Abby, no debieras!

MARY *(a todas ellas):* ¡Estoy aquí, estoy aquí!

MUCHACHAS: ¡Estoy aquí, estoy aquí!

DANFORTH *(horrorizado):* ¡Mary Warren! ¡Haz que tu espíritu las deje!

MARY: ¡Señor Danforth!

MUCHACHAS *(interrumpiéndola):* ¡Señor Danforth!

DANFORTH: ¿Has pactado con el Diablo? ¿Has pactado?

MARY: ¡Nunca, nunca!

MUCHACHAS: ¡Nunca, nunca!

DANFORTH *(poniéndose histérico):* ¿Por qué sólo pueden repetir lo que tú dices?

PROCTOR: ¡Dadme un látigo... yo lo detendré!

MARY: ¡Están jugando! Ellas...

MUCHACHAS: ¡Están jugando!

MARY *(volviéndose hacia ellas, histéricamente y pateando):* ¡Abby, basta!

MUCHACHAS *(pateando):* ¡Abby, basta!

MARY: ¡Basta ya!

MUCHACHAS: ¡Basta ya!

MARY *(gritando con toda la fuerza de sus pulmones y elevando sus puños):* ¡Basta ya!

MUCHACHAS *(elevando los puños):* ¡Basta ya!

MARY *(completamente confusa e impresionándose por la total convicción de Abigail y las otras, comienza a sollozar, las manos semilevantadas, sin fuerza, y todas las muchachas comienzan a lloriquear exactamente como ella.)*

DANFORTH: Hace un rato parecías sufrir tú. Ahora parece que hicieras sufrir a otros; ¿dónde has encontrado este poder?

MARY *(mirando fijamente a Abigail):* Yo... no tengo poder.

MUCHACHAS: Yo no tengo poder.

PROCTOR: ¡Os están embaucando, señor!

DANFORTH: ¿Por qué has cambiado en estas dos semanas? Has visto al Diablo, ¿no es así?

HALE *(indicando a Abigail y a las muchachas):* ¡No podéis creerles!

MARY: Yo...

PROCTOR *(viéndola debilitarse)*: ¡Mary, Dios condena a los mentirosos!

DANFORTH *(machacándoselo):* ¿Has visto al Diablo, has pactado con Lucifer, no es cierto?

PROCTOR: Dios condena a los mentirosos, Mary,

(Mary dice algo ininteligible mirando a Abigail quien aún mira al "pájaro" arriba.)

DANFORTH: No puedo oírte. ¿Qué dices? *(De nuevo Mary dice algo ininteligible.)* ¡Confesarás o irás a la horca! *(Violentamente, la obliga a encararse con él):* ¿Sabes quien soy? Te digo que irás a la horca si no te franqueas conmigo.

PROCTOR: Mary, recuerda al ángel Rafael... "Sólo harás el bien y..."

ABIGAIL (señalando *hacia arriba):* ¡Las alas! ¡Sus alas se abren! ¡Mary, por favor, no, no...!

HALE: ¡Vuestra Excelencia, yo no veo nada!

DANFORTH: ¡Confiesas tener este poder! *(Está a un par de centímetros de su cara.)* ¡Habla!

ABIGAIL: ¡Va a descender! ¡Camina por la viga!

DANFORTH: ¡Hablarás!

MARY *(mirando horrorizada):* ¡No puedo!

MUCHACHAS: ¡No puedo!

PARRIS: ¡Aparta al Diablo! ¡Míralo a la cara! ¡Pisotéalo! ¡Te salvaremos, Mary; sólo mantente firme ante él y...

ABIGAIL *(mirando hacia arriba):* ¡Cuidado! ¡Se lanza hacia abajo!

(Ella y todas las muchachas corren hacia una pared tapándose los ojos. Y ahora, como arrinconadas, dejan escapar un gigantesco griterío y Mary, como infectada abre la boca y grita con ellas. Poco a poco las muchachas se callan hasta que queda sólo Mary mirando al "pájaro", gritando locamente. Todos la miran horrorizados por este acceso ostensible. Proctor se lanza

hacia ella.)

PROCTOR: Mary, dile al Gobernador lo que ellas...

(Apenas ha dicho una palabra cuando ella, viéndolo venir, escapa de su alcance, gritando horrorizada.)

MARY: ¡No me toquéis..., no me toquéis! *(Al oírlo, las muchachas se detienen junto a la puerta.)*

PROCTOR *(sorprendido):* ¡Mary!

MARY *(señalando a Proctor):* ¡Tú eres el enviado del Diablo! *(El queda paralizado.)*

PARRIS: ¡Dios sea loado!

MUCHACHAS: ¡Dios sea loado!

PROCTOR (alelado): ¡Mary, cómo...!

MARY: ¡No me colgarán contigo! ¡Amo a Dios, amo a Dios!

DANFORTH *(A Mary):* ¿El te mandó cumplir la obra del Diablo?

MARY *(histérica, indicando a Proctor):* Viene a mí por la noche y todos los días, para que firme, que firme, que...

DANFORTH: ¿Que firmes qué?

PARRIS: ¿El libro del Diablo? ¿Vino con un libro?

MARY *(histérica, señalando a Proctor, temerosa de él):* Mi nombre, quería mi nombre. ¡"Te mataré", dijo, "si mi mujer es ahorcada"! "¡Debemos ir a derrocar el tribunal", me dice!

(La cabeza de Danforth se inclina súbitamente hacia Proctor, el sobresalto y el horror dibujados en su rostro.)

PROCTOR *(Volviéndose, suplicando a Hale):* ¡Señor Hale!

MARY *(comienzan sus sollozos):* Me despierta cada noche, sus ojos como si fueran brasas, y sus dedos me atenazan el cuello, y yo firmo, yo firmo. ..

HALE: ¡Excelencia, esta criatura se ha vuelto loca!

PROCTOR *(mientras los ojos dilatados de Danforth se posan en él):* ¡Mary, Mary!

MARY *(gritándole):* ¡No! Yo amo a Dios. No te seguiré más. Yo amo a Dios, yo bendigo a Dios. *(Sollozando, corre hacia Abigail.)* Abby, Abby, nunca más te dañaré. *(Todos* miran *mientras Abigail, con infinita generosidad, extiende sus brazos, atrae hacia sí a la sollozante Mary y luego mira a Danforth.)*

DANFORTH *(a Proctor):* ¿Qué sois? *(Proctor en su furia está mudo.)* Estáis combinado con el antiCristo, ¿no es cierto? Yo he visto vuestro poder; ¡no lo negaréis! ¿Qué tenéis que decir, señor?

HALE: Excelencia...

DANFORTH: No quiero nada de vos, señor Hale. *(A Proctor.)* ¿Confesaréis que estáis emporcado con el Infierno, o es que aún observáis esa negra sumisión? ¿Qué tenéis que decir?

PROCTOR *(sin aliento, con la mente enloquecida):* ¡Digo... digo que... Dios ha muerto!

PARRIS: ¡Oíd, oídlo!

PROCTOR *(ríe como un demente y):* ¡Fuego, arde un fuego! ¡Oigo la bota de Lucifer, veo su asquerosa cara y es mi cara la tuya, Danforth! Para quienes se acobardan de sacar a los hombres de la ignorancia, como *yo* me acobardé y como vosotros os acobardáis ahora, sabiendo como sabéis en lo íntimo de vuestros negros corazones que esto es fraude... Dios maldice especialmente a los que son como nosotros, y arderemos...

¡Arderemos todos juntos!

DANFORTH: ¡Alguacil! ¡Llevadlo y a Corey con *él;* a la cárcel!

HALE *(cruzando hacia la puerta):* ¡Yo denuncio este proceso!

PROCTOR: ¡Estáis echando abajo el Cielo y entronando a una ramera!

HALE: ¡Denuncio este proceso, abandono este tribunal! *(Pega un portazo, yéndose.)*

DANFORTH *(llamándolo, enfurecido):* ¡Señor Hale, señor Hale!

TELÓN

ACTO CUARTO

Un calabozo en la cárcel de Salem, ese Otoño.

En el foro hay una ventana alta con barrotes; cerca de ella, un pesado portón. A lo largo de las paredes, dos bancos.

El sitio está a oscuras, a excepción de la luz de la luna que se filtra por entre los barrotes. Parece vacío. Ahora se oyen pasos a lo largo de un corredor, tras el muro, tintinean llaves, y se abre la puerta. Entra el Alguacil Herrick con un farol. Está casi borracho y camina pesadamente. Va hasta un banco y codea un montón de harapos que hay en él.

HERRICK: ¡Sarah, levántate! ¡Sarah Good! *(Cruza hasta el otro banco.)*

SARAH *(levantándose en sus harapos):* ¡Eh, Majestad! ¡Ya voy, ya voy! ¡Tituba, ya está aquí, Su Majestad ha venido!

HERRICK: Id a la celda del norte; este sitio se necesita ahora. *(Cuelga su farol de la pared. Tituba se sienta.)*

TÍTUBA: Ese no parecer Su Majestad a Títuba; parecer el alguacil.

HERRICK *(extrayendo una botella):* ¡Vamos, vosotras, despejad este sitio! *(Bebe y Sarah Good viene a escudriñar su cara.)*

SARA: Oh, ¿eres tú alguacil? Estaba segura de que eras el Diablo que venía por nosotras. ¿Podría probar un sorbito de sidra ya que me voy?

HERRICK *(entregándole la botella):* ¿Y hacia dónde rumbeas, Sarah?

TÍTUBA *(mientras Sarah bebe):* Vamos a Barbados, en cuanto llegar el Diablo con las plumas y las alas.

HERRICK: ¿Ahá? Os deseo un buen viaje.

SARAH: ¡Dos pájaros azules volando al sur, nosotras dos! ¡Oh, será una grandiosa transformación, Alguacil! *(Levanta la botella para beber de nuevo.)*

HERRICK *(quitándole el frasco de los labios):* Será mejor que me des eso o no podrás levantar vuelo. Vamos ahora.

TÍTUBA: Yo hablarle acerca de vos, Alguacil, si queréis venir con nosotros.

HERRICK: No me negaría, Títuba; es la mañana justa para volar al Infierno.

TÍTUBA: Oh, no Infierno en Barbados. Diablo ser divertido en Barbados, él cantar y bailar en Barbados. Vosotros..., vosotros lo enojáis aquí; ser muy frío por aquí para ese Viejo. El, helársele el alma en Massachusetts, pero en Barbados él ser tan dulce y... *(Se oye el mugido de una vaca y Títuba salta y llama hacia la ventana.)* ¡Sí, señor! ¡Es él, Sarah!

SARAH: ¡Aquí estoy, Majestad! *(Rápidamente recogen sus trapos cuando entra Hopkins, un guardia.)*

HOPKINS: El Comisionado del Gobernador ha llegado.

HERRICK *(agarrando a Títuba):* Vamos, vamos...

TÍTUBA *(resistiendo):* ¡No, él venir por mí! ¡Yo ir a casa!

HERRICK *(empujándola hacia la puerta):* Ese no es Satán, sólo una pobre vaca con todo un balde de leche adentro. ¡Vamos,

vamos, fuera de aquí!

TÍTUBA *(llamando hacia la ventana):* ¡Llévame a casa, Diablo, llévame a casa!

SARAH *(siguiendo a Títuba que grita):* ¡Dile que yo también voy, Títuba, dile que Sarah Good también va!

(Fuera, en el corredor, Títuba aún grita "¡Llévame a casa, Diablo; Diablo, llévame a casa!" y la voz de Hopkins se oye ordenándole caminar. Herrick regresa y comienza a amontonar la paja y los trapos en un rincón. Al oír pasos se vuelve y entran Danforth y el juez Hathorne. Llevan capas y sombreros para abrigarse del intenso frío. Son seguidos por Cheever, que lleva una cartera de documentos y una caja chata, de madera, que contiene sus implementos de escritura.)

HERRICK: Buen día, Excelencia.

DANFORTH: ¿Dónde está el señor Parris?

HERRICK: Voy a buscarlo. *(Se encamina hacia la puerta.)*

DANFORTH: Alguacil. *(Herrick se detiene.)* ¿Cuándo llegó el reverendo Hale?

HERRICK: Hacia la medianoche, me parece.

DANFORTH *(desconfiado):* ¿Qué es lo que viene a hacer?

HERRICK: Se mezcla con los que serán ahorcados, señor. Y reza con ellos. Ahora está con la señora Nurse. Y el señor Parris con él.

DANFORTH: ¿Ah, sí? Ese hombre no está autorizado a entrar aquí, Alguacil. ¿Cómo es que lo habéis dejado entrar?

HERRICK: Pues porque el señor Parris así me lo ordenó, señor. No puedo contrariarlo.

DANFORTH: ¿Estáis borracho, Alguacil?

HERRICK: No, señor; es una noche cruda y aquí no hay fuego.

DANFORTH *(reprimiendo su enojo)*: Traed al señor Parris.

HERRICK: Sí, señor.

DANFORTH: Hay un hedor espantoso en este sitio.

HERRICK: Recién ahora os he sacado la gente de aquí.

DANFORTH: Cuidado con la bebida, Alguacil.

HERRICK: Sí, señor. *(Aguarda un instante más órdenes. Pero Danforth disgustado, le da la espalda y Herrick sale. Hay una pausa. Danforth medita.)*

HATHORNE: Interrogad a Hale, Excelencia; no me sorprendería que hubiese estado predicando en Andover, últimamente.

DANFORTH: Ya llegaremos a eso; no habléis para nada de Andover. Parris reza con él. Es extraño. *(Se sopla las manos, va hacia la ventana, mira afuera.)*

HATHORNE: Excelencia, me pregunto si es sensato dejar tan continuamente al señor Parris con los prisioneros. *(Danforth se vuelve hacia él, interesado.)* A veces pienso que ese hombre tiene en estos días aspecto de loco.

DANFORTH: ¿Loco?

HATHORNE: Lo encontré ayer saliendo de su casa y le di los buenos días... y él pasó de largo... llorando. Creo que no está bien que el pueblo lo vea tan inseguro.

DANFORTH: Tal vez tiene alguna tristeza.

CHEEVER *(golpeando los pies contra el suelo para combatir el frío):* Creo que son las vacas, señor.

DANFORTH: ¿Vacas?

CHEEVER: Hay tantas vacas vagando por los caminos, ahora que sus dueños están en la cárcel... y hay tanto desacuerdo sobre a quien van a pertenecer ahora. Sé que el señor Parris estuvo discutiendo con campesinos todo el día de ayer... Hay una gran disputa ahora, señor, por las vacas. Las disputas lo hacen llorar, señor; siempre fue un hombre que llora por las disputas. *(Se vuelve al igual que Hathorne y Danforth al oír que alguien viene por el corredor. Danforth levanta la cabeza cuando entra Parris. Este está flaco, asustado, sudoroso en su levitón.)*

PARRIS *(a Danforth, instantáneamente):* Oh, buen día, señor, gracias por haber venido; perdonadme por despertaros tan temprano. Buen día, juez Hathorne.

DANFORTH: El reverendo Hale no tiene derecho de entrar en este...

PARRIS: Un momento, Excelencia. *(Se vuelve rápidamente y corre a cerrar la puerta.)*

HATHORNE: ¿Lo dejáis a solas con los prisioneros?

DANFORTH: ¿Qué tiene que hacer aquí?

PARRIS *(levantando las manos, suplicante):* Excelencia, escuchadme. Es la Providencia. El reverendo Hale ha regresado para que Rebecca Nurse vuelva al seno de Dios.

DANFORTH *(sorprendido):* ¿La hace confesar?

PARRIS *(sentándose):* Escuchadme. Rebecca no me dijo una palabra desde que vino, hace tres meses. Ahora está con él, y la hermana de ella y Martha Corey y otros dos o tres, y él les está instando a que confiesen sus crímenes y salven sus vidas.

DANFORTH: Ciertamente... eso es providencial. ¿Y ellos se

ablandan, se ablandan?

PARRIS: Todavía no, todavía no. Pero pensé llamaros, señor, porque podríamos decidir si no sería inteligente... *(no se atreve a decirlo.)* Tengo que haceros una pregunta, señor, y espero que no...

DANFORTH: Sed claro, señor Parris; ¿qué os preocupa?

PARRIS: Hay una novedad, señor, que el tribunal ... el tribunal debe considerar. Mi sobrina, señor, mi sobrina... creo que ha desaparecido.

DANFORTH: ¡Desaparecido!

PARRIS: Había pensado avisaros a principios de semana, pero...

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Cuándo desapareció?

PARRIS: Esta es la tercera noche. Sabéis, señor, me dijo que pasaría una noche con Mercy Lewis. Y al día siguiente, como no volvió, mandé a lo del señor Lewis a averiguar. A él, Mercy le había dicho que *ella* pasaría una noche en *mi* casa.

DANFORTH: ¿¡Ambas han desaparecido!?

PARRIS *(temiéndole):* Las dos, señor.

DANFORTH *(alarmado):* Mandaré un destacamento tras ellas. ¿Dónde pueden estar?

PARRIS: Excelencia, creo que deben estar a bordo de un barco. *(Danforth está boquiabierto.)* Mi hija me dice que las oyó hablar de barcos la semana pasada, y esta noche descubrí... que mi cofre fue violado. *(Aprieta los dedos contra los ojos para contener las lágrimas.)*

HATHORNE *(atónito):* ¿Os ha robado?

PARRIS: Treinta y una libras desaparecidas. Estoy sin un

penique. *(Se cubre el rostro y llora.)*

DANFORTH: ¡Señor Parris, sois un tonto! *(Camina pensativo, profundamente preocupado.)*

PARRIS: Excelencia, no sirve de nada que me censuréis a mí. No puedo creer que se escaparan a menos que temiesen quedarse por más tiempo en Salem. *(Está suplicando.)* Tened presente, señor, que Abigail conocía bien este pueblo, y desde que aquí llegaron las noticias de Andover...

DANFORTH: Andover está solucionado. El tribunal regresa allá el viernes y reanudará su examen.

PARRIS: Estoy seguro de ello, señor. Pero aquí se dice que hay rebelión en Andover y eso...

DANFORTH: ¡En Andover no hay rebelión!

PARRIS: Os digo lo que aquí se dice, señor. Dicen que Andover expulsó al tribunal y no quieren saber nada de brujería. Aquí hay un bando que está divulgando esa noticia y, os digo la verdad señor, temo que haya tumultos.

HATHORNE: ¡Tumultos! Pero si en cada ejecución no he visto más que gran satisfacción en este pueblo.

PARRIS: Juez Hathorne..., los que colgaron hasta ahora eran de otra clase. Rebecca Nurse no es una Bridget que haya vivido durante tres años con Bishop antes de casarse con él. John Proctor no es un Isaac Ward que haya arruinado a su familia por la bebida. *(A Danforth):* Ojalá no fuese así, Excelencia, pero esta gente todavía tiene gran peso en el pueblo. Dejad que Rebecca se pare junto al patíbulo y eleve al Cielo alguna virtuosa oración ... y mucho me temo que despierte una venganza contra vos.

HATHORNE: Excelencia, está condenada por bruja. El tribunal

ha...

DANFORTH *(interrumpiéndole con un movimiento de la mano, profundamente inquieto):* Os ruego. *(A Parris):* ¿Qué proponéis, entonces?

PARRIS: Excelencia, yo postergaría esas ejecuciones por algún tiempo.

DANFORTH: No habrá postergación.

PARRIS: Ahora que regresó el señor Hale, hay esperanzas, creo..., pues si él trae al seno de Dios aunque sólo sea a uno de éstos, esa confesión, sin duda, condenará al resto ante los ojos del pueblo, y nadie podrá dudar ya de que todos ellos están aliados con el Infierno. En cambio así, inconfesos y protestando su inocencia, las dudas se multiplican, mucha gente honrada llora por ellos y nuestro noble propósito se pierde en sus lágrimas.

DANFORTH *(después de pensarlo un momento, yendo hacia Cheever):* Dadme esa lista. *(Cheever abre su cartera y busca.)*

PARRIS: No puede olvidarse, Señor, que cuando convoqué a la congregación para la excomunión de John Proctor, apenas vinieron treinta personas a escucharla. Eso indica un descontento, creo, y...

DANFORTH *(estudiando la lista):* No habrá postergación.

PARRIS: Excelencia...

DANFORTH: Y bien, señor..., en vuestra opinión, ¿cuál de éstos podrá ser traído ante Dios? Yo mismo me empeñaré con él hasta el alba. *(Le alcanza la lista a Parris quien se limita a echarle una ojeada.)*

PARRIS: Hasta el alba no hay tiempo suficiente.

DANFORTH: Haré todo lo que pueda. ¿Por cuál de ellos tenéis una esperanza?

PARRIS *(ahora sin mirar siquiera la lista, trémulo y en voz baja):* Excelencia..., un puñal... *(se interrumpe, sofocado.)*

DANFORTH: ¿Qué decís?

PARRIS: Esta noche, al abrir la puerta para abandonar mi casa..., un puñal cayó al suelo. *(Silencio. Danforth asimila eso. Ahora Parris estalla):* No podéis colgar a los de esta clase. Hay peligro para mí. De noche no me atrevo a asomarme afuera.

(Entra el reverendo Hale. Lo miran un instante en silencio. Está impregnado de tristeza, exhausto, y más decidido que nunca.)

DANFORTH: Aceptad mis congratulaciones, reverendo Hale; estamos regocijados de ver que habéis vuelto a vuestra noble tarea.

HALE *(viniendo ahora hasta Danforth):* Debéis perdonarlos. No ceden.

(Entra Herrick. Espera.)

DANFORTH *(conciliador):* No comprendéis, señor; no puedo perdonar a éstos cuando ya hay doce ahorcados por el mismo crimen. No es justo.

PARRIS *(desanimado):* ¿Rebecca no quiere confesar?

HALE: Excelencia, el sol saldrá dentro de pocos minutos; necesito más tiempo.

DANFORTH: Escuchadme bien y no os engañéis más. No atenderé ni un pedido de perdón o postergación. Aquellos que no confiesen serán colgados. Doce ya han sido ejecutados; los nombres de estos siete se han publicado y el pueblo espera verlos morir esta mañana. Una postergación ahora indicaría un

tropiezo de mi parte; una suspensión o el perdón deben provocar la duda sobre la culpabilidad de aquellos que murieron hasta ahora. Mientras yo sea intérprete de la ley de Dios, no quebraré Su voz con plañidos. Si lo que teméis son represalias, sabed esto...: haría colgar a diez mil que se atreviesen a levantarse contra la ley y todo un océano de amargas lágrimas no podría ahogar la resolución de los códigos. Erguios, pues, como hombres y ayudadme, como tenéis la obligación de hacerlo por mandato del Cielo. ¿Habéis hablado con todos ellos, señor Hale?

HALE: Con todos, menos con Proctor. Está en la mazmorra.

DANFORTH *(a Herrick):* ¿Cómo se porta Proctor, ahora?

HERRICK: Está sentado, como un gran pájaro; no diríais que vive si no fuera porque de vez en cuando toma algún alimento.

DANFORTH *(después de pensarlo un momento):* Su mujer... su mujer debe estar bien adelantada con el niño, ahora.

HERRICK: Lo está, señor.

DANFORTH: ¿Qué pensáis vos, señor Parris? Vos tenéis mejor conocimiento de este hombre; ¿podría ablandarlo la presencia de ella?

PARRIS: Es posible, señor. No ha posado los ojos sobre ella en estos tres meses. Yo la llamaría.

DANFORTH *(a Herrick):* ¿Todavía se mantiene firme? ¿Volvió a pegaros?

HERRICK: No puede, señor, ahora está encadenado a la pared.

DANFORTH *(después de pensarlo):* Traedme a la señora Proctor. Después, traedlo a él aquí arriba.

HERRICK: Sí, señor. *(Herrick sale. Hay un silencio.)*

HALE: Excelencia, si lo postergarais por una semana y anunciarais a la población que estáis luchando para obtener sus confesiones, eso indicaría misericordia de vuestra parte, no vacilación.

DANFORTH: Señor Hale, así como Dios no me dió el poder de Jesús para detener la salida del sol, tampoco puedo ahorrarles la perfección de su castigo.

HALE *(más duro ahora):* ¡Si creéis que Dios desea que provoquéis una rebelión, señor Danforth, estáis equivocado!

DANFORTH *(instantáneamente):* ¿Habéis oído hablar de rebelión en el pueblo?

HALE: Excelencia, hay huérfanos vagando de casa en casa; el ganado abandonado muge en los caminos, el hedor de las mieses podridas flota por todas partes y ningún hombre sabe cuándo pondrá fin a sus vidas el pregón de las rameras... ¿y vos os preguntáis aún si se habla de rebelión? ¡Mejor sería que os maravillaseis de que aún no hayan incendiado vuestra provincia!

DANFORTH: Señor Hale, ¿habéis predicado en Andover este mes?

HALE: Gracias a Dios, en Andover no necesitan de mí.

DANFORTH: Me desconcertáis, señor. ¿Por qué habéis vuelto aquí?

HALE: Pues es bien simple. Vengo a cumplir la obra del Diablo. Vengo a aconsejar a cristianos a que se calumnien a sí mismos. *(Su sarcasmo se derrumba.)* ¡Sangre pesa sobre mi cabeza! ¡¡Es que no podéis ver la sangre sobre mi cabeza!!

PARRIS: ¡Silencio! *(Pues ha oído pasos. Todos se vuelven a la puerta. Herrick entra con Elizabeth. Sus muñecas están sujetas por una pesada cadena que Herrick le quita ahora. Sus vestidos*

están sucios; está delgada y pálida. Herrick sale.)

DANFORTH *(muy cortésmente):* Señora Proctor. *(Ella está callada.)* Espero que estéis bien de salud.

ELIZABETH *(como advirtiéndole un olvido):* Todavía me quedan seis meses.

DANFORTH: Os ruego que os tranquilicéis, no venimos por vuestra vida. Nosotros... *(titubeando, pues no está acostumbrado a suplicar):* Señor Hale, ¿queréis hablarle vos a esta mujer?

HALE: Señora Proctor, vuestro marido está condenado a morir esta mañana.

(Pausa.)

ELIZABETH *(con calma):* Lo he oído.

HALE: ¿Sabéis, no es cierto, que yo no tengo vinculación con el tribunal? *(Ella parece dudarlo.)* Vengo por mi cuenta, señora Proctor. Quisiera salvar la vida de vuestro marido, pues si se lo llevan yo mismo me consideraré su asesino. ¿Me comprendéis?

ELIZABETH: ¿Qué queréis de mí?

HALE: Señora Proctor, en estos tres meses fluí, como Nuestro Señor, al desierto. He estado buscando una salida cristiana porque la condenación es doble para un ministro que aconseja a los hombres a mentir.

HATHORNE: ¡No es mentira, no podéis hablar de mentiras!

HALE: ¡Es una mentira! ¡Son inocentes!

DANFORTH: ¡No quiero saber más nada de esto!

HALE *(prosiguiendo, a Elizabeth):* No equivoquéis vuestro deber como yo equivoqué el mío. Vine a este pueblo como un novio a

su bienamada, cargado de presentes de la más alta religión; traía conmigo las coronas mismas de la ley sagrada y cuanto toqué con mi radiante confianza, murió; y allí donde puse el ojo de mi inmensa fe, manó la sangre. Ten cuidado, Elizabeth Proctor... no te aferres a ninguna fe, cuando la fe trae sangre. Es ley equivocada la que te lleva al sacrificio. La vida, mujer, la vida es el más precioso don de Dios; ningún principio, por muy glorioso que sea, puede justificar que se la arrebate. Te imploro, mujer, influye sobre tu esposo para que confiese. Que diga su mentira. En este caso no te acobardes ante el juicio de Dios, pues muy bien puede ser que Dios condene menos a un mentiroso que a quien, por orgullo, se deshace de su vida. ¿Querrás exhortarle? No puedo creer que escuche a ningún otro.

ELIZABETH *(con calma)*: Creo que así razona el Diablo.

HALE *(en el colmo* de *la desesperación):* Mujer, frente a las leyes de Dios, apenas somos cerdos. ¡No podemos leer Su voluntad!

ELIZABETH: No puedo discutir con vos, señor; me falta estudio para ello.

DANFORTH *(yendo hacia ella):* Elizabeth Proctor, no se te ha convocado para discutir. ¿Es que no hay en ti la ternura de una esposa? El morirá al amanecer. Tu esposo. ¿Lo comprendes? *(Ella lo mira, simplemente.)* ¿Qué dices? ¿Tratarás de convencerlo? *(Ella calla.)* ¿Eres de piedra? ¡Con franqueza, mujer, si no tuviese otras pruebas de tu vida antinatural, tus ojos secos ahora serían prueba suficiente de que has entregado tu alma al Infierno! ¡Hasta un monstruo lloraría ante semejante calamidad! ¿Habrá secado el Diablo toda lágrima de piedad en ti? *(Ella permanece callada.)* ¡Lleváosla! ¡No se ganará nada con que ella le hable!

ELIZABETH *(con calma):* Dejadme hablar con él, Excelencia.

PARRIS *(con esperanza):* ¿Intentarás convencerle? *(Ella vacila.)*

DANFORTH: ¿Le pedirás su confesión, o no?

ELIZABETH: No prometo nada. Dejadme hablar con él.

(Un ruido...; el siseo de pies que se arrastran sobre piedra. Todos se vuelven. Pausa. Entra Herrick con John Proctor. Sus muñecas están encadenadas. Es otro hombre, barbudo, sucio, con los ojos turbios como si estuviesen cubiertos de telarañas. Se detiene al trasponer la puerta, su mirada atraída por la figura de Elizabeth. La emoción que fluye entre ambos impide que nadie hable por un instante. Ahora Hale, visiblemente impresionado, va hacia Danforth y le habla con calma.)

HALE: Os ruego, dejadlos, Excelencia.

DANFORTH *(apartando impacientemente a Hale):* Señor Proctor, habéis sido notificado, ¿no es así? *(Proctor está silencioso, mirando fijamente a Elizabeth.)* Veo claridad en el cielo, señor; consultad con vuestra esposa y ojalá que Dios os ayude a volverle la espalda al Infierno. *(Proctor está silencioso, mirando a Elizabeth.)*

HALE *(con calma):* Excelencia, dejad que...

(Danforth sale violentamente, rozando a Hale. Hale lo sigue. Cheever vacila y lo imita; Hathorne también. Sale Herrick. Parris, desde prudente distancia, ofrece):

PARRIS: Si deseáis un vaso de sidra, señor Proctor, estoy seguro de que... *(Proctor le echa una mirada helada y él se interrumpe. Parris eleva las manos hacia Proctor.)* Dios os guíe ahora. *(Sale.)*

(Solos. Proctor va hacia ella, se detiene. Es como si estuviesen en el centro de un torbellino. Más allá, por encima del dolor. El extiende su mano como hacia una corporización no del todo

real, y al tocarla sale de su garganta un extraño sonido, suave, mitad risa y mitad asombro. Le palmea la mano. Ella le cubre la mano, a su vez. Y entonces, débil, él se sienta. Luego se sienta ella, de frente a él.)

PROCTOR: ¿El niño?

ELIZABETH: Crece.

PROCTOR: ¿No hay noticias de los chicos?

ELIZABETH: Están bien. Sam, el de Rebecca, los cuida.

PROCTOR: ¿No los has visto?

ELIZABETH: No... *(Percibe un debilitamiento en sí misma y lo vence.)*

PROCTOR: Eres una... maravilla. Elizabeth.

ELIZABETH: ¿Has... sido torturado?

PROCTOR: Sí. *(Pausa. Ella no se deja ahogar por el mar que la amenaza.)* Ahora vienen por mi vida.

ELIZABETH: Lo sé.

(Pausa.)

PROCTOR: ¿Nadie... confesó todavía?

ELIZABETH: Hay muchos que confesaron.

PROCTOR: ¿Quiénes son?

ELIZABETH: Dicen que son como cien, o más. La señora Ballard es una; Isaías Goodkind es uno. Hay muchos.

PROCTOR: ¿Rebecca?

ELIZABETH: Rebecca, no. Ella está casi en el Cielo; ya nada

puede dañarla.

PROCTOR: ¿Y Giles?

ELIZABETH: ¿No te has enterado?

PROCTOR: En donde me tienen no me entero de nada.

ELIZABETH: Giles está muerto. *(El la mira incrédulo.)*

PROCTOR: ¿Cuándo lo colgaron?

ELIZABETH *(con calma, simplemente):* No fue ahorcado. No quiso contestar ni sí ni no a su acusación; porque si negaba el cargo, con seguridad lo colgaban y remataban su propiedad. Así es que se mantuvo mudo y murió como un cristiano en buena ley. Y así sus hijos podrán conservar su granja. La ley dice que no puede ser condenado como hechicero si no responde a la acusación, sí o no.

PROCTOR: Entonces, ¿cómo murió?

ELIZABETH *(suavemente):* Lo aplastaron, John.

PROCTOR: ¿Aplastaron?

ELIZABETH: Le fueron poniendo grandes piedras sobre el pecho hasta que dijera sí o no. *(Con una sonrisa de ternura para el anciano.)* Dicen que sólo les concedió dos palabras. "Más peso", dijo. Y murió.

PROCTOR *(helado; es otro hilo tejido en su agonía):* "Más peso".

ELIZABETH: Sí. Era un hombre bravo, Giles Corey.

(Pausa.)

PROCTOR *(con gran fuerza de voluntad, pero sin mirarla directamente):* Estuve pensando en confesarles, Elizabeth. *(Ella no trasluce nada.)* ¿Qué dices tú? ¿Si les concedo eso?

ELIZABETH: Yo no puedo juzgarte, John.

(Pausa.)

PROCTOR *(simplemente; es una mera pregunta):* ¿Qué querrías que yo hiciese?

ELIZABETH: Como tú lo quieras, así lo querré yo. *(Breve pausa.)* Te quiero con vida, John. Esa es la verdad.

PROCTOR *(después de una pausa, con un rayo de esperanza):* ¿La mujer de Giles? ¿Confesó ella?

ELIZABETH: Ella no confesará.

(Pausa.)

PROCTOR: Es una simulación, Elizabeth.

ELIZABETH: ¿El qué?

PROCTOR: No puedo subir al patíbulo como un santo. Es un fraude. Yo no soy tal hombre. *(Ella calla.)* Mi honradez está rota, Elizabeth; no soy un hombre bueno. Nada, que no estuviese ya podrido, se perderá ahora si les concedo esa mentira.

ELIZABETH: Y sin embargo, no has confesado hasta ahora. Eso indica una virtud en ti.

PROCTOR: Sólo el rencor me mantiene en mi silencio. Es difícil arrojarle una mentira a los perros. *(Pausa; por primera vez se vuelve directamente hacia ella.)* Quisiera tu perdón, Elizabeth.

ELIZABETH: No soy yo quien debe darlo, John; yo soy...

PROCTOR: Quisiera que vieses alguna honradez en ello. Deja que los que nunca mintieron mueran ahora para salvar sus almas. Para mí es una simulación, una vanidad que no cegará a Dios ni apartará a mis hijos del viento. *(Pausa.)* ¿Qué dices tú?

ELIZABETH *(sobreponiéndose a un sollozo que siempre está por estallar):* John, de nada servirá que yo te perdone si no te perdonas tú mismo. *(Ahora él se aparta un poco, torturado.)* No es mi alma, John, es la tuya. *(El se yergue, como presa de un dolor físico, poniéndose lentamente de pie, con el inmenso e inmortal anhelo de encontrar su respuesta. Ella está al borde de las lágrimas; le es difícil decir):* Tan sólo ten la seguridad de esto, pues ahora lo sé: cualquier cosa que hagas, es un hombre bueno quien la hace. *(El vuelve hacia ella su inquisitiva e incrédula mirada.)* En estos tres meses he escrutado mi corazón, John. *(Pausa.)* Tengo que rendir cuentas de pecados propios. Es una esposa fría lo que empuja al libertinaje.

PROCTOR *(con gran dolor)*: Basta, basta...

ELIZABETH *(abriendo su corazón ahora):* ¡Es mejor que me conozcas!

PROCTOR: ¡No quiero escuchar! ¡Te conozco!

ELIZABETH: Estás cargando con mis pecados, John.

PROCTOR *(torturado.):* ¡No, cargo con los míos, los míos!

ELIZABETH: ¡John, yo me consideraba tan simple, tan poca cosa, que ningún amor puro podría ser para mí! Era la sospecha quien te besaba cuando yo lo hacía; nunca supe cómo decir mi amor. ¡Era una casa fría la que yo manejaba! *(Asustada, se aparta al entrar Hathorne.)*

HATHORNE: ¿Qué decís, Proctor? Pronto saldrá el sol.

(Proctor, con el pecho agitado, mira fijamente; se vuelve a Elizabeth. Ella viene hacia él como para implorarle, con la voz trémula.)

ELIZABETH: Haz lo que quieras. Pero que nadie sea tu juez. ¡Bajo el Cielo no hay juez superior a Proctor! ¡Perdóname,

perdóname, John...; nunca conocí tanta bondad en el mundo! (Se *cubre la cara llorando.)*

(Proctor se aparta de ella hacia Hathorne; está como fuera de la tierra; con voz hueca):

PROCTOR: Quiero mi vida.

HATHORNE *(electrizado, con sorpresa):* ¿Os confesaréis?

PROCTOR: Quiero conservar mi vida.

HATHORNE *(con tono místico):* ¡Loado sea Dios! ¡Es providencial! *(Sale corriendo y su voz se oye gritando por el corredor.)* ¡Va a confesar! ¡Proctor va a confesar!

PROCTOR *(gritando, y yendo hacia la puerta a zancadas):* ¿Por qué lo gritáis? *(Con gran dolor, vuelve a Elizabeth.)* Hago mal, ¿no es cierto? Hago mal.

ELIZABETH *(aterrorizada, llorando):* ¡Yo no puedo juzgarte, John, no puedo!

PROCTOR: ¿Entonces quién me juzgará? *(Repentinamente, juntando las manos):* Dios del Cielo, ¿qué es John Proctor, qué es John Proctor? *(Se mueve como un animal y una furia lo atraviesa, una búsqueda atormentadora.)* A mí me parece honesto; así me parece; no soy ningún santo. *(Como si ella hubiese negado esto último le grita)* ¡Que Rebecca pase por santa; para mí es todo fraude!

(Se oyen voces en el corredor, hablando a la vez con excitación reprimida.)

ELIZABETH: Yo no soy tu juez, no puedo serlo, *(como aliviándolo.)* ¡Haz como quieras, haz como quieras!

PROCTOR: ¿Les concederías una mentira como ésta? Dilo. ¿Tú les concederías eso? *(Ella no puede contestar.)* ¡No lo harías;

aunque lenguas de fuego te estuvieran chamuscando, no lo harías! Está mal. ¡Pues bien... está mal y yo lo hago!

(Entra Hathorne con Danforth y, con ellos, Cheever, Parris y Hale. Es una entrada directa, rápida, como si se hubiese roto el hielo.)

DANFORTH *(con gran alivio y gratitud):* Dios sea loado, hombre, Dios sea loado; serás bendecido en el Paraíso por esto. *(Cheever ha corrido hacia el banco, con pluma, tinta y papel. Proctor lo mira.)* Y bien, comencemos. ¿Estáis listo, señor Cheever?

PROCTOR *(con helado horror ante su eficiencia):* ¿Por qué hay que escribirlo?

DANFORTH: Pues... para la buena información del pueblo, señor; ¡ésto será fijado en la puerta de la iglesia! *(A Parris, con urgencia.)* ¿Dónde está el Alguacil?

PARRIS *(corre a la puerta y llama por el corredor):* ¡Alguacil! ¡Rápido!

DANFORTH: Entonces, señor, hablaréis despacio y yendo al grano, para bien del señor Cheever. *(Está ya en sesión y en realidad dicta a Cheever, quien escribe.)* Señor Proctor, ¿habéis visto alguna vez al Diablo? *(Proctor aprieta las mandíbulas.)* Vamos, hombre, hay claridad en el cielo; el pueblo espera al pie del patíbulo; quiero dar la noticia. ¿Habéis visto al Diablo?

PROCTOR: Lo vi.

PARRIS: ¡Dios sea loado!

DANFORTH: Y cuando os vino a ver, ¿cuál era su pedido? *(Proctor calla. Danforth ayuda.)* ¿Os mandó cumplir su obra en la tierra?

PROCTOR: Eso mismo.

DANFORTH: ¿Y os pusisteis a su servicio? *(Danjorth se vuelve al entrar Rebecca Nurse, con Herrick ayudándola a sostenerse; a duras penas puede caminar.)* ¡Entrad mujer, entrad!

REBECCA *(iluminándose al ver a Proctor):* ¡Ah, John! Estás bien entonces, ¿no? *(Proctor vuelve la cara a la pared.)*

DANFORTH: Coraje, hombre, coraje...; que ella sea testigo de vuestro buen ejemplo para que también ella vuelva al seno de Dios. ¡Escuchad bien, señora Nurse! Continuad, señor Proctor. ¿Os habéis puesto al servicio del Diablo?

REBECCA *(sorprendida):* ¡Cómo, John!

PROCTOR *(entre dientes, evitando mirar a Rebecca):* Así es.

DANFORTH: Pues bien, mujer, no dudo que veréis ahora lo inútil de proseguir con esta conspiración. ¿Confesaréis junto con él?

REBECCA: ¡Oh, John... Dios se apiade de ti!

DANFORTH: Oídme, ¿os confesaréis, señora Nurse?

REBECCA: Pero es mentira, es mentira; ¿cómo queréis que me condene? No puedo, no puedo.

DANFORTH: Señor Proctor. Cuando el Diablo os fue a ver, ¿visteis con él a Rebecca Nurse? *(Proctor permanece en silencio.)* Vamos, hombre, tened coraje... ¿la habéis visto con el Diablo?

PROCTOR *(casi inaudible):* No.

DANFORTH *(previendo dificultades mira a John, va hasta la mesa y recoge una hoja de papel; la lista de condenados):* ¿Habéis visto alguna vez a su hermana, Mary Easty, con el Diablo?

PROCTOR: No, no la vi.

DANFORTH *(sus ojos se entrecierran):* ¿Habéis visto alguna vez a Martha Corey con el Diablo?

PROCTOR: No la vi.

DANFORTH *(comprendiendo, depositando lentamente la hoja):* ¿Habéis visto alguna vez a alguien con el Diablo?

PROCTOR: No, nunca.

DANFORTH: Proctor, os equivocáis conmigo. No tengo poder para cambiar vuestra vida por una mentira. Habéis visto sin duda a alguien con el Diablo. *(Proctor guarda silencio.)* Señor Proctor, mucha gente ha dado fe de haber visto a esta mujer con el Diablo.

PROCTOR: Entonces ya está probado. ¿Por qué debo decirlo yo?

DANFORTH: ¡Por qué "debéis" decirlo! ¡Pero es que os deberíais alegrar de decirlo si vuestra alma está realmente purificada de todo amor al Infierno!

PROCTOR: Se proponen ir como santos. No quiero arruinarles su buen nombre.

DANFORTH *(preguntando, incrédulo):* Señor Proctor, ¿creéis vos que van como santos?

PROCTOR *(evasivo):* Esta mujer jamás pensó que cumplía la obra del Diablo.

DANFORTH: Atended, señor. Creo que confundís vuestro deber aquí. Poco importa lo que pensó...; ella está convicta del asesinato antinatural de niños, y vos de haberle pasado vuestro espíritu a Mary Warren. Sólo vuestra alma es lo que aquí se debate, señor, y probaréis su pureza o no viviréis en tierra cristiana. ¿Me diréis ahora qué personas conspiraron con vos en compañía del Diablo? *(Proctor no habla.)* Según vuestro

conocimiento, estuvo alguna vez Rebecca Nurse...

PROCTOR: Digo mis propios pecados; no puedo juzgar a otro. *(Gritando, con odio.)* ¡No tengo voz para ello!

HALE *(rápidamente, a Danforth):* Excelencia, es bastante que confiese él mismo. ¡Haced que firme, haced que firme!

PARRIS *(febril)*: Es un gran servicio, señor. Es un nombre de peso; impresionará al pueblo que confiese Proctor. Os ruego, dejadlo firmar. ¡Se eleva el sol, Excelencia!

DANFORTH *(medita; luego con disgusto):* Vamos, entonces, firmad vuestro testimonio. *(A Cheever):* Dádselo. *(Cheever va hasta Proctor con la confesión y una pluma en la mano. Proctor no mira.)* Venid, hombre, firmad.

PROCTOR *(luego de mirar la confesión):* Todos vosotros habéis sido testigos...; eso basta.

DANFORTH: ¿No lo firmaréis?

PROCTOR: Todos vosotros habéis sido testigos; ¿qué más se necesita?

DANFORTH: ¿Jugáis conmigo? ¡Firmaréis vuestro nombre o esto no es una confesión, señor! *(Con el pecho hinchándose por su respiración torturada, Proctor apoya el papel y firma su nombre.)*

PARRIS: ¡Loado sea el Señor!

(Proctor ha terminado de firmar, cuando Danforth extiende la mano para tomar el papel. Pero Proctor lo coge rápidamente; en él crecen un terror salvaje y un enojo sin límites.)

DANFORTH *(perplejo, pero extendiendo cortésmente la mano):* Tened a bien, señor.

PROCTOR: No.

DANFORTH *(como si Proctor no comprendiese):* Señor Proctor, debéis entregarme...

PROCTOR: No, no. Lo he firmado. Me habéis visto. ¡Está hecho! No necesitáis ya esto.

PARRIS: Proctor, el pueblo debe tener pruebas de...

PROCTOR: ¡Al Diablo con el pueblo! ¡Yo confieso ante Dios, y Dios ha visto mi nombre en este papel! ¡Es bastante!

DANFORTH: No, señor, es...

PROCTOR: Vinisteis a salvar mi alma, ¿no es así? ¡Bueno! ¡Me he confesado; es bastante!

DANFORTH: No habéis confe...

PROCTOR: ¡Me he confesado! ¿Es que no hay más penitencia buena que la pública? ¡Dios no necesita mi nombre clavado en la iglesia! ¡Dios ve mi nombre! ¡Dios sabe cuán negros son mis pecados! ¡Es bastante!

DANFORTH: Señor Proctor...

PROCTOR: ¡No me utilizaréis! No soy ninguna Sarah Good, ni Títuba..., soy John Proctor! ¡No me utilizaréis! ¡No es parte de mi salvación que me utilicéis!

DANFORTH: No quisiera...

PROCTOR: Tengo tres hijos... ¿Cómo enseñarles a caminar por el mundo como hombres si he vendido a mis amigos?

DANFORTH: No habéis vendido a vuestros amigos...

PROCTOR: ¡No me engañéis! ¡Los denigro a todos si esto es clavado en la iglesia el mismo día en que son colgados por

callar!

DANFORTH: Señor Proctor, necesito buena prueba legal de que vos...

PROCTOR: ¡Vos sois la suprema corte, vuestra palabra es suficiente! Decidles que he confesado; decidles que Proctor se hincó de rodillas y lloró como una mujer; decidles lo que queráis, pero mi nombre no puedo...

DANFORTH *(desconfiado):* Es lo mismo, ¿no es cierto? ¿Que yo lo informe o vos lo firméis?

PROCTOR *(sabiendo que es una locura):* ¡No, no es lo mismo! ¡Lo que dicen otros y lo que yo firmo no es lo mismo!

DANFORTH: ¿Por qué? ¿Pretendéis negar esta confesión cuando estéis libre?

PROCTOR: ¡No pretendo negar nada!

DANFORTH: Entonces explicadme, señor Proctor, por qué no permitiréis...

PROCTOR *(con un grito desde el fondo de su alma):* ¡Porque es mi nombre! ¡Porque no puedo tener otro en mi vida! ¡Porque miento y firmo mentiras con mi nombre! ¡Porque no valgo la tierra en los pies de quienes cuelgan ahorcados! ¿Cómo puedo vivir sin mi nombre? ¡Os he dado mi alma; dejadme mi nombre!

DANFORTH *(señalando la confesión en manos de Proctor):* ¿Es una mentira ese documento? ¡Si es mentira no lo aceptaré! ¿Qué decís? ¡No intervendré en mentiras, señor! *(Proctor no se mueve.)* Pondréis vuestra honesta confesión en mis manos, o no podré salvaros de la cuerda. *(Proctor no contesta.)* ¿Qué camino elegís, señor? *(Con el pecho hinchándose, sus ojos fijos, Proctor rasga el papel y lo estruja; ahora llora, furioso pero erguido.)*

DANFORTH: ¡Alguacil!

PARRIS *(histéricamente, como si el papel rasgado hubiera sido su vida):* ¡Proctor, Proctor!

HALE: ¡Te ahorcarán, hombre! ¡No puedes!

PROCTOR *(con los ojos llenos de lágrimas):* Sí que puedo. Y he aquí vuestro primer milagro, que sí puedo. Habéis producido vuestro milagro, porque ahora sí creo vislumbrar una hilacha de bondad en John Proctor. No alcanza para tejer con ella una bandera, pero es lo bastante blanca como para no dársela a estos perros. *(Elizabeth, en un arranque de terror, corre hacia él y llora en su mano.)* ¡No les concedas una lágrima! ¡Las lágrimas les placen! ¡Muestra tu honor, ahora, muestra un corazón de piedra y húndelos con él! *(El la ha levantado y la besa con gran pasión.)*

REBECCA: Nada temas. ¡Hay otro juicio que nos aguarda a todos!

DANFORTH: ¡Colgadlos bien alto sobre el pueblo! Quien llore por éstos, llora por la corrupción. *(Sale, pasando a su lado como una exhalación. Herrick comienza a llevar a Rebecca, que casi se desploma, pero Proctor la ayuda mientras ella lo mira como disculpándose.)*

REBECCA: No he tomado desayuno.

HERRICK: Vamos hombre.

(Herrick los escolta, con Hathorne y Cheever tras ellos. Elisabeth queda parada frente a la puerta vacía.)

PARRIS *(con miedo mortal a Elisabeth)*: ¡Corre a él, Elisabeth Proctor! ¡Aún hay tiempo!

(Desde afuera, un redoble de tambores hiende el aire. Parris

está espantado. Elisabeth salta hacia la ventana.)

PARRIS: ¡Corre a él! *(Sale corriendo por la puerta como para detener su destino.)* ¡Proctor! ¡ Proctor!

(Nuevamente, un breve redoble.)

HALE: ¡Mujer, exhórtale! *(Comienza a correr hacia la puerta, pero regresa.)* ¡Mujer! Es orgullo, es vanidad. *(Ella evita sus ojos y se mueve hacia la ventana. Él cae de rodillas.)* ¡Ayúdale! ¿De qué le sirve sangrar? ¿Ha de ser el polvo quien lo alabe? ¿Han de ser los gusanos quienes proclamen su verdad? ¡Acude a él, quítale su vergüenza!

ELISABETH *(soteniéndose para no caer, agarra los barrotes de la ventan y grita)*: Ahora tiene su pureza. ¡Dios no permita que yo se la quite!

(Estalla el último redoble que crece violentamente. Hale llora una oración frenética, y el sol naciente se derrama en la cara de ella y los tambores baten como huesos en el aire de la mañana.)

TELÓN

ECOS

No mucho después de haberse extinguido la fiebre, Parris fue exonerado, salió al camino y jamás volvió a saberse nada de él.

La leyenda dice que Abigail reapareció más tarde en Boston, hecha una prostituta.

Veinte años después de la última ejecución, el gobierno concedió una indemnización a las víctimas que aún vivían, y a las familias de los que habían muerto. No obstante, es evidente que cierta gente se resistía a admitir su total culpabilidad y que el divisionismo continuaba vivo, pues ciertos beneficiarios en realidad no habían sido víctimas sino delatores.

Elizabeth Proctor volvió a casarse, cuatro años después de la muerte de Proctor.

En solemne asamblea, la congregación anuló las excomuniones, en marzo de 1712. Pero lo hicieron así por orden del gobierno. Sin embargo, el jurado redactó una declaración implorando perdón para todos los que habían sufrido.

Ciertas granjas que habían pertenecido a las víctimas fueron abandonadas a la ruina y por más de un siglo nadie quiso comprarlas ni vivir en ellas.

Para todo fin y propósito el poder de la teocracia en Massachusetts, se había roto. ■